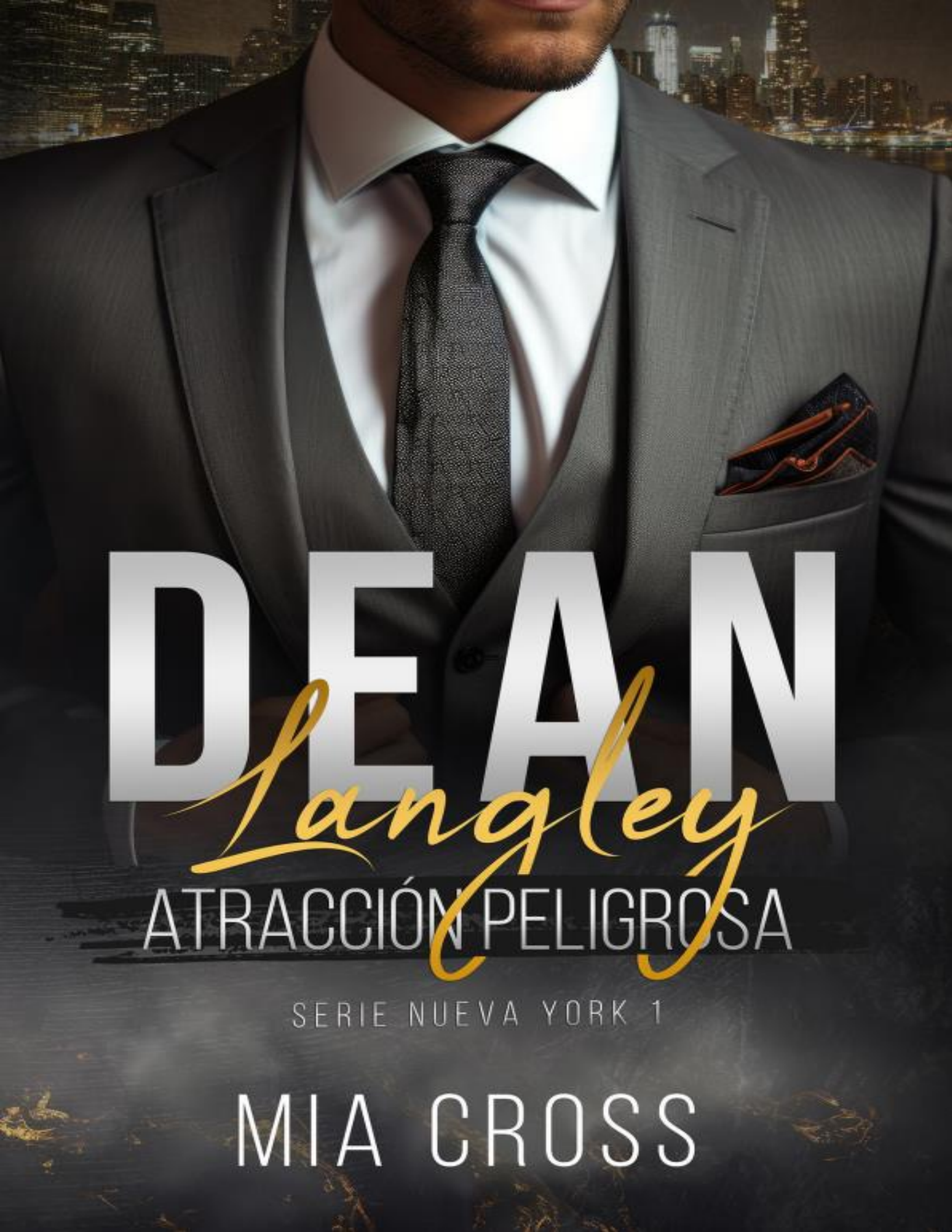

DEAN
Langley
ATRACCIÓN PELIGROSA
SERIE NUEVA YORK 1
MIA CROSS


DEAN
Langley
ATRACCIÓN PELIGROSA

Título: *Dean Langley. Atracción peligrosa – Serie Nueva York - Libro 1*
Autora: *Mia Cross.*
Género: Romance erótico / Suspenso romántico.
Primera edición: Febrero, *2025.*
Edición, Corrección y Maquetación: *Mia Cross.*
Diseño de Portada: *Calice Libros.*
ISBN: 9798308250531

Prohibida su venta y distribución sin autorización expresa.

Descubre lo que sigue: contenido exclusivo para lectores curiosos.



Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin el permiso por escrito de la autora, excepto en casos de breves citas utilizadas en reseñas o críticas literarias.

Sinopsis

Dean:

Ella es muy entrometida. Duda, pregunta y siempre está alerta.

Pippa Harrington tiene la apariencia de una niña buena y es eso, justamente, lo que me seduce.

No puedo permitir que me distraiga, no ahora, que uno de los delincuentes más peligrosos de Nueva York se ha convertido en mi cliente. Cualquier error que cometa puede acabar con mi carrera y hasta con mi vida.

Pippa:

Es arrogante, demasiado serio y ladra órdenes de nueve a seis.

Dean Langley es atractivo, tiene los ojos más bonitos que he visto jamás y usa gafas de pasta negra. También posee apariencia de mafioso, como su nuevo cliente.

Tengo muchas sospechas y preguntas sin respuesta. Necesito saber si el abogado con el que trabajo está del lado correcto de la ley o todo lo contrario.

El deseo y el riesgo se mezclan entre mentiras e intrigas.

Déjate atrapar por esta apasionante historia de amor y suspenso.

Índice

SINOPSIS
ÍNDICE
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
EPÍLOGO
GRACIAS A…
MIA CROSS
MANTENGAMOS EN CONTACTO

Bienvenida al universo de Mia Cross, un lugar donde el amor, el peligro y las sorpresas siempre están a la vuelta de la esquina.

Prólogo

Cuando por fin llego abajo, casi sin poder respirar, la veo a pocos pasos de la entrada. Salgo corriendo, desquiciado, y justo en ese momento, él baja de su camioneta. Los hombres a su alrededor se mueven como tiburones protegiendo a su cría. Y entonces, todo se desmorona.

Alguien me empuja, sacándome del camino, resguardándome y también alejándome de ella. ¡Joder!

—¡Suéltame, cabrón! —grito, pero mi voz se ahoga en el caos—. ¡Agáchate! —Ella no entiende lo que le pido, parece abrumada.

Paralizada, con los ojos abiertos de par en par, busca respuestas. Mira en todas direcciones, sin reaccionar.

Suena un disparo. Luego otro.

Mi corazón se detiene.

—¡Tírate al puto suelo, por Dios!

Finalmente, se deja caer, cubriéndose la cabeza con las manos. Temo que eso no sea suficiente.

Un griterío ensordecedor me envuelve, inmovilizando mi cuerpo. La gente corre a mi alrededor, empujándome. No entiendo lo que pasa, ni me importa. Solo quiero llegar a ella. Alguien me sujeta con fuerza, cubriéndome. Yo no lo escucho, no lo veo.

—Que se ponga a resguardo, hombre —me ordena.

Que se joda. Quiero llegar a ella.

Y cuando por fin logro zafarme y me giro para buscarla, lo que veo me aterra.

Capítulo 1



Un mes antes.

Entro al bufete donde trabajo, siendo el socio más joven que han tenido. A ver, que no lo repito por vanidad… Sí, por supuesto que lo hago por vanidad. Vamos, que el orgullo me sale por las orejas. Me lo he ganado, ¡qué coño!

Me dirijo al área de descanso de uso común que hay en la misma planta de mi despacho. Algo que ya es parte de mi rutina. Necesito mi segundo café del día; el primero me lo bebí a las seis de la mañana, para cargarme de energía antes de hacer ejercicio. Miro el reloj, confirmando lo que mi cuerpo sabe: es la hora de otro chute de cafeína.

Reconozco que soy estructurado, es la única manera que he encontrado de acabar las tareas diarias que me propongo. Orden y organización son mi lema. Llevo una vida ocupada y la mente saturada con un montón de información; tengo que evitar la ansiedad que me provoca lo imprevisible. No me gusta cometer errores. Me altera el humor.

—¿Hoy tienes reunión con Blackwell? —me pregunta Brandon Prescott, uno de los abogados júnior, interceptándome.

Ruedo los ojos para evitar hacer comentarios. El tipo es como mi sombra, siempre pegado a mí, todo el puto día. ¡Odio que me siga como un perrito faldero, joder!

—Una reunión de rutina —le respondo, concentrándome en la cafetera.

Me encanta dejarlo recalculando y analizando mis silencios.

—¿Me sirves uno?

Seguro que quiere un café como excusa para alargar su presencia en la cocina, mientras me encuentro en ella. Le gusta el chisme.

Le entrego la taza y lo dejo solo. Porque yo odio el chisme.

¡Hay que joderse! Me he quedado sin mis míseros cinco minutos de tranquilidad.

Mi secretaria me ve llegar y se coloca de pie para caminar a mi lado, hacia el despacho.

—Ponme al día —solicito, quitándome la americana y arremangándome la camisa.

—No se ponga tan cómodo. Tiene una videollamada con Silas Hawthorne en media hora.

Mis ojos se abren por la sorpresa.

—¿Silas Hawthorne? —la cuestiono.

No puedo creer que haya sucedido, por eso, debo confirmarlo.

Ella asiente emocionada, creyendo que lo mío es ilusión. Me deja un par de folios sobre la mesa y se va. Tomo el móvil, que guardo en el cajón de mi despacho, uno de los viejos, de esos que además son prepagos y no se pueden rastrear, y marco el único número que tengo agendado.

—¡Lo conseguí! —digo al escuchar la respiración a través del aparato.

Me parece que sueno un tanto exaltado.

—No la cagues. No te apures. Recuerda que está improvisando en algunas cosas y no es el

viejo zorro de Gideon —comenta el tipo, con una calma que me pone nervioso.

—Sigo pensando que exageras tratándolo como el hijo inútil —rezongo.

—Lo comprobarás pronto.

Eso espero, que no se equivoque, y el tal Silas sea indefenso.

—Te mantendré al tanto —le digo como despedida.

—Suerte, Langley —agrega él, con esa voz gruesa que acojona un poco, antes de colgar.

Me parece que me estoy metiendo en la boca del lobo y lo peor es que yo solito me lo he buscado.

Después de la videollamada con Hawthorne, con el corazón palpitándome furioso en el pecho por haberle puesto rostro a uno de los delincuentes más prolíficos de Estados Unidos, y aun quedándome corto, me toca reunirme con Andrew, el fundador del bufete Rockwell y Asociados.

Así son mis días, acelerados.

—Pasa, Dean, pasa —dice mi jefe, palmeando mi espalda e invitándome a tomar asiento en uno de los silloncitos en los que suele atender a sus invitados, clientes, empleados, en fin… que no hacen falta las explicaciones.

Mierda, sigo nervioso por la conversación anterior con Silas Hawthorne.

—Hemos contratado un asistente para ti —comenta, y se me escapa un bufido de satisfacción.

—Ya era hora —murmuro, satisfecho con la noticia.

Desde que se fue mi anterior ayudante me he atrasado un montón. En realidad, es asistente. Hablaré con propiedad, porque es tan abogado como cualquiera de los que trabajamos aquí, lo único que le falta es la experiencia y llevar casos propios. Las jerarquías en un bufete son importantes y las etiquetas, necesarias.

—¿Prescott sigue furioso? —me pregunta el hombre.

Andrew, a pesar de ser bonachón y algo chismoso, no tolera los problemas entre los socios. Aunque, para ser honestos, los abogados somos muy competitivos y muchos son capaces de pisar la cabeza de sus compañeros de trabajo con tal de ganar un cliente. Es eso lo que nos convierte en socios, después de todo: la clientela. Entre otras cosas…

—Se le pasará —digo, restándole importancia a su comentario, y al mismo Prescott.

El hombre, que ya ronda los setenta, me observa orgulloso mientras asiente.

Fue mi profesor en la universidad y, aunque él hubiese querido que fuese antes, me reclutó hace tres años. En tan alta estima profesional me tiene, que no llegué a cumplir los cuatro años mínimos que, por lo general, se requieren para ser un socio de la firma, para convertirme en uno. Traje clientes que jamás estuvieron en las listas de mis compañeros. Soy un tiburón en mi trabajo.

—La mala noticia es que es una chica… guapa —agrega poniéndose en pie y acercándose a su escritorio.

Así acaban las reuniones con él, es sutil y efectivo.

—Mierda, Andrew. Deberías ponérmelo fácil una vez. Ya tengo a Prescott rondándome como una mosca; con esta chica, será peor.

—Deja de quejarte, anda.

Abandono el despacho escuchando su risa.

—¿Cómo te fue? —indaga Brandon, al encontrarme en el pasillo, como si me estuviese esperando.

No me detengo. Cuando paso por su lado, se acopla a mis pasos. ¡Qué pesado!

—Tendremos una empleada nueva —comento. Este es un buen momento para ponerlo al tanto.

—Carne fresca —susurra, refregándose las manos con exageración.

Menudo idiota.

—Justo de eso te quería hablar. Va a ser mi asistente. Mis reglas son claras: está vetada para ti —indico, deteniéndome de golpe y enfrentándolo.

—Si está buena… —comienza a argumentar y lo interrumpo.

—Con más razón. No acepto discusión al respecto, Prescott.

Me mira con una ceja elevada. Supongo que quiere darme un par de hostias y mandarme a la mierda después. Mi tono de voz ha sido contundente, no creo que le haya quedado duda alguna. Su silencio indica que lo ha entendido.

—Me voy a trabajar —le aviso tras mirar la hora.

Capítulo 2



Tomo el vaso que he dejado en la mesa alta que conseguimos sin pagar, solo por ser un poco atrevidas y coquetear con uno de los de seguridad. Yo no, porque soy la escrupulosa del grupo. No voy a discutirlo. Y también soy inflexible para muchas cosas, hasta un poco testaruda.

Vuelvo a mirar; sigue observándome. Me acomodo el cabello con coquetería y bebo otro sorbo sin bajar la vista.

—¿Vienes, Pippa? —me pregunta una de las chicas.

Niego con la cabeza. La observo mientras se encamina a la pista de baile y sonrío al ver la torpeza de sus movimientos. No nació para bailar, la pobre.

—¡Otro brindis con la nueva! —grita Roxanne.

—¡Esa soy yo! —exclamo feliz y levanto mi vaso casi vacío.

Hoy celebramos el final de mi vida tal y como la conozco. Me han aceptado en Rockwell y Asociados. Ha valido la pena tanta dedicación. El bufete es uno de los mejores y quiero hacer carrera allí. Siempre lo tuve como mi objetivo.

—Esta me gusta, vamos a bailar. —Decide mi amiga y tira de mí hacia el tumulto de gente, sin dejarme acabar la bebida.

Giro la cabeza para verlo otra vez. Su mirada está fija en mí.

Es un saco de músculos con cara bonita. Creo haber visto algunos tatuajes también, un corte de cabello de moda y una actitud chulesca, típica de alguien que se sabe atractivo. Una noche como esta, en la que solo busco divertirme, no necesito más. ¿Quién busca el amor en una discoteca? Este tipo es perfecto para el tonteo durante una salida a bailar. Quiero desmelarme. Si acepta, bien, y si no, también.

Tengo gustos muy definidos a la hora de elegir con quién comprometerme: me atraen los intelectuales. No sé por qué, pero es ver unas gafas y… ufff, me pueden las de pasta negra y si van acompañadas de un traje de buena calidad, un par de zapatos lustrados y un perfume de esos que huelen a poder, masculinidad y rudeza, me vuelvo tonta perdida. Lo que me enamora de verdad es la actitud, no el físico, aunque sé que todo entra por los ojos. Esa primera impresión, tarde o temprano, cambia; por eso, no permito que defina una posible relación.

Este guaperas me entró por los ojos, no hay más que eso: es *esa* primera impresión y la quiero aprovechar.

—Me parece que estoy cachonda —digo a Rox.

Omito que mi estado se debe al buenorro que no deja de comerme con los ojos.

—Sacúdete la pelusilla —me aconseja, contoneándose con sensualidad para hacerse entender—. Completa la noche con un buen orgasmo. Voy al servicio.

El chico se ha dado cuenta de que me he quedado sola. Lo sé porque da un paso lento en mi dirección y es cuando dejo de mirarlo para ponerme a bailar, o simular que lo hago.

Quiero que le cueste un poco convencerme.

—¿Bailas para mí? —me pregunta desde atrás. No hace falta que me gire para saber que es él.

—¿Disculpa? ¿Hablas conmigo?

—Sabes que sí. No has dejado de observarme —ronronea rozándome la oreja.

Es de manual.

Sonrío recorriéndolo con la mirada y él se expone ante mí como el gallito de corral que se cree que es.

—Ah, sí, eres el de allí… Te miraba porque eres demasiado…

—Sí, soy demasiado —bromea, arrogante.

—Demasiado estúpido, veo —agrego sin filtro.

Ya me cae mal. Soporto todo menos la arrogancia. Un poco de orgullo propio mal administrado vale, pero la pedantería barata no me gusta.

—Es broma. Me pones nervioso. No sé si quieres que esté aquí o no. Si no te interesa, me voy.

Me vuelve a gustar un poco. Más que nada, porque su sonrisa parece sincera y hasta se le dibuja un hoyuelo en la mejilla izquierda.

—¿Soy demasiado qué? Dime —insiste.

—Ya no tiene gracia. Iba a decir que te miraba porque eres demasiado alto, ancho, grandote y no me dejabas espacio para ver más allá de ti. También era una broma —le explico.

—Que ha salido mal por mi culpa, igual, era buena —reconoce sonriendo otra vez.

Lo perdono porque es guapo y tiene unos ojos preciosos, muy celestes.

Coloca una mano en mi cintura y se mueve a mi ritmo. Ahora soy yo la nerviosa.

«¿Cómo era lo de la pelusilla?», intento rememorar el concepto para ver si logro armar una frase interesante para invitarlo a eso, a quitarme la pelusilla.

—¿Vives cerca? —me pregunta—, porque me apetece estar contigo a solas.

—No te voy a llevar a mi casa —afirmo con contundencia.

¿¡Pero qué se ha creído!?

Lo bueno es que ha dado el paso y no he tenido que hacerlo yo.

—Entonces, a un hotel de por aquí. ¿Qué me dices? —indaga repasándome con la mirada cada vez más oscura y eso que tiene los ojos más claros que he visto en mi vida.

—¿El baño queda descartado? Sí, está muy sucio. Ven. Conozco un lugar mejor —digo, y le tomo la mano.

A ver si dejamos las vueltas tontas, que se me hace tarde.

Lo guío hasta mi coche, que aparqué en un garaje cubierto y oscuro a pocos pasos de la discoteca. Me siento en el capó y abro un poco las piernas para darle espacio. Me mira con cara de no saber contar más que hasta ocho, que debe ser el número de repeticiones que levanta las pesas. Tiro de su camisa y lo empujo entre mis rodillas para besarlo.

—¡¿Aquí?! —exclama sobre mis labios.

Afirmo con la cabeza.

Es el lugar más cercano que se me ha ocurrido, y cutre, y es porque no voy a encerrarme en ningún otro sitio con este desconocido con pinta de malote, por más pelusilla que tenga que sacudirme.

—Aquí estaremos bien. ¿Eres tiquismiquis? —pregunto abriendo un poco más las piernas y

subiéndome la falda.

—Hombre, para estas cosas, un poco sí —responde, echando un vistazo para todos lados, además de a mis muslos.

No logro decir nada provocativo, porque me invade la boca con su lengua firme y curiosa.

¡Madre mía, este no se anda con sutilezas!

—Solo déjame decirte que si estuviésemos en tu piso, mañana no podrías andar. Haré lo que pueda aquí —murmura interrumpiendo un mordisco en mi labio inferior.

Se me escapa una risa tonta al escucharlo. De verdad, es de manual.

—Vaya, si eres uno de esos que se creen una máquina sexual, qué suerte la mía —ironizo.

Nada más escucharme, me tapa la boca con la de él y su mano se mete en mis bragas. No sé cómo lo hace, pero me deja con las rodillas flojas en un abrir y cerrar de ojos. Su habilidad con los dedos es digna de aplausos, aunque no lo reconoceré en voz alta. Así, atontada como estoy, me levanta, abre la puerta trasera, me deja caer en el asiento y comienza a desabrocharse el cinturón y la bragueta. Cuando introduce la mano dentro de la ropa para sacar su…

—Madre del amor hermoso —murmuro al ver lo que acaba de desnudar. Es mucho… es largo y grueso, y me lo ofrece completo. Es mi turno de mostrarle mis habilidades.

Ese fue el comienzo. ¿El final? Acabamos jadeando y acalorados, dentro del coche…

Un par de horas después, llego a mi piso casi flotando.

¡Con la sequía que llevaba!

El contador quedó en cuatro a dos, y eso que no nos quitamos la ropa. ¡Qué gustito! Con esto, tiro medio año o un poco más. Un poco más, que me conozco. Esta noche ha sido un fallo en el sistema.

Hoy, lunes, comienza mi vida como adulto responsable e independiente y le doy la bienvenida con alegría.

Entro al edificio, cojo el ascensor de la izquierda y toco el botón que me llevará al piso veinte. Abro la puerta de cristal, la que me encuentro nada más bajar del elevador, y veo a Roxanne, mi amiga, detrás del mostrador.

No me acerco a ella para no comprometerla; además, está hablando por teléfono.

—Hola, soy Pippa Harrington, la nueva asistente del abogado Langley —me presento ante la simpática señorita que me está mirando.

—Hola, soy Emily. Te anuncio —me avisa sonriente.

Rox, a su lado, me guiña el ojo.

Esto ya es real. Los sueños se cumplen, doy fe.

Capítulo 3



Entro en mi despacho después de saludar a Pam. Mi secretaria me dedica una sonrisa y cierro la puerta. Me pongo las gafas y, al sentarme en mi sillón, repaso la agenda para recordar la actividad del día.

—¡Mierda!

Hoy comienza la chica nueva y me había olvidado. Me tocará armarme de paciencia. Odio tener que enseñar a alguien. A veces se me olvida que yo también lo necesité. ¡Joder! Me pone de muy mal humor esto. No tengo tiempo para perder, pero la necesito con urgencia.

—¿Le traigo un café? —pregunta Pam desde la puerta.

—No, ya voy yo, gracias. Estamos solos —digo.

Sonríe y asiente con la cabeza.

Pam, a pesar de ser veterana en el bufete, solo lleva trabajando para mí algo más de un año, en el que no he dejado de rogarle que me tutee. ¡Si hasta podría ser su hijo!, pero nada, ella se niega a hacerlo. Sobre todo, delante de compañeros y clientes. Es una mujer adorable.

—Vuelvo enseguida —le anuncio al pasar por su lado.

Casi hubiese preferido no venir al área de descanso, pienso nada más entrar en ella.

—Langley —dice trasteando con el azúcar.

—Prescott —saludo escueto y rezo en silencio porque así también sea este encuentro fortuito y escueto.

—¿Qué tal el cumpleaños de tu hermano?

Lo quiere conocer todo sobre mí. Lo peor es que indaga y logra saber hasta lo que quiero ocultarle.

—Como el de cualquier universitario: alcohol, fiesta y mujeres —respondo con una importante carga de hastío en la voz, así veo cómo se le cae la baba de envidia. Claro que exagero mi respuesta. Pero su reacción es la hostia.

—¿Y te quejas? Ya quisiera yo pasar una noche loca de las de antes.

Le creo la quinta parte de lo que dice siempre. Aquí nadie lo toma en serio cuando narra sus andanzas con las mujeres, porque sí, también es de esos idiotas indiscretos a los que les gusta presumir. Un gilipollas, vamos.

—Madura, hombre —digo y doy un paso hacia la puerta con la taza de café ya en la mano, dispuesto a tomármelo en el despacho.

Se está volviendo costumbre lo de tener que huir de este pesado.

—Hola, Pam —la saluda a mi espalda, siguiéndome.

¡Hay que joderse!

Escucho que la mujer le responde y lo veo acomodarse en la silla para clientes que tengo frente a mi escritorio.

¿¡Es que no tiene nada que hacer, además de fastidiarme, claro!?

—Hoy conoceremos a la nueva asistente —murmura con un tonito tan desagradable que hasta asco me da.

Miro el reloj para cerciorarme de que la susodicha no está llegando tarde el primer día. Y de paso, ignoro a mi compañero.

—Solo espero que sea una de esas «cerebritos» que se sabe la teoría al dedillo y que con explicarle una vez le baste para agarrarle la mano —ruego, más para mí que para él.

—Tanta suerte, no puedes tener —comenta suspirando.

Una vez más, me deja pensando si me envidia, admira o aborrece. Todavía no lo tengo claro.

—Lo esperan en recepción, abogado —me informa Pam por el intercomunicador.

Como viene siendo normal, Brandon camina unos pasos detrás de mí. Me acerco a las recepcionistas, y es Emily quien me señala a la señorita con una falda que le llega a la rodilla y el cabello recogido en un moño pulcro. Lleva en la mano derecha un maletín de cuero, reluciente y costoso. Ese detalle llama mi atención por un segundo, pero lo dejo pasar. Lo importante aquí no es si tiene dinero o no; lo fundamental es que sea eficiente y responsable.

La mujer en cuestión conversa animada con Roxanne, como si se conocieran de antes. Cuando esta se percata de mi presencia, me señala con un gesto de la cabeza. Entonces, en el preciso instante en que mi nueva asistente se gira para mirarme, el mundo parece detenerse.

Se me cae la mandíbula al suelo.

¡No puede ser!

Es ella. ¡Es la pelirroja de la discoteca! La chica «aquí estaremos bien».

Joder, joder. Jo-der.

Trago saliva, intentando recomponerme. Pero es imposible. ¿Dónde está toda esa seguridad y sensualidad que tenía cuando se sentó en el capó de su coche, con las piernas abiertas y sin ningún tipo de vergüenza? No hay ni rastro del vestido ajustado, los tacones altísimos, el maquillaje provocativo, ni de la boca que prácticamente me hizo perder la puta cabeza. Ni siquiera lleva el cabello suelto y desordenado como aquella vez. Su imagen de ahora es... completamente diferente.

Parpadeo, intentando borrar de mi mente el recuerdo de la otra noche, uno que me afecta más de lo que debería.

¿Cómo demonios puede tratarse de la misma persona?

Lo que tengo ahora frente a mí es una joven de aspecto recatado y con una carita de niña que casi parece menor de edad. Esta versión de ella, tan opuesta, me aterra. Por un segundo, agradezco que haya sabido camuflarse tan bien el sábado. Porque, aunque su rostro parece inocente, su cuerpo... Mejor no voy por ahí.

Tendré que hacer un esfuerzo sobrehumano en no recordar lo que pasó entre nosotros.

—Te vas a presentar, ¿o qué? —pregunta Brandon a mi espalda, golpeándome el hombro. Ya ni recordaba que lo tenía pegado a mi culo.

No puedo tener tanta mala suerte. ¡Y este gilipollas insinuando que tengo demasiada de la buena! ¡Ja!

—Soy Dean Langley, señorita… —me presento, extendiendo el brazo y con mi mejor postura de indiferencia.

Tuerce la cabeza hacia un lado y otro, tan perturbada como yo, puedo notarlo. Mira mi mano y levanta la vista a mis ojos.

Elevo una ceja, desafiándola a que diga algo fuera de lugar.

Creo que me entiende a la primera porque solo traga saliva.

—Mi nombre es Pippa Harrington, será un honor trabajar en su equipo. —Aprieta mi mano con fuerza. Es una forma de decir, porque no me hace ni cosquillas su agarre.

—¿Harrington? ¿Eres pariente de Edward Harrington? —pregunta Brandon, el chismoso.

—Es mi padre —responde la chica, mostrando el orgullo que siente, hasta le brilla la mirada.

Él abre los ojos enormes y sus cejas casi le llegan al tupé repeinado que siempre lleva. No sé cómo lo hace, pero no se le mueve un pelo en todo el día.

—Ojo con ella —susurra para mí.

—Vete a trabajar, anda —señalo entre dientes.

—Soy Brandon Prescott, nos vemos luego y te presento a más gente. —Le sonríe al decirlo y comienza a caminar.

Al pasar por su lado, la repasa de arriba abajo sin disimulo y ella frunce el ceño antes de preguntarle:

—¿He pasado la prueba? ¿Doy una vueltecita?

Me trago la carcajada y lo veo alejarse refunfuñando. Se lo merece por atrevido.

—Sígueme —exijo.

—Por favor —murmura cerca de mí.

—Por favor —agrego, clavando la vista en la de ella, con advertencia.

Tendremos una conversación incómoda en menos de diez minutos.

Capítulo 4



Rox me guiña un ojo y me desea suerte. No tiene ni idea de que la suerte me ha esquivado esta vez. Sigo a don *máquina sexual* por el pasillo e intento no reparar en lo bien que le queda el traje de tres piezas.

¡Tiene pinta de arrogante y antipático! Ojalá que logremos un buen ambiente laboral, lo último que quiero es defraudar a Andrew.

—Pam, ella es la señorita Harrington —me presenta con su voz de machote recalcitrante.

—Pippa, ¡qué gusto verte! —exclama Pam al reconocerme.

No puedo creer que la adorable mujer sea la secretaria de este neandertal. Con lo dulce que es ella.

Nos abrazamos, sonriendo, bajo la atenta mirada de Langley.

Que aguante y espere.

—Veo que se conocen —murmura este, impaciente y confundido.

—Hace más de seis años que no la veo —le explica Pam y me acaricia la mejilla—. Estás tan mayor… Lamento lo de tu padre.

—Gracias, Pam.

—Sigan, sigan —dice después, sin borrar la sonrisa.

Eso hago, sigo al abogado hacia su despacho. Ya tendremos tiempo para ponernos al día. Lo último que quiero es tener problemas con él, quiero decir, «más problemas», sobre todo porque acabo de incorporarme y adivino que es un tipo impaciente.

Cierra la puerta después de verme entrar y me observa con seriedad. Nos retamos con la mirada.

Baja la vista al reloj y suspira.

—Este es mi trabajo y lo más importante que tengo. No quiero complicaciones —expone por fin.

¡Qué asco de tipo! ¿Por qué iba a complicarle yo la vida a él? En todo caso, sería al revés.

—Supongo que esta conversación es por el trabajo y estamos poniendo los puntos sobre las íes, ¿no? —cuestiono y solo por molestarlo, agrego—: ¿O quieres que vayamos a mi coche otra vez?

—Lo último, sobra. Toma asiento —indica con el ceño apretado, además del gesto contrariado.

Creo que lo confundí con mi actitud desafiante.

Señala la silla frente a su escritorio.

—Dejemos las cosas claras —declara, cruzando las manos sobre la mesa de trabajo—. No

tomaré a mal nada de lo que digas antes de las diez. Horario en el que me convertiré en tu superior.

—Mi superior, dice —bufo en voz baja, solo por sentirme acorralada.

—Lo seré. Hasta entonces, di lo que sea. —A él no se le mueve un pelo con mi actitud.

Cruzo las piernas, cuento hasta diez, pongo la cara de póker que me enseñó mi padre para que no se me note lo que pienso, e inhalo profundo antes de hablar.

—No quiero que hagas ningún tipo de referencia a la otra noche. La dejaremos en el olvido. Si te encuentro mirándome el culo, te denuncio por acoso con los socios. Aquí y ahora, se te borra la memoria —suelto de corrido.

Sonríe con pedantería y se coloca las gafas.

¡Madre mía!

Usa gafas de pasta negras.

Qué contradicción tiene su apariencia con los tatuajes que sobresalen de sus puños.

—¿Y qué te parece si me aclaras lo que harás tú y no lo que debo hacer yo? —cuestiona.

Buen punto. Lleva razón. Me ha fallado el cálculo y he quedado como la tonta. Acepto el consejo. Aunque no fue uno, lo tomo como tal.

—Acabo de borrarte de mi memoria, *máquina* —aclaro con un poquitín de sarcasmo, el que se merece, ni más ni menos.

Se muerde el labio para no reír. Lo adivino.

Me contagia la diversión, aun así, no me permito ceder.

—Dime que eres mayor de edad —susurra, como si no quisiera preguntarme esto.

—Tengo veinticinco años, abogado —respondo con seguridad.

—Solo necesitaba corroborarlo.

Suspira aliviado al oírme. No me sorprende. Mi apariencia me ha llevado por el camino de la amargura durante mucho tiempo.

Echa un vistazo a su reloj y mueve la cabeza como si rezongase por algo o estuviese incómodo.

—Todavía no son las diez —me avisa—. ¿Tienes algo más que agregar?

Niego en silencio, sin bajar la mirada.

—Tu padre era socio aquí —comenta.

Asiento.

—¿Has entrado con enchufe? —indaga, con un tono que me pone la sangre a hervir.

Otra vez niego, cabreada, aunque entiendo que lo piense. Si el tal Brandon Prescott no me hubiese preguntado, otro lo hubiese hecho, y tampoco pretendía que fuese un secreto. Tenía pensado mencionárselo.

—Pasé las pruebas y entrevistas como todos. Lo hice en el anonimato a petición de mi padre y An… Rockwell.

—Conoces bien a Andrew, imagino.

Si supiera lo irritante que es que mire de ese modo, como si fuese un caso de estudio por lo raro o… vaya a saber lo que pasa por su cabeza.

—Es mi padrino —reconozco sin tapujos. Y sin amilanarme, también tengo los ojos clavados en los de él.

—¿Estás preparada para trabajar aquí? Soy exigente y estoy muy comprometido con esto —expresa, señalando en general y no sé si se refiere a su despacho o al bufete completo.

—Seré la mejor —digo en voz fuerte y clara—. ¿Ya son las diez?

A ver si le queda claro a este arrogante que soy lo que necesita. Me parece que ahora soy yo

quien ha sonado como una mujer presumida. No, si lo malo se pega rápido.

—Tienes dos minutos —me aclara, después de revisar la hora, y voy a ser una perra, pero se lo merece.

Ya habrá tiempo de disculparse. Si hace falta.

—Eres muy joven para ser socio. ¿Eres un enchufado? —inquiero.

Otra vez se traga la sonrisa y me observa con lo que intenta ser desdén.

Aquí tienes de tu propia medicina, *gallito*.

—Soy muy bueno en lo que hago, me lo gané —responde.

—¿Por qué tratas a Andrew con tanta confianza? —insisto.

—Es mi mentor. Son las diez —señala, observando su reloj.

Me pongo de pie y me aliso la falda. Tomo mi maletín y carraspeo antes de preguntar:

—¿Cuál será mi despacho, abogado Langley?

¡Qué difícil será esto!

Me parece que voy a tener que aprender a mantener la boca cerrada.

¿Las piernas...? Bueno... ya es tarde para eso.

Capítulo 5



Apago el cronómetro de mi *smart watch* y observo el pequeño monitor. Me gusta comprobar mis pulsaciones al acabar el ejercicio. Entro al piso después de poner la huella sobre la cerradura de seguridad y camino directamente hacia el dormitorio.

Siempre es igual. Cada mañana. Soy un autómata que se sabe la rutina sin tener que pensarla ni un segundo. Hasta mi cuerpo tiene memoria y ruega por la ducha tibia cuando entro desnudo al baño.

Anoche, me dormí analizando las consecuencias de que Pippa Harrington fuese la pelirroja atrevida con quien tuve sexo en un coche aparcado en un parquin privado. Acción ilegal por donde se mire, cometida por dos abogados, además, aunque pienso omitir este detalle... y, también, obviaré que en el sueño me recreé con lo que hicimos sobre ese capó... y con lo del asiento trasero.

Ha sido apoteósico.

Sacudo la cabeza con la intención de abandonar estos pensamientos intrusivos y lo logro.

Vuelvo a cuestionarme si podría complicarme el hecho de que la chica sea quién es. Ojalá que no. Aunque prefiero, y con eso me alcanzaría, que no sea una niñita de papá quejica, que aguante la presión que conlleva el trabajo y que no se ponga a llorar delante de la puerta de Blackwell cuando se sienta muy exigida.

Edward Harrington es un referente en el bufete e imagino que no fui advertido por mi jefe de que su hija sería mi asistente porque debe haber imaginado que me negaría, por prejuicioso, nada más que por eso.

Mientras hago el nudo de la corbata frente al espejo, me suena la alarma, la que me advierte que acabó el tiempo de vestirse y debo partir si no quiero llegar tarde.

Hoy es el día en que, por fin, conoceré a Silas Hawthorne y de solo recordarlo, se me hace una bola en la garganta.

En la recepción me encuentro con el culo firme de mi asistente apuntándome. Parece estar recogiendo algo del suelo mientras conversa con Roxanne. Hoy lleva unos pantalones blancos que, por cierto, le quedan muy bien.

—Buenos días —saludo de pasada—. Señorita Harrington, sígame.

Escucho risitas y murmullo, los ignoro y avanzo a paso firme hasta que la voz de Brandon suena a mi espalda:

—Hola, Pippa, ¿cómo ha sido tu primer día? Ayer no tuve tiempo de presentarte a nadie. Prometo hacerlo hoy.

—Solo estuve poniéndome al corriente con algunos papeles. He conocido a algunas personas y me presenté sola, gracias —responde ella.

Como soy un desconfiado y me tomo todo con mucha seriedad, incluso lo de mantener las garras de Brandon fuera de la chica nueva, me detengo de golpe, para no dejarlos solos.

Tan abrupta es mi frenada, que ella me lleva por delante. Eso le pasa por ir echándole el ojo al chico guapo, lanzado y de tupé castaño. Las chicas del bufete insisten en que Prescott es atractivo. Yo no le encuentro nada interesante. A saber lo que piensa Pippa.

—Perdón, no me he dado cuenta... —se disculpa cuando le tomo el codo, evitando que caiga de culo.

La interrumpo con indiferencia, girándome y clavando la mirada en mi compañero una vez que hace silencio. Las disculpas me importan una mierda, pero la actitud de Brandon sí que me molesta.

—Prescott, ¿no tienes nada que hacer? —le pregunto sin disimular mi intención de que se aleje de ella.

—Un montón de cosas, por eso voy de camino a mi despacho —explica sin entender la indirecta o simulando no hacerlo. Vuelve a desviar su vista a mi asistente—. Espero que seas de las puntuales, como mi amigo.

Bufo al escucharlo referirse a mí como «su amigo», pero no lo contradigo. La chica pone sus ojos sobre los míos un instante y sonríe de lado.

No me agrada pensar que es bonita. Porque Brandon puede darse cuenta, solo por eso.

—Mi segundo nombre es puntualidad —bromea ella y hace reír al tonto que camina a su lado.

Ojeo el reloj, ya por costumbre, y paso de largo mi despacho. Voy a por café, como cada mañana.

—También debes saber que nunca comienza antes del horario —agrega él. Esta vez no bufo, prefiero ignorar el comentario.

—¿Tengo tiempo de tomarme un café, entonces? —me pregunta Pippa, ya en la puerta de su oficina.

Asiento en silencio y ahora son dos los que me siguen. ¡Vaya suerte la mía!

—Ven, que te muestro la cocina y te enseño a manejar la cafetera —va comentando Brandon.

—No hace falta. Yo se la enseño —suelto con la voz dura.

Le suena el móvil justo cuando va a decir algo y toma la llamada sin agregar nada. Lo veo alejarse y suspiro aliviado.

—No le dé tanta confianza —aviso a Pippa, sin mirarla, porque todavía está a mi espalda.

—Puedes tutearme y no me indiques qué hacer con mis compañeros —me advierte.

Inspiro profundo sin que me vea hacerlo y cuento hasta tres. ¿Tiene un carácter complicado o me lo parece?

—Es un consejo de parte de Andrew, no mío. A Prescott le gusta andar tras las faldas del bufete. Advertida quedas, ya sabrás qué hacer con la información.—Me doy la vuelta y por mí está zanjado el tema Prescott—. Este botón deja salir el agua, este es el tamaño adecuado para las tazas azules y este otro, para las blancas.

No la miro mientras le hablo para no caer en la tentación de recrearme en su carita de niña buena. Siempre lleva los labios un poco abiertos, como si estuviera a punto de soltar algo que nunca llega a decir. Descubrí que sus dientes delanteros son grandes, un detalle mínimo que debería ser insignificante, pero que, en su caso, solo suma a esa apariencia de inocencia que me hace pensar en corromperla. Lo peor es que sé que no es tan inocente. Esa contradicción, esa mezcla de ingenuidad y desafío, me...

¡Qué coño!

Sacudo la cabeza, olvidándome del detalle de sus dientes, ese que acaba de llamarme la atención, y de toda la mierda que acabo de pensar.

—En diez minutos, te espero en mi despacho —anuncio, y la dejo sola.

Ya en la antesala de mi zona de trabajo, Pam me da los buenos días al verme y me recuerda la reunión.

—Dejé la carpeta arriba de la pila —me avisa.

La abro para leer los datos anotados y resaltados como me gusta. Todavía no puedo creer que haya llegado el día. Llevo esperando año y medio para esto.

Se me acelera el corazón con tan solo pensar en contarles a Alan y Marianne que pronto lo conoceré, que estaremos frente a frente.

Espero estar a la altura de lo que se espera de mí; si no..., quizá debería ir despidiéndome de la gente que me quiere.

Capítulo 6



Cuento hasta cincuenta de camino a mi mesa. Me dan ganas de... ¡Qué arrogancia carga el abogado! Dejo mis pertenencias y cojo la Tablet por si es preciso tomar notas. Tengo que ser la asistente modelo que espera. Voy a taparle la boca con mi trabajo.

Pam me ve llegar y sonríe.

—Te está esperando —me avisa.

—Gracias. ¿Puedo? —pregunto, señalando una bombonera con caramelos. Asiente y me invita con un gesto simpático—. Mi debilidad son los de limón.

Estamos hablando sobre los sabores de los dulces cuando se abre la puerta de la oficina del abogado.

—Señorita Harrington —gruñe Langley.

Inspiro profundo y pongo los ojos en blanco. Me armo de paciencia e intento no compararlo con el tipo que se bajó los pantalones frente a mi boca, porque no lograría imaginar que son la misma persona. Si no hubiésemos tenido «la» conversación incómoda ayer mismo, podría pensar que es su hermano gemelo. El más simpático y mono de los dos sería el otro, por supuesto. Y tampoco es que hubiese puesto demasiado esfuerzo para hacerme pensar tal cosa.

Entro al despacho degustando la acidez del caramelo, pero el sabor desaparece en cuanto lo veo. Está arremangándose con esa naturalidad que tiene para hacer que cada movimiento parezca un acto de poder. El repaso que le doy es involuntario, aunque me es imposible desviar la mirada. Paso por los hombros anchos, que llenan la camisa como si la hubieran hecho a medida; el chaleco, perfectamente abotonado, marca un torso sólido, y cuando llego al pantalón, me detengo. La prenda aprieta cómo y dónde debe, justo debajo del cinturón, permitiéndome comprobar que sí, es él. Ahí está la prueba que lo condena.

—Tome asiento —dice, colocándose las gafas. Ese sencillo acto me roba un suspiro que ahogo.

—Por favor, tutéame —ruego.

Noto que inspira profundo antes de asentir. Bien, es un buen arranque.

—En media hora nos visitará un nuevo cliente —expone.

—¿Qué necesita? —pregunto, sin levantar la vista mientras preparo mi tablet.

—De momento, mover dinero.

Alzo la mirada, arqueo una ceja y tuerzo la cabeza con desconfianza. Suena demasiado sencillo para un bufete como este, que cobra por hora lo que un empleado de comercio apenas sueña ganar en una semana.

—Queremos que comience con lo básico, ganar confianza... y, eventualmente, que nos delegue algo más grande. —Sus ojos se clavan en los míos, con una chispa de algo que no puedo descifrar del todo.

Asiento otra vez, sin poder evitar morderme el labio, todavía no muy convencida y esperando más detalles.

—Eso es todo, puedes retirarte.

Lo de esperar más detalles sobre lo que espera el nuevo cliente de nosotros me parece que no va a suceder, porque acaba de hacerme una cordial invitación a irme. Me pongo de pie y chasqueo la lengua, un poco contrariada por la falta de información.

—Mejor, ve con Pam a preparar la sala de reuniones —agrega con esa voz firme que intenta marcar distancia—. No es exactamente tu trabajo, pero nunca está de más saber hacer un poco de todo.

Es muy chulito y no puedo quedarme con la palabra en la boca si me dice cosas como estas y, menos, si lo hace en un tono que destila… no sé, algo que no me agrada mucho.

—¿Te preocupa que no sepa hacer más que una cosa a la vez? —pregunto, dejando que las palabras suenen como una provocación. Para más inri, «aquella» noche acaba de cruzar por mi mente como una ráfaga y la pregunta se convierte en una con doble sentido. Y me encanta haberlo importunado.

Dean se aclara la garganta, se nota que lucha para no morder el anzuelo. Eso le pasa por ser tan… tan… como es.

—Sé que puedes manejar más de lo que parece —responde con una sonrisa apenas contenida, sus ojos bajan por un segundo, como si lo que hicimos también lo estuviera distrayendo—. Pero aquí prefiero que te concentres... en lo importante.

Asiento antes de alejarme rumbo a la puerta. Me frustra su manera seca de hablarme y tratarme, la verdad, y apenas me mira cuando lo hace. No quiero tomármelo personal porque es ese tipo de personas que puede estar en varias actividades a la vez: firmar papeles y leer mensajes mientras me da las órdenes y explicaciones del día. Supongo que es por eso que pretende lo mismo de su asistente. No obstante, un poquito de simpatía no estaría de más.

—¿Qué pasa, señorita… Pippa? No puedes mirarme así y esperar que no reaccione —cuestiona con firmeza.

Me percato de que estoy observándolo atontada cuando él clava sus ojazos en mí, después de quitarse las gafas.

«Quizá quiero que reacciones, *abogado*», pienso.

No, por supuesto que no espero eso.

—No me hagas caso —murmuro.

—Cierra la puerta —ordena, y en ese instante las rodillas comienzan a temblarme. Su voz es grave, segura, y cada palabra parece pronunciada para mantenerme en mi lugar.

¡El segundo día ya meto la pata! Esto de mantener la boca cerrada se me hace difícil, sobre todo con alguien que me provoca más frases de las que debería y preguntas que no sé si quiero que responda.

—Habla, te doy quince minutos sin ser mi asistente —dice, con un dejo amenazante que me hace sentir diminuta, aunque no voy a dejar que lo note.

—Me tratas con distancia. ¿Es por lo de la otra noche? —expongo sin titubear y con el corazón a punto de desbocarse. Necesito saberlo, aun si la respuesta es brusca o me desagrada.

Me mira y suspira, como si le agotase la paciencia.

—¿Qué noche?

«Con que esas tenemos. Atrevido».

—No te hagas el tonto. No te pega —le aseguro, enojada y cruzándome de brazos para disimular el temblor en mis manos.

Se pone en pie de golpe y, con pasos largos y seguros, acorta la distancia entre nosotros. Esto parece ser un recordatorio de quién tiene el control aquí.

¡Ay, madre! Impone mucho con esa insolencia masculina diseñada para derretir voluntades. Cuanto más cerca está, más difícil se me hace respirar.

—Quedamos en que olvidaríamos todo —susurra.

El recuerdo también impone. Es imposible hacer borrón y cuenta nueva solo diciéndolo.

—Hasta que eso suceda, pensemos que solo ha sido sexo. Que no se interponga en el trabajo —explico, pareciendo seria y una adulta segura de sí misma.

—Solo sexo —repite, apoyándose en el escritorio como si supiera que la postura me atonta. Aunque ni yo misma lo sabía.

Mi mirada vuelve a traicionarme, cayendo directamente en la parte de su anatomía con la que casi me atraganté la otra noche. Es imposible no notar lo bien que le queda el pantalón, para qué mentir.

—Eso mismo. Solo sexo —me reafirmo, tratando de sonar imperturbable.

Tengo la intención de aparentar ser una mujer con experiencia, alguien que maneja los rollos de una noche sin complicaciones. Lo último que quiero es que este buenorro de ojos celestes me haga perder mi oportunidad aquí, en el bufete de mi padrino. Ya me arreglaré yo con los nervios que me provoca su apariencia.

—Eso mismo —responde, con una media sonrisa insolente—. Quería escuchártelo decir así de claro.

Baja los párpados y, por un segundo, creo que todo está resuelto, pero entonces se afloja la corbata mientras me mira como si acabara de ganar una partida en la que yo ni siquiera sabía que estaba participando.

Me exaspera. Me confunde.

—Voy con Pam —lo aviso, aunque mi vacilación delata que necesito aire, espacio o cualquier cosa que me aleje de él. Y eso hago sin demorarme ni un segundo.

Me cruzo con Prescott en el pasillo y comienza a caminar a mi lado.

—¿Cómo lo llevas? —quiere saber.

—Bien. Adaptándome —respondo, entrando a la sala de reuniones.

—Cuando estés libre, conversamos —dice y me guiña el ojo.

—Vale.

No sé si soy yo o es un pesado de cuidado. Voy a tomar por válido el consejo que me envió mi padrino con Langley.

Capítulo 7



Me sudan las palmas. Estoy incómodo con su presencia y sus ojos, estudiándome, me ponen en alerta.

Dicen que Silas Hawthorne no es astuto ni inteligente, pero sabe empoderarse con su actitud. Tiene un apretón de manos firme y la ironía que transmite su sonrisa te pone el vello de punta. Observa todo con tal condescendencia que si te dijese que el mundo le pertenece, lo creerías y hasta sentirías que debes darle las gracias por permitirte residir en él.

Sin embargo, a Pippa la contempla de otra manera, una irrespetuosa, como si fuese suya.

—Señorita Harrington —dice con la voz rasposa—. Ha sido un placer conocerla y será muy agradable volver a verla.

Pippa le sonríe y le permite que le bese la mano a modo de despedida.

—El gusto es mío, señor Hawthorne —murmura.

—Espero su correo con la información, Langley —agrega el tipo y sale por la puerta de la sala, seguido por los dos mastodontes que lo cuidan.

—¡Qué fuerte! —exclama mi asistente y se desmorona en la silla—. Me pone nerviosa.

—No lo permitas —comento.

Solo espero que sean nervios parecidos a los míos y no de otro tipo, porque el hombre es asquerosa e intencionalmente «encantador». Después de verla abanicarse con la mano, prefiero no saberlo y quedarme con la duda.

—¿Tengo permiso para hablar sin tapujos? —me reclama con determinación, y yo asiento—. Sabes a lo que se dedica, ¿cierto?

—Lo intuyo —miento.

—Y no te preocupa.

—Si no somos nosotros, será otro. No estamos cometiendo ningún delito —expongo sin dar más argumentos.

—Todavía.

Me incorporo en mi silla y apoyo los codos, entrelazando las manos. Esto me acerca un poco a ella y la miro a los ojos para aparentar seguridad.

—A ver, Pippa, es un cliente poderoso que traerá dinero al bufete. —Mi idea es convencerla y convencerme también de que es lo mejor—. No sabemos con certeza eso que insinúas y puede que todo esté en tu imaginación.

Ni yo me lo creo. Es más, nunca me imaginé defendiendo a semejante sujeto.

Ella me mira entrecerrando los ojos y bufa. Se pone de pie y bebe el agua que le queda en el vaso. Vuelve a sentarse.

Su cuerpo vibra ante la frustración que le produce mi comentario y la entiendo.

—Me quieres hacer creer que soy tonta y no me gusta, Dean.

Algo así estoy haciendo, sí, de todas maneras, no lo voy a reconocer.

—No es lo que pretendo. Piensa un poco y dime si de verdad sabes qué otro tipo de negocios tiene, además de los mencionados aquí.

—¡Por favor! ¡Es Silas Hawthorne, hombre, el hijo del Zorro Gideon! —exclama golpeando la mesa.

—No me obligues a tomarte por tonta de verdad, Pippa. ¡Sabes que no tienes nada! —insisto con el tono de voz elevado.

Necesito que deje de rezongar y crea que lo que intentamos hacer aquí es lo correcto. No quiero a Rockwell husmeando en mi trabajo si le va con el cuento.

Me observa achicando los ojos y no voy a permitirle que entre en mi mente. Permanezco inmutable, inclusive al percatarme de que los tiene de un celeste extraño, hermoso, y de que su mirada es muy transparente.

Inspira profundo y suelta el aire lentamente, sin bajar la vista. Yo tampoco lo hago.

—No preciso comprobarlo, lo que nos pide lo demuestra, Dean. Por favor, pareces tú el ingenuo. Pero si es lo que pretendes… —claudica por fin, elevando las manos, rindiéndose—. Solo quiero que sepas que soy una persona recta y no hago nada fuera de la ley. No estudié para ensuciarme las manos, sino para aportar a la sociedad cosas buenas y no hundirla más en la miseria.

Afirmo con la cabeza. Cualquier cosa que agregue podría hacerla recapacitar. Me alcanza con esta aceptación.

¡Joder con la chiquilla esta! Se pone firme y no suelta su hueso.

Me da miedo que no esté lista para este cliente.

Toma su tablet y la enciende con movimientos bruscos.

—El tipo es de manual, démosle eso, algo de manual —murmura, trasteando en la pantalla e interrumpiendo mis pensamientos—. Colocación, diversificación e integración.

Enumera las tres etapas del proceso de blanqueo de activos como nos las enseñan en la universidad. No sé si se está autoconvenciendo o insultándome de manera sutil. Lo que sea, no me importa, se lo dejaré pasar con tal de que abandone la idea de poner trabas en las ruedas.

—¿Por dónde quieres comenzar? —pregunta.

—Con las opciones más simples: sociedades *offshore*, transferencias y triangulaciones con destino en Gibraltar o Malta, puede ser Reino Unido, y acciones benéficas, aunque no creo que eso le interese mucho si lo que busca es diferenciarse de su padre.

Piensa mordiéndose la yema del dedo, asintiendo ante el último comentario que hice. No puedo quitarle la mirada de la boca, joder.

—Podemos armar alguna opción con apuestas *online* o monedas digitales —murmura. Logro conectar otra vez con la realidad después de oírla.

—Analiza tres propuestas. Invéntate algo que lo haga quedar como un hombre honorable de cara a la sociedad. Cuando reciba el *email* con la cantidad que quiere invertir, te pones en ello.

Sonríe con ironía al escucharme remarcar la palabra «invertir». Y otra vez me encuentro admirándola, alelado.

Todavía me cuesta creer que esa boca fue la misma que me hizo una mamada espectacular.

—Pippa, te buscaba —dice Brandon, asustándola—. Perdona.

—Estaba concentrada. ¿Qué necesitas?

—¿Tomamos un café? —le pregunta.

Me obligo a no bufar, ni mandarlo a la mierda, en cambio, le digo:

—Estamos trabajando, Prescott. Si nos disculpas.

La chica me inspecciona con cara de asombro por la respuesta seca y casi instantánea que le

suelto al desubicado este. Es que el tipo es muy insistente y ella parece simpática, sociable… ¡Carajo, si es que no debería meterme y que haga lo que quiera!

«Te lo pidió Andrew», me digo en silencio y vuelvo a mirar con seriedad a mi compañero para que se vaya de una vez.

Capítulo 8

Pippa

Sigo pensando que Silas Hawthorne no es de fiar. Todo el mundo, y no creo exagerar, sabe que es un mafioso y anda en malos negocios. Se dice que trafica con todo: drogas, armas y hasta personas. Claro que no puedo confirmarlo, pero cuando el río suena, agua lleva; y hay muchísimas investigaciones periodísticas hablando de la familia y no solo aquí en Nueva York.

Gideon Hawthorne está mayor y, según se comenta, el hijo, Silas, se alejó de los negocios familiares. Comenzó por su cuenta. También dicen por ahí que el viejo ya comete errores y Silas no quiere correr con las consecuencias de estos.

No comprendo cómo un bufete tan prestigioso como es Rockwell y Asociados puede tener clientes de esa calaña. Lo bueno es que no es la firma que lo representa todavía, nadie se enterará ni saldrá en las noticias por un simple blanqueo. No me atrevo a comentarle nada a mi padrino. Me toca esperar a ver qué pasa, porque tampoco lo hablaré con mi padre, se lo diría a mi padrino. Cuando estuve ayer por su casa, casi hago una acotación, lo evité para no inquietarlo. Ya sé lo que las preocupaciones pueden ocasionarle.

Desde su segundo accidente cerebrovascular, cuando dejó de trabajar, decidí no alarmarlo por nada y hacerle la vida fácil, igual que hizo él conmigo al morir mamá. La alegría que tenemos ambos por haber sido aceptada en el bufete, donde aún hoy lo veneran y admiran, no se opacará por un mafioso ególatra y un abogado que acepta representar esta clase de delincuentes.

Pondré mis propios límites. Le daré tiempo para ver cómo acaba esto antes de tomar cartas en el asunto.

—¡Guapa! —exclama mi amiga al verme traspasar la puerta de cristal.

—¿Te gusta? —le pregunto, modelando mi nueva falda ajustada y la blusa a tono—. Los tacones eran de mi madre.

—Me gusta —dice el pesado de Brandon, apareciendo de pronto.

Roxanne pone los ojos en blanco y yo le sonrío por el piropo, sin hacer comentario alguno.

Hace dos semanas que trabajo aquí y ya le he rechazado dos invitaciones a vernos después de la jornada laboral. Desconozco sus intenciones, aunque las mías son claras: solo será un compañero de trabajo más.

Voy a tener que darle la razón a Dean sobre el muchacho, pese a que preferiría no hacerlo. Se gasta un ego que… ¡madre mía! No seré quien se lo agrande.

Al ver que sigo conversando con Rox, Brandon se aleja. Menos mal.

—Es guapo, aunque un poco… —comento mientras lo observamos caminar.

Es alto, de cabello y cejas castaños. Sus ojos marrones son muy vivaces y bonitos. Tiene las mejillas hundidas y la mandíbula bien marcada, rasgos que lo hacen lucir muy masculino y

atractivo, además de sus labios definidos y carnosos. Sabe presumir y lo hace con un andar elegante, de pasos largos. Es interesante.

—Un poco, dice —bromea mi amiga, haciendo referencia a lo insistente que es con su intención de ligue constante y poco sutil. Según me he enterado, casi todas han pasado por su pegajoso interés.

—Señorita Harrington —suena la voz de Dean y, por su tono, está enojado, molesto, irritado, o algo que me saca de las casillas sin tan siquiera haber reparado en él—. Los datos que le solicité vía *email* eran urgentes. Si no es molestia, ¿podría preparármelo ahora mismo? —pregunta con ironía—. Evitemos la tertulia personal en horario laboral.

Roxanne baja la cabeza después de asentir, dándose por aludida, y se pone a escribir algo. Yo descubro que tengo la boca abierta y a punto estoy de decirle un par de «cositas». Cuento hasta tres, buscando mejores palabras y una actitud acorde a mi puesto de trabajo, porque no debo decir lo que pienso ahora mismo. No me conviene.

—No sabía que me hubieras enviado algo —le explico, revisando la casilla de correo desde el móvil, ignorando las ganas de mandarlo a dar un largo paseo por las colinas que lo llevaría directo a la m… Eso—. No tengo nada.

—Se lo envié ayer a última hora —asegura, invitándome a andar a su lado, de vuelta a la oficina, con un ademán.

No puedo evitar oler su aroma al tenerlo tan cerca. Lo disfruto en silencio. Huele a hombre y a poder. Lo que me hace pensar en otro tipo de cosas, inapropiadas también y más para la hora y lugar en el que estamos… y persona, vamos.

Sacudo la cabeza para volver a concentrarme en lo que me ha dicho.

—¿Hablas de esto? —le muestro el móvil y asiente con altivez, sin detenerse—. Lo puse ayer mismo en tu mesa, impreso y grapado.

—No puede ser —afirma.

Entra a su despacho dando pasos apurados. Sé que tiene muchas ganas de ganarme esta disputa; aun así, no lo hará.

—Hola, Pam —digo, tomando un caramelo de limón de pasada, guiñándole un ojo. Siempre me llena la bombonera con ellos, ya casi no hay de los otros sabores. Es un encanto de mujer.

Al entrar tras sus pasos, lo veo con los papeles en la mano y me echa una mirada rápida, reticente a dar el brazo a torcer.

Me encanta contrariarlo y ponerlo en aprietos, lo he ido descubriendo en estos días que he estado trabajando a su lado. Es eficiente, mucho, sí. Yo también.

—Creo que ya no te necesitaré en las reuniones con Hawthorne —dice después de bufar, sin reconocer su error en voz alta.

Lo sorprendo repasándome con la mirada cuando alzo la vista. Lo disimula, por supuesto. Seré objetiva, la falda me hace ver muy sexy, eso me dijo el espejo esta mañana y algún que otro hombre en la calle.

—No entiendo… He hecho todo lo que me has solicitado y más —rebato ante su comentario.

—Lo sé, no es eso. Es que… Pippa, no te veo capaz de lidiar con gente como Silas y no podemos meter la pata —me asegura, sí, es seguridad lo que leo en su voz.

—No.

—¡Pippa! Renuncia a este caso, hay muchos en los que encajas y…

—He dicho que no —lo desafío.

Me escruta, retador. Sus ojos celestes están inquietos y me recorren la cara. Los míos no

quieren abandonar la suya.

¿Qué le ha hecho a su barba? La ha recortado y eso expone más sus labios. ¿Siempre han sido así de tentadores? Esa manía que posee de arremangarse y exhibir los tatuajes, y el reloj, y las venas de sus antebrazos.

Pestañeo varias veces después de escucharlo carraspear. Creo que los dos nos hemos abstraído un poco.

—No me mires así —murmuro confundida.

—¿Por qué no?

—Porque no entiendo lo que significa. ¿Me estudias? ¿Me juzgas? —le suelto sin pensar.

—Solo te miro porque lo haces tú —explica con una sonrisa de lado impostada que me pone a la defensiva.

Está enfermo de importancia. Se cree mucho.

Depende desde el punto de vista que se lo examine, puede serlo, no discutiré eso. Es guapo, adinerado, culto, guapo, inteligente, buen abogado, guapo…

Bien, creo que tengo que irme a trabajar y dejar de divagar en lo «guapo» que es. Debo recordarme que no me gusta su estilo y soy más de los intelectuales.

Hasta eso me provoca: dudar de mis preferencias.

Capítulo 9



Listo, ya se lo avisé. No me importa su negativa. Tiene que dejar el caso y se acabó. Me desconcentro si tengo que cuidarle su precioso culo.

A decir verdad, se lo cuidaría encantado, pero de otra manera.

Reniego en silencio de mis propios pensamientos y vuelvo a la faceta profesional.

Entre lo que me ha dicho Silas y el recelo que ella misma tiene sobre el hombre, las cosas se pueden complicar y esta oportunidad no se volverá a repetir para mí. Tengo solo un disparo. Estoy obligado a hacerlo bien y sin errores.

Sigue aquí, parada frente a mí, pensativa… Que deje de escanearme de una vez o no respondo. Y que cierre los labios, pues me provoca meterle la lengua.

Me pongo las gafas y reviso la agenda para dejar de regodearme en su rostro.

Al levantar la vista otra vez, la veo investigándome sin pestañear. Hay algo en su mirada que es puro desafío, y no sé si me irrita o me atrae más de la cuenta.

—¿Qué? —indago, levantando una ceja.

Se cruza de brazos, pero no responde de inmediato. Me tiene en ascuas, y eso ya es una victoria para ella. Después me pide explicaciones si la observo demasiado, pero no le voy a decir que con la ropa de hoy ha conseguido más de una tortícolis al pasar. A mí, el primero.

Estoy acostumbrado a tirar la pelota al tejado vecino cuando una mujer que me llama la atención empieza a presionarme. Esa atención está vedada, fuera de lugar y, además, es incómoda. Porque tengo demasiado trabajo. Porque no tengo tiempo para compromisos. Y porque ella es mi asistente.

No, lo de la otra noche no se puede repetir.

No debería volver a repetirse.

Ella niega con la cabeza, refunfuña algo ininteligible, da un paso al costado y vuelve a su lugar. Está renegando con algo, lo veo en el ceño fruncido y en el ligero movimiento de su pie.

—Dilo —exijo, intrigado, cruzándome de brazos.

—¿Por qué tanto tatuaje?

¡Qué cojones! Su pregunta me toma por sorpresa, y no estoy seguro de si me divierte o me molesta.

—¿Qué pregunta es esa? ¿Y a título de qué viene?

—Solo tengo curiosidad —dice con un gesto que no encaja con sus palabras. Algo en sus ojos la delata.

—Me gustan. ¿A ti no? —digo.

Niega con la cabeza, pero no la creo. Su mirada baja casi instintivamente hacia mis brazos y reparo en cómo traga saliva. Es un movimiento mínimo, pero imposible de ignorar. Si supiera que no solo mis brazos están cubiertos de tinta…

Me esfuerzo por no pensar en la penumbra de aquella noche, en cómo nuestras manos se

buscaron con una urgencia que no nos dio tiempo para mucho más. Apenas me permitió vislumbrar algo en su piel. Algún día tendré que averiguar si lo que recuerdo fue real o solo una ilusión.

—Tu cabello, ¿es natural? —disparo de vuelta, sorprendiéndome a mí mismo. Ese color rojizo, casi anaranjado, es demasiado singular como para no destacarlo.

Ella parpadea, desconcertada, pero responde:

—Es hereditario. Mi abuela era pelirroja.

Su tono es casual, pero hay un leve rubor en sus mejillas que me da una satisfacción completamente irracional.

—Joder —murmuro para mis adentros, porque la imaginación se me dispara otra vez hacia territorios poco convenientes. Tengo la lengua inquieta y la cabeza llena de recuerdos de lo que hicimos en el asiento trasero de su coche.

—Creo que…

—Sí, tengo que hacer…

Nos interrumpimos mutuamente y la incomodidad en el aire casi se puede cortar con un cuchillo. Cuando se da media vuelta, me obligo a no contemplar cómo esa maldita prenda se ajusta a sus curvas.

No me sale bien. Me muerdo el labio inferior, maldiciéndome por ser tan evidente, incluso para mí mismo.

—No voy a dejar el caso —dice de repente, girándose justo antes de salir.

Su tono es firme, pero sus ojos me retan, como si esperara que le diera una orden o que intentara detenerla.

No sé si sonreír o lamentarme por la asistente que me tocó en suerte.

Repaso el correo de Silas, bufando. Ha organizado una reunión para esta noche; creo que es más social que profesional, es una cena con más invitados y «exige» la presencia de Pippa.

No me gusta nada.

«Trae a la preciosa Pippa contigo y dile que se ponga sexy», ha escrito.

Soy hombre, sé que la acecha como si fuese una presa.

Trago saliva, despotrico en silencio y me convenzo de que no puedo hacer otra cosa. Así son las cosas.

Cierro la puerta del despacho, buscando intimidad, y tomo el móvil del cajón para enviar un mensaje sobre lo de esta noche y los avances.

Me pongo de pie cuando acabo con la tarea y camino hacia la oficina de Pippa.

—Tenemos una cena de trabajo —comento sin preámbulos, una vez que llego a su puerta abierta.

Levanta los ojos del ordenador con expresión espantada.

—Soy una persona que se asusta con facilidad. ¿Podrías, por favor, anunciarte antes?

Frunce la naricita y sonríe divertida.

«Me la como».

«Eso no sucederá».

—Deberás ponerte sexy, a petición del cliente —le digo, desestimando todos mis sucios, pervertidos e inapropiados pensamientos.

—¿Y desde cuándo los clientes dan ese tipo de instrucciones a los abogados que los representan? —me pregunta, con justa razón.

—Quieres seguir con Hawthorne, ¿cierto? —la pincho elevando las manos en un gesto que

dice: «ahí lo tienes, ¿lo vas a volver a pensar?».

—¿A qué hora? —indaga, altanera, con el mentón elevado y la espalda recta.

Busca provocarme, enojarme y lo que consigue no se le parece a nada de eso. La sangre bulle en mis venas y no me hace sentir incómodo el motivo.

—No deberías tentar a la suerte —susurro con los ojos clavados en los de ella. Y con «suerte» me refiero a que soy un hombre con el control suficiente para no dejarme llevar por todo lo que me inspira. Eso creo.

—¿Y si lo que busco es lo que obtengo? —Trago saliva después de morderme la lengua y apretar la mandíbula. Supongo que este diálogo no tiene el mismo sentido para ella que para mí. ¿O sí?

Lo mejor va a ser dejarlo pasar y no analizarlo.

—Pasaré a por ti a las siete y treinta. Envíame tu dirección por mensaje —agrego antes de alejarme de ella con la polla abultándome la bragueta.

Capítulo 10



«Es demasiado corto», pienso, y giro para verme la espalda descubierta.

«Es demasiado revelador», agrego en mi mente.

—Me pongo el largo —le digo a Rox.

—Ese es muy elegante para una cena —señala ella, y tiene razón—. El negro, ¿no?

—¿El negro? Es aburrido.

Lo levanto y lo pongo a la altura de mis ojos. Me convenzo de que lo es; aun así, lo prefiero, dadas las circunstancias.

Ya estoy maquillada y peinada, solo me falta cerrar el vestido cuando oigo el móvil.

—Ha llegado —me anuncia Rox, revisando el mensaje que envió Dean como aviso—. Mándame una foto, así veo cómo se viste para esa clase de eventos. Si los trajes de trabajo son tan impecables, no quiero ni imaginar los de la noche.

—Apaga la luz antes de irte —le pido, ignorando el comentario. Siempre se la deja encendida.

Pasa más tiempo en mi apartamento que en el de ella, ya que lo comparte con su hermana mayor y no se llevan bien.

No me atreví a contarle que *don máquina sexual* es Dean Langley. Puede que le caliente la mente con imágenes impúdicas sobre uno de sus jefes. Demasiado perturbada la tengo yo y eso que trato de no pensar.

Reconozco que su apariencia me pone a prueba, y más cuando se coloca las gafas y me mira.

Justo así, como ahora.

—No hace falta —murmuro al advertir que baja del coche a abrirme la puerta.

Diablos.

En él pienso al verlo, en el diablo. Dicen que es pecaminoso, provocador, atractivo. Eso dicen; yo no conozco al diablo, aunque sí a Dean Langley vestido todo de negro.

—No sabía que fuese un evento tan elegante. No sé si estoy a la altura.

—Lo estás —dice serio, casi de mal humor, antes de cerrar la puerta y dejarme dentro de su vehículo de alta gama con olor a nuevo.

Mantenemos un silencio incómodo casi todo el camino. No tengo nada que hablar con este hombre que no sean laborales. En realidad, todos los temas que me gustaría sacar son inapropiados siendo el abogado para el que trabajo. Si él fuese más cercano, tal vez…, no lo es. Es más bien esquivo. Cuando creo que claudica y se vuelve más *humano*, algo pasa y regresa a su postura habitual de «tú allí y yo aquí». Hoy, en particular, está más distante que de costumbre.

—Te abro —afirma con un tono que no deja espacio a protestas mientras aparca frente al

hombre que se acerca para abrirle la puerta a él.

Lo observo moverse con esa mezcla de autoridad y confianza que parece haber nacido con él. Decido esperar en mi asiento. Estoy acostumbrada a estos gestos caballerosos por los eventos a los que asistía con mi padre, pero con él se sienten diferentes, más personales.

Una vez que salgo del coche, nos quedamos demasiado cerca el uno del otro, tanto que su proximidad me hace inhalar el leve aroma de su loción, fresco y especiado. Sé que repara en mis labios pintados, porque su mirada se queda atrapada allí un segundo más de lo necesario.

—¿No te gusta? —cuestiono, desafiante.

Su respuesta no llega en palabras, pero lo veo tensar la mandíbula, su pecho se eleva al inhalar por la nariz y, con un leve asentimiento, deja claro que lo ha notado más de lo que quisiera admitir. Sin decir nada, toma mi mano con firmeza y me guía hacia la escalinata del hotel donde nos espera nuestro cliente.

El contacto de su piel con la mía es breve, pero suficiente para que el calor me suba por el brazo, haciendo que me sienta absurdamente consciente de cada parte de mi cuerpo.

—Recuerda no alejarte de mí. No te quedes sola con Silas —murmura en mi oído con voz baja y grave, haciendo de este comentario algo que parece íntimo y personal.

El temblor que me recorre me toma por sorpresa. ¿Es por sus palabras o por la tibieza de su aliento que siento tan cerca? No lo tengo muy claro. Me esfuerzo por convencerme de que es por lo primero.

—Me asustas —digo, algo nerviosa, aunque más confundida que otra cosa.

Se detiene y gira su rostro hacia mí, clavando esos ojos claros que parecen leer más de lo que creo.

—Solo procura no darle excusas para que intente ligar contigo, salvo que lo pretendas —agrega, sus palabras, ahora mismo, están cargadas de un resentimiento que me descoloca.

—¿Disculpa?

Él no pestañea y el silencio que sigue está lleno de todo lo que no dice.

—No me digas que no te gusta. Te vi suspirar el día que lo conociste —asegura con ese tono que… Se merece un guantazo.

El aire se me atora en los pulmones, porque me siento juzgada.

—Es que me estaba poniendo nerviosa —aclaro, como defendiéndome—. ¡Eres un estúpido! —exclamo, casi sin pensar, después de reconocer que no tengo nada que explicar.

Su mandíbula se tensa aún más y el leve rechinar de sus dientes me llega como un eco. Se le oscurecen las pupilas y su expresión se endurece, lo que me provoca una ola de emociones que no sé cómo manejar: frustración, rabia…, deseo.

Lo peor es que quiero golpearlo tanto como quiero acercarme y atrapar su boca con la mía, morder ese cuello justo donde noto el latido marcado de su vena.

¿¡Qué!?

Tengo que comprarme un vibrador.

—Cuidado, señorita Harrington. No se exceda —gruñe con voz ronca.

Cada palabra parece una advertencia y, sin embargo, me resulta imposible apartar la vista de sus labios.

Insisto: tengo que comprarme un vibrador.

—Vaya, qué preciosa mujer hay frente a mis ojos —me elogia Silas, apareciendo sin aviso, y, de inmediato, escucho el bufido de Dean a mi lado.

Le reconozco el atractivo al hombre. Tiene ese tipo de rostros agradables y armoniosos que no delatan la edad. Imagino que debe rondar los cuarenta y tantos, cincuenta incluso. Se le

marcan algunas líneas de expresión, que le quedan muy bien, a los lados de los ojos y en la frente. Hace un par de días que no se afeita y al darme un beso en la mejilla, acción bastante fuera de lugar, me raspa la piel. El segundo, me lo da con sus labios finos presionando más de lo debido sobre mi comisura izquierda.

—Entremos —ladra Dean. Así ha sonado su voz, como un ladrido de perro entenado para atacar.

Nos siguen cuatro *orangutanes*. Lo parecen por el tamaño y la tenebrosidad que desprenden con sus posturas y actitudes.

—Te sentarás a mi derecha, Pippa. No puedo perder esta gran oportunidad de conocerte mejor.

Silas aleja la silla de la mesa y espera a que tome asiento para hacerlo a mi lado.

Capítulo 11



Le golpeo la rodilla con la mía para hacerla entrar en razón y no solo no lo está haciendo, sino que aleja su pierna y logra que perdamos el contacto.

¡Joder! ¿Qué coño está haciendo?

—No preguntes lo que no deseas saber de verdad —le dice Silas muy risueño, acariciándole la mano por décima vez en lo que va de la noche.

—Quiero saberlo, por eso pregunto —insiste ella.

¡Se acabó! Necesito sacarla de aquí ahora mismo.

—Si te cuento para qué quiero ese barco, tendría que matarte —asegura el tipo, serio y sin dejar de mirarla a los ojos.

Me acerco otra vez y le aprieto la pierna para que no haga ni diga nada fuera de lugar. Tiene muy claro quién es este hombre y se está arriesgando con el jueguecito de las narices, y es peligroso.

Hawthorne suelta una carcajada estruendosa al ver la cara de espanto de Pippa y la mía, ya puestos.

—Me encanta bromear —asegura. No le creo.

—Deja de beber —le ruego, acercándome con disimulo.

No quiero que pierda su sentido del riesgo o el instinto de protección que seguramente posee.

—Es él, que no acepta negativas —expone.

Sé que es verdad. El cabrón este debe pretender emborracharla.

—No toques más la copa. Toma agua —imploro, seguro que sueno como un desesperado. Lo estoy.

—Sigamos la conversación en la habitación —dice Silas.

Niego con la cabeza.

Imagino que su suite es del tamaño de mi piso y no estaríamos solos, pero... podría jurar que habrá alcohol, drogas, mujeres… *Nop*, paso. No voy a exponer a Pippa a eso tampoco. Además, se tomó en serio lo del vestido sexy. Es formal, nada escotado y es eso mismo lo que lo hace más sensual, porque oculta lo que deseamos ver, insinuando que sería un sueño hecho realidad.

Pude descubrir que Silas opina como yo nada más llegar.

—Tenemos que madrugar, ¿cierto, señorita Harrington? —comento. Espero que entienda la evasiva y me apoye.

—Es así. Será en otra oportunidad —afirma, y se pone de pie sin dudarlo—. Con permiso.

La observamos caminar hacia los aseos. A Silas se le cae la baba. Hace una señal a sus hombres y veo que la siguen.

No me gusta esto.

—Es por precaución. La vieron conmigo y nunca se sabe —me explica al verme alertado.

—Claro —murmuro. Decido dejarlo así y no comentar nada al respecto. Prefiero no entender—. Aprovecho para agradecerle la invitación. Ha sido un placer compartir este rato.

—No me endulces los oídos, Langley. Pippa, ¿tiene pareja? —suelta sin previo aviso.

—No lo sé —respondo, aflojando los hombros al verla volver sana y salva.

Me paro a su lado y le extiendo la mano a mi cliente con el fin de despedirme por fin. Ella hace lo mismo.

Se acabó. No aguanto más.

Respiro tranquilo mientras nos dirigimos al coche. Más tranquilo aún cuando estamos dentro y acelero, dejando atrás el enorme edificio.

—¡Estás como una puta cabra! ¡Ese tipo es peligroso y te atreves a cuestionarlo! —exploto de impotencia.

—No vuelvas a levantarme la voz de ese modo —me comunica con los dientes apretados.

—Te lo mereces, joder.

Sigo en mis trece. Tengo todo el cuerpo en tensión y no puedo resistirme a gritarle.

—Frena el coche —exige. No lo hago, por supuesto—. ¡Frena el coche, ahora, Dean!

Tengo tanto nervio acumulado por escucharla y verla expuesta a uno de los hombres más peligrosos de Nueva York, y me quedo corto, que piso el freno, furioso con ella, conmigo y con el idiota ese.

Se baja en cuanto puede y comienza a caminar, alejándose sin dar explicaciones.

—Espera —ruego, corriendo hacia ella. La tomo del codo y la giro, así la enfrento a mí.

—No me gusta que me traten mal y ya tengo suficiente en la oficina —asegura, enfurecida.

—¿Quién te trata mal en la oficina?

Es la primera noticia que tengo. Si hay un maltratador entre nosotros, debo estar al corriente. Eso no se tolera en el bufete.

Suelta una risa floja. Da un paso lejos de mí y vuelve. Como lo hizo más de una vez en el despacho, nerviosa, impotente.

—No se lo diré a nadie, te lo prometo —murmuro más cerca de su cuerpo, para darle confianza.

—¿De verdad? ¿No eres capaz de reconocer lo arrogante que eres? Solo sabes rugir órdenes y mirar de mala manera.

—Lo has dicho por mí —murmuro contrariado—. ¿Te trato mal?

No puede ser verdad. Yo no hago nada de eso. Puedo ser determinante a la hora de hablar si estamos concentrados o trabajamos contrarreloj, lo sé, pero no trato mal a nadie.

—Bueno, no exactamente. Eres muy serio y a veces… me descolocas, Langley. No puedo estar cómoda a tu lado. No me lo permites —se explica, arrepentida.

Mejor que se sienta así. Eso quiero. Me refiero a lo de la incomodidad. Si se acomoda, lo haré también, y esta relación laboral se complicará.

—Era eso —digo, y busco una excusa que sirva para calmarla.

No soy bueno dando explicaciones. Me pongo intenso, sentimental, emocional; soy un flojo cuando la pifio con quien me interesa.

Que no es el caso.

Que me atraiga no significa que me importe.

Debo mantener la postura esquiva y dura, sí.

¡Que no me importa, coño!

—Qué engreído eres. ¿Se te subió a la cabeza ser socio o ya eras así? —suelta sin medir consecuencias.

—Lo tuyo es de nacimiento, ¿no? La típica niñita de papá —señalo, atacando en mi defensa y, de inmediato, me arrepiento.

Odio que me tilden de vanidoso por mi trabajo. No lo soy. Por el contrario. Me apliqué mucho para llegar donde estoy y nadie me ha regalado nada. Salí de un barrio con escasos recursos y he llegado donde estoy hoy por trabajar como un burro.

—No sabes nada de mí —asegura, con sus ojos clavados en los míos.

—Tú tampoco de mí —aseguro, sin esquivarle la mirada.

No voy a contarle mi vida ni las peripecias que tuvimos que pasar mis hermanos y yo cuando falleció mi madre y su pareja en aquel accidente. O la lucha de nuestro padre con el maldito cáncer, que nos quitó una pequeña fortuna, por no tener seguro médico. Fortuna que pagamos entre todos, trabajando de lo que fuese desde adolescentes.

¿Arrogante yo?

No, señorita, a mí no se me caen los anillos y tampoco nací en cuna de oro.

Cuando me envalentono para rebatirle algo, sin pensarlo demasiado, me doy cuenta de lo que pasa.

—¿Estás llorando? —le pregunto al ver que una lágrima cae por su mejilla.

—He tenido miedo allí dentro. Me ha tocado más de una vez, me ha hecho seguir al baño por sus guardaespaldas, me ha susurrado provocaciones fuera de lugar, Dean, y lo que se te ocurre es gritarme que estoy como una cabra —explica entre hipidos, sin respirar incluso.

Le tomo los hombros y me la acerco al pecho para abrazarla. Me produce tanta ternura que no puedo evitarlo. Sus manos me rodean la cintura por debajo de la chaqueta y siento la humedad de las lágrimas que mojan la tela de mi camisa.

¡Qué bien se siente esto!

Sigue sin interesarme.

—No soy bueno disculpándome —reconozco en su oído segundos después.

—¿Porque no te equivocas seguido o porque no te disculpas nunca? —pregunta sonriendo.

Parece que la tormenta está amainando.

¡Joder, cómo me gusta su sonrisa!

—Lo segundo, me temo —respondo y también sonrío.

Estamos demasiado cerca y se torna peligroso. No es conveniente que esta chica despierte en mí tantas urgencias.

La suelto y le seco las mejillas para colocarnos a resguardo de lo que la imaginación comienza a provocarme en el cuerpo.

—Yo no soy buena con la presión. Me pongo demasiado nerviosa y estallo ante la primera provocación, no importa de quién.

—Es bueno saberlo. Igual, déjame decirte que lo que has hecho estuvo mal. Entre que has bebido demasiado, preguntado lo que no debías, y permitido que coquetease contigo… —enumero, caminando hacia el vehículo abandonado en medio de la carretera.

—No dejaba de servirme vino, supongo que para convencerme de que acabara en su habitación. Lo de las preguntas es otro tema. Me intriga.

Ya estamos dentro del coche otra vez y rumbo a su apartamento.

—Déjalo estar, Pippa —le pido y la veo elevar los hombros.

No me conviene que investigue ni que pregunte tanto.

Capítulo 12

Pippa

Apenas puedo controlar el ritmo cardíaco. Esta noche he tenido muchas emociones fuertes. Ahora mismo, el simple hecho de apoyar el cuerpo en la cama se siente como hacerlo sobre las nubes. No exagero. Mi colchón es blando y yo estoy demasiado rígida.

Apoyo el brazo sobre mis ojos y rememoro lo sucedido.

Silas es un hombre peligroso, atrevido y más pesado que Brandon, quien se queda a la altura del betún en comparación. No me dejaba respirar sin comentar algo fuera de lugar e invadía mi espacio personal cada vez que podía o quería. Doy gracias de no haberme puesto el vestido que había escogido como primera opción. Llegué a pensar que no me dejaría escapar cuando Dean dijo que debíamos irnos.

Odio ser tan torpe cuando no me siento segura. Si no hubiese estado con Langley…

—No debió abrazarme así —susurro, suspirando y poniéndome de costado.

Esto se vuelve personal. Deseo saber tantas cosas de él.

No, no voy a preguntar… nada.

Niego con la cabeza, decidida a no hacerlo.

Recordar que la moralidad de Dean es un poco contradictoria me pone de mal humor.

—¿Qué voy a esperar de él si es capaz de representar mafiosos para obtener beneficios económicos? —mascullo, bufando—. Por supuesto que me quiere lejos. ¡Argggg! ¡¿Por qué, *máquina*?! ¿Por qué?

Sonrío ante el mote que le puse, es que es imposible que me olvide de aquel comentario tan fuera de lugar. Todavía me cuesta asociar a Langley con el maromo sexy y creído de la discoteca.

Supongo que así debí de quedarme dormida. En algún momento, mi cerebro desconectó, hasta que el sonido del despertador lo volvió a activar.

Mientras conduzco rumbo al estudio, decido que voy a hacer mi propia investigación sobre Silas Hawthorne y cuando consiga algo sustancioso, se la mostraré a Dean. A ver si así espabila y se da cuenta del tipo de basura que es este cliente.

Si lo hago de esta manera, es porque no quiero que me coarte. Parece que, en todo lo que tenga que ver con Silas, quiere imponerme bastantes límites y no estoy dispuesta a permitírselo.

Saludo a Rox y me disculpo por no haber podido sacar una foto. Aunque sé y reconozco que hubiese valido la pena. Le cuento por encima lo que comí y finiquito el tema de la cena de anoche. No hace falta que me explaye en nada más.

—¿Dean Langley es buen abogado? ¿Es legal o debo preocuparme por que cometa acciones

poco éticas? —le pregunto en confianza y cambiando de tema.

Hace años que ella trabaja aquí. Mi padre le consiguió el puesto siendo aún adolescente. Comenzó archivando papeles y ha acabado siendo la recepcionista y secretaria del equipo de abogados júniores, junto con la tímida y simpática Emily.

—Hablan puras maravillas de Langley. Es el socio más joven —responde con seguridad.

—Ya…

—¿Qué pasa, Pip? —me cuestiona, preocupándose.

—Nada, quiero anticiparme o estar preparada, por las dudas. Solo quería cerciorarme… Uno nunca sabe —digo, ya rumbo a mi oficina, porque me conoce y puede descubrir que tengo mis dudas haciéndome un tercer grado.

—No te creo ni una palabra. ¡Me debes una explicación! ¡Y una foto! —levanta la voz y yo, el dedo del medio por arriba de mi hombro.

—Esa es la educación que te ha dado «papi» —bromea Prescott, apareciendo de la nada, como siempre. Un día me va a matar del susto.

—No, y espero que no llegue a enterarse nunca de que hago gestos tan groseros. El señor Harrington es implacable con las buenas formas —le aseguro, mientras nos acercamos a la salita de uso común. Mi primer destino del día, sin duda.

La respiración se me atasca cuando lo veo. Lleva un traje marrón con finas líneas claras, hoy se ha puesto un chaleco a juego y zapatos con un brillo impecable. Estar cerca de él me despierta todo tipo de cosquilleos. Si hasta los tatuajes que le asoman por las mangas comienzan a gustarme. Un reloj enorme con correa de piel recibe toda su atención y me hace suspirar cuando levanta la mirada azul para ponerla en la mía.

Me sonríe.

¡Me sonríe!

Lo que siento es muy incómodo. Demasiado.

—Diría que hoy está de buen humor —murmura Brandon y me hace sonrojar, porque, aunque no quiera, pienso que el abrazo de ayer fue un momento de quiebre en nuestra tirante relación socio-asistente.

—Señorita Harrington, hoy tenemos una reunión con unos clientes. Necesito que esté lista en una hora. Y, por favor, abra su correo.

—Bien. Estaré preparada —le aseguro.

Prescott mantiene la mirada en la espalda de Dean con los ojos entrecerrados, como si estuviese ideando una trastada o intentara descubrir algún secreto. No logro descifrarlo del todo, pero como tampoco me importa mucho hacerlo, decido ignorarlo y marcharme con mi taza de café en la mano.

—Nos vemos luego —murmuro.

Recopilo la información que me ha pedido Dean y me acerco a su despacho con las carpetas y mi Tablet.

Acabo de enterarme de que representamos legalmente al club de fútbol americano del que mi padre es fan, los NY Giants. Le he enviado un mensaje para ponerlo al corriente. A ver si logro hacerme una foto desde el campo de juego, me hace ilusión, seguro que le encantará.

Saludo a Pam y me robo un caramelo bajo su mirada pícara. Cuando voy a golpear los nudillos en la puerta de madera entreabierta, escucho al abogado hablando por teléfono en susurros y procurando mantener la calma.

Decido esperar fuera y no interrumpirlo.

—No puedo hacer eso, no es legal… Mi carrera está en juego… Sería solo blanqueo de

dinero y no… Está bien, déjame pensarlo —escucho, entre los silencios en los que, supongo, habla su interlocutor.

Sale sin darme tiempo a recomponerme y me lleva por delante.

—Estaba por golpear. Estoy lista —comento rápidamente, así salgo del paso, para que no me descubra husmeando sin querer.

Tiene cara de pocos amigos, se nota que la conversación le ha afectado el humor.

«No es legal… Sería solo blanqueo de dinero…», repite mi mente conspirando conmigo.

—Vamos. Vuelvo en un par de horas, Pam —avisa.

Lo sigo en silencio. No quiero que me ladre.

Ya dentro de su coche, inspira profundo varias veces. Me mira y sonríe de lado antes de ponerlo en marcha.

—Está preciosa hoy, señorita Harrington.

¡Madre mía!

«Concéntrate».

—Tú no estás mal, Langley.

Clava sus pupilas en las mías. Se me hacen eternos los segundos que tarda en abrirse el portón del aparcamiento del edificio y lo que demoramos en incorporarnos al tráfico de la ciudad. Me encanta que sea tan lento, porque aprovecho a recrearme la vista.

Niega con la cabeza y chasquea la lengua antes de acelerar.

Y eso es todo…

Capítulo 13

Dean

Pippa Harrington tiene un poder tranquilizador. Lo acabo de descubrir. Esa apariencia etérea, dulce aunque provocadora, y la insistente mirada curiosa con la que observa las cosas, y a mí, producen una bajada de pulsaciones interesante en mi corazón exaltado. Todo lo contrario es si bajo las defensas y me calmo; ahí se provoca un huracán en mi interior.

Intento evitar lo último, aun así, me podría acostumbrar a lo primero.

Mientras conduzco, con ella y su aliento a limón en el asiento de al lado, recapacito en la conversación de hace un rato. No me gusta la presión que estoy recibiendo. Jugar con fuego no es lo mío y es lo que estoy haciendo. Se supone que debería cumplir y hacer cumplir las leyes, no quebrantarlas.

Silas no es Gideon, aun así, es un Hawthorne y con gente como ellos hay que tener cuidado. Arriesgo mucho. Demasiado. Hasta ayer pensaba que valía la pena. Hoy ya no estoy tan seguro.

—¿Crees que podré sacarme una foto en el campo? Mi padre es fan de los Giants —comenta Pippa.

Sacudo mis pensamientos y me concentro en su preciosa voz, tan acorde a su apariencia.

—Supongo que sí. La reunión es con el *coach* y los jugadores —le cuento.

Se le ilumina la cara. Una maravillosa y enorme sonrisa se le dibuja en el rostro, logrando que todos mis pensamientos negativos de hace un rato desaparezcan.

—¿Cuántos agujeros tienes en las orejas? —le pregunto, sin venir a cuento. Las tiene rodeadas de pequeños aretes y cadenitas que los conectan entre sí. Parecen ser todos diferentes, aun así, a juego.

—Cinco en cada una —responde poniéndose de lado. Ahora, me tiene de frente—. Es mi turno.

Giro la cabeza para hacerme el duro. No tenía intención de comenzar un tonteo de preguntas y respuestas; de todas maneras, acepto el reto.

—También tengo curiosidad —murmura, y trago saliva.

«Mala elección de palabras, bonita», pienso, elaborando mentalmente decenas de preguntas.

No las haré.

No debo hacerlas.

Aunque no sé quién está más intrigado por quién, no indagaré en su vida.

—¿Esa nariz es operada? Se ve demasiado respingona para ser la de un hombre —No sé si su pregunta carga una pulla o su inquietud es real.

—No —respondo de inmediato, tocándomela y suponiendo que de verdad le interesa.

La de ella es digna de muñecas; lo son todos sus rasgos. Salvo que esté maquillada, como lo hace cuando sale, entonces se convierte en sexy. Bonita pero sexy.

—Bájate mientras busco dónde aparcar y pregúntale al hombre de seguridad por el *coach*. Dile que venimos del bufete —le explico. Menos mal que llegamos.

La veo caminar hacia la puerta y me permito repasarla con la mirada.

—Basta. —Me obligo a abandonar la tarea, y acelero. No quiero demorarme.

La llamada de Silas me sorprende aparcando. No esperaba que se comunicase conmigo tan pronto. Dejo que suene unos minutos; pretendo que entienda que no es mi prioridad.

—Señor Hawthorne —saludo después de unos segundos de demora.

—Llámame Silas —dice con esa voz pastosa que me pone los pelos de punta.

—¿Necesitas algo? —le pregunto, aceptando el trato de confianza que me solicita.

—Me ha surgido un imprevisto y ando en busca de consejos… un poco… ¿cómo decirlo? —Su silencio me hace cerrar los ojos. Golpeo la cabeza contra el cabezal del asiento del coche y maldigo en silencio. Joder. No sé si quiero hacer esto, ya no—. Chungo, digamos. ¿Caminas por la cornisa, Langley?

Toco un par de botones en el móvil, inspiro profundo y respondo:

—Si hace falta.

—Empezamos a entendernos. Recibirás instrucciones. Te visitará Lucius Marcellus, un colega. Llevará material confidencial para ti, solo para ti. ¿Entendido?

Hace una pausa y en ella escucha la afirmación que le doy, la cual demoro porque temo que me falle la voz.

—Has sido claro, sí.

—Ese amigo que te recomendó merece un regalo, ¿no te parece? —comenta risueño.

¡Si supiera el regalo que merece!

Se lo escucha exaltado. Le parecerá todo un logro llevarme a sus filas siendo quien soy; mejor dicho, dedicándome a lo que me dedico.

—Ya lo ha recibido, por supuesto. Un Macallan edición limitada me hizo quedar muy bien —miento.

Suelta una risa exagerada cuando me oye; supongo que imaginando la pasta que me he gastado en el whisky para «mi amigo». Siento el resoplido propio de alguien que deja salir el humo de una calada; debe estar fumando.

Miro el reloj y me confirma que llego tarde a la cita. El tipejo este se está tomando mi tiempo como propio, sin importarle nada. Parece no recordar que mis horas cotizan cuatro cifras o no le importa y prefiere imponerse. Claro que es eso. Conozco este juego; está midiéndose conmigo y demostrando su poderío. Voy a dejar que se pavonee; total, no me cuesta nada.

«Ya te lo sumaré a los honorarios», pienso y sonrío de lado.

—Te dejo seguir trabajando —dice por fin—. Dale saludos a Pippa.

Aprieto la mandíbula hasta que me duele y cuento del uno al diez: no mandar a la mierda a este gilipollas es la meta.

Lo despido cordialmente y, cuando corta la comunicación, golpeo el volante con furia, gruñendo de impotencia.

Necesito sacarme el enojo de dentro antes de ver a mis clientes.

Capítulo 14



Diviso al grupo de jugadores en un lateral del campo y doy por sentado que el hombre delgado con gorra es el *coach*. Me acerco emocionada por conocerlos. No sé nada de fútbol; aun así, por mi padre, me alegro de poder tenerlos frente a frente.

—Buenos días, soy la abogada Pippa Harrington, del bufete Rockwell y asociados —digo al primer hombre que repara en mí.

—Os estábamos esperando —comenta, dirigiendo la vista más allá, sobre mi hombro—. ¿Ha venido sola? ¿El abogado Pres… algo, no ha venido con usted?

—¿Prescott? ¿Brandon Prescott? —repregunto. Así me aseguro de que quiere mencionarlo a él y no a otro. Me parece raro, la verdad.

—El mismo. Nos llamó hace unos días, haciendo preguntas sobre la reunión de hoy. Pensábamos que Langley nos abandonaba.

—No es así. El señor Langley está aparcando; soy su asistente —le aclaro.

—Me alegra saber que Dean no nos deja. Soy Tyson, el quarterback —se presenta un chico rubio, alto y muy pagado de sí mismo. Me hace reír por el abucheo que recibe de sus compañeros.

—Encantada. Pippa Harrington.

—Ven, conoce al grupo —dice, señalando a los chicos que me observan sonriendo y empujándose como si fuesen adolescentes.

Están bromeando y así lo entiendo. Mientras Tyson los nombra, hacen monerías, me besan la mano, se inclinan en una reverencia… en fin, son unos payasos.

—Eres muy joven para ser abogada —me dice un tal Jake Davis.

—No más que tú —le respondo, porque creo que tenemos la misma edad. Así me lo parece.

Mientras el *coach* acaba una conversación con alguien que no conozco, tomamos asiento en las gradas. Ellos me rodean entre charlas y preguntas sin importancia. Entre tanto, voy echando ojeadas furtivas hacia la entrada del estadio, a ver si, de una buena vez, aparece Dean.

—No pareces muy ruda, Pippa —bromea uno.

—A veces, la apariencia engaña —le aseguro.

Con veinticinco años, soy capaz de gestionar estos comentarios sobre el aspecto aniñado que tengo. Ahora le saco provecho y lo disfruto; antes, discutía y me irritaba mucho cuando me lo mencionaban.

—Menos mal. Si vas a ser nuestra abogada, queremos una guerrera.

—Eso tendréis —afirmo, y chocamos los cinco entre risas.

—Al vestuario. Tenéis quince minutos para sentar vuestros culos en la sala de conferencia.

¡A la de ya! —exclama un hombre, acercándose y tendiéndome la mano.

Los muchachos hacen barullo, bufan, saludan, bromean y, cuando ya están a varios metros, se nota el silencio.

—Señorita Harrington, es un placer conocerla; soy Hunter Calloway.

—Hunter, perdón por la demora —dice Dean, apareciendo por fin—. Veo que ya has conocido a Pippa.

—Mis muchachos también. Nos esperarán en la sala de conferencia. Vamos yendo. De camino, os pongo al corriente. Una de las marcas de bebida energética que nos patrocina alude a incumplimiento de contrato. Alegan que en una foto de ámbito privado, tomada en una fiesta que no hizo ninguno de mis chicos, aparecen botellas de la competencia.

Nos acomodamos en la sala, conversando sobre los detalles, y uno a uno van apareciendo los jugadores, ya con ropa de calle.

—Aquí me tienes de vuelta —bromea Tyson, sentándose a mi lado.

—Hey, yo iba ahí —dice otro, golpeándole la cabeza.

Dean me mira con mala cara y hace un gesto de no entender nada, con la ceja elevada.

Dejo de sonreír de inmediato, como si me hubiese reprendido por algo que he hecho mal.

El grupo masculino y perfumado se va acomodando donde puede hasta que Calloway los obliga a callar, pues no dejan de bromear y hacerse los galanes conmigo.

—Dejad de molestar a la señorita Harrington —sentencia.

—No me molestan; si parecen críos de secundaria —los pincho y me abuchean.

—Traidora —corean entre risas.

No sé por qué se ha dado esta confianza con ellos; es natural y no hay incomodidad de mi parte. Más de uno tiene anillo en la mano izquierda y no lo oculta. Se trata solo de romper el hielo, y menos mal, porque tanto hombre impone, y más si tiene el tamaño de estos.

—Basta. Seriedad —determina Hunter, y hasta ahí llega la diversión.

Dean insiste en mirarme mal, como si fuese la responsable del descontrol; que no es tal, ha bastado la observación del *coach* para que actúen como los adultos que son.

La reunión dura una hora y media, aproximadamente. Nos ponemos de acuerdo en cómo seguir y nos despedimos. Antes de que se vayan, les pido una foto para mi padre y me invitan a posar con ellos. Lo hago encantada y me siento feliz de poder haber conseguido animarme.

Langley se mantiene en silencio y algo ceñudo hasta que llegamos al coche.

—Vas a tener que aprender a comportarte, Harrington. Te huelo las hormonas —murmura.

Respiro profundo. No voy, por más que lo desee, a mandarlo de paseo a… ese lugar tan maloliente. Si busca pelea, no la tendrá. Cuando se pone en plan idiota, no me gusta. Seguro que está celoso porque no ha recibido tanta atención como yo, siendo él quien presidía la reunión. Lo siento. Que aprenda a administrar su ego el *señor socio más joven del bufete*.

—¿Celoso? —pregunto con sarcasmo.

—Sí —responde categórico.

Capítulo 15



Han pasado seis días desde que mi maldito inconsciente, enfermo de celos y posesión, se traicionó a sí mismo y usó mi voz para escupir ese «sí» cargado de rabia. Seis días, y todavía sigo escuchando ese gruñido afirmativo en mi cabeza cada vez que ella me saluda en el bufete. Lo que me recuerda lo patético que fui.

Me extrañó sobremanera que no hiciese ningún comentario posterior y lo preferí, aunque sigo esperando que lo haga. Ya tengo inventada una excusa mejor que la otra por si llega ese momento.

¿Celoso? ¿Yo? Sí, joder. Celoso de todas las atribuciones que se tomaban esa panda de atrevidos. ¡Si la tocaron y la miraron más que yo, coño, que comparto con ella más de ocho horas al día!

Pam me avisa por el telefonillo de que tengo visitas. La interrupción me encanta, así dejo de pensar tonterías y me concentro en las tareas que tengo programadas.

Me pongo de pie cuando la veo entrar, seguida de un tipo calvo, lleno de tatuajes, con casi dos metros de alto y más o menos como la puerta de ancho.

—Los dejo —anuncia Pam, cerrando para darnos intimidad.

—Soy Lucius Marcellus —dice el hombre, extendiéndome la mano.

—Lo estaba esperando —le aseguro sin titubeos y le señalo la silla frente a mí.

De inmediato, me tiende una carpeta de piel con varios papeles, que comienzo a leer sin demoras.

Aquí hay demasiada información y me gusta cada vez menos haberme dejado convencer.

No quisiera saber tanto. Lo que no estaría de más es hacer cálculos para estar al tanto de cuántas probabilidades tengo, a partir de hoy, de salir ileso de esto.

—Lee la última hoja —ordena el tipo.

Hago lo que me pide y después, digo:

—Entiendo, dile que está todo claro.

Es mentira. No sé ni por dónde debería comenzar a hacer lo que me solicita. Lo único que comprendo a la perfección es el contrato de confidencialidad y las amenazas encubiertas que se describen si no lo firmo.

—Pon un plazo y más te vale cumplirlo —pronuncia sin inmutarse.

No me voy a dejar amenazar por un desconocido, por muy acojonado que esté por su presencia.

—A ver, aquí mando yo. Cuando haga los cálculos necesarios de las horas, le pasaré el presupuesto y una fecha estimada para completar lo que exige.

—Así no trabaja Silas —gruñe.

—Así trabajo yo —determino sin quitarle la vista de encima.

Si no demuestro seguridad, me convierto en su perrito faldero desde el principio y no es lo

que busco.

Un golpecito en la puerta me distrae y la figura de Pippa, siempre en contrastante con todo lo que tenga que ver con Hawthorne, se asoma con precaución.

—Ahora no, señorita Harrington —le digo desde mi lugar.

Me pongo de pie para acercarme al percibir que abre más y se fija en el tipo con pinta de lo que es: un delincuente.

—Solo neces… —insiste con voz dulce.

Se me ponen los pelos de punta con la sola idea de que me descubra.

—He dicho que ahora no —la interrumpo, y le cierro la puerta en la cara.

¡Mierda!

—Si necesitamos una nueva reunión, que sea fuera del bufete —exijo al tal Lucius Marcellus. No me quedan ganas ni de investigar su nombre, no vaya a ser que me arrepienta. Ya lo harán por mí.

Se levanta cuán alto es y me estudia. Si busca impresionarme, lo consigue. Yo lo disimulo no quitándole la mirada de encima. Gruñe algo, lo ignoro y se aleja.

—No tarde más de diez días —ordena y se lo permito; prefiero no tensar más la cuerda.

Lo acompaño hasta la salida del despacho y veo a mi asistente conversando con Pam, alegre, saboreando uno de los caramelos de limón que desaparecen de mi bombonera cada vez más rápido. Casi se me escapa una sonrisa. Odio los caramelos de limón, soy más de los de miel, puede que también elija los de menta.

Cuando repara en mí, borra la sonrisa y aprieta los labios.

«Ya sé, nena, te he gritado y no te gusta».

En vez de decirle algo parecido, la desafío elevando una ceja.

—Firme esto después de darle el visto bueno, *abogado* —indica, con un tonito irritado que la deja expuesta, y me pone un papel en el pecho.

Pam se cubre la boca, la mueca de diversión, a decir verdad. También la desafío a que siga haciéndolo con la mirada y comprende que debe mantenerse seria.

Una de las dos me hace caso; es buen promedio.

—¿Qué es? —le pregunto antes de que se aleje.

Quiero que baje la guardia y deje pasar mi desplante, uno que no puedo explicar sin arriesgarme a que me descubra.

—Todo lo que has solicitado sobre los jugadores —responde escueta, chupeteando el caramelo con desparpajo, a propósito, vamos. La voy conociendo un poco.

Es una chiquilla revoltosa.

Me encanta que se plante, me pone... Mejor no pensar con la polla, que no me conviene.

Ya no sé cómo hacer que esta criatura terca, curiosa y expeditiva, porque todo hay que decirlo, deje de presionarme en lo que se refiere a Hawthorne. No la quiero cerca de esta gente. No creo que alcance a entender cuán peligroso es.

Ya es demasiado saber que ha llamado la atención de Silas.

A diario intento mantenerla ocupada con otros clientes; aun así, no suelta el hueso. Es terca, legal, justa y demasiado recta para este caso.

—¿Podemos hablar? —pregunta mientras leo por arriba el informe que me ha dado.

—Pasa.

Entra, me espera a que lo haga yo y cierra a mi espalda. Estamos a escasos treinta centímetros, poco más, y puedo oler el dulce de su aliento. Acabo de decir que no me gusta el limón; sin embargo...

—¿En qué andas? —cuestiona con fiereza.

Debí suponer que no lo dejaría pasar.

—En nada. ¿Qué pregunta es esa?

—¿Quién era ese tipo? —me cuestiona.

—Un posible nuevo cliente.

—Ya. No tiene pinta de empresario, precisamente —afirma y debo darle la razón; aun así, no lo haré.

—Eres demasiado prejuiciosa. Sorpréndeme, sabionda, ¿de qué tengo pinta yo? —le pregunto, exhibiendo algunos de los tatuajes del brazo. A ver si consigo un cambio de tema.

—De mafioso —afirma—. Sí, eso es.

—Y tú de pija y no te digo nada —la pincho, a ver cómo reacciona.

Quiero que desista de la idea de averiguar más sobre el hombre que se acaba de ir.

Inspira profundo, y el movimiento de su pecho ensanchándose me llama la atención. Claro. Es inevitable. Por puro reflejo, se me escapa una sonrisa de lado; eso parece irritarla porque entorna los ojos. Pero lo que realmente me hace aguantar la risa es cómo se muerde el labio inferior. Ese gesto... Es una amenaza. Sé que está tratando de no soltar culebras por la boca, pero me importa poco. La situación pide un empujón hacia terrenos más complicados.

—Teniendo la *historia* que tenemos, y estando así de cerca, ¿no sientes nada? —pregunto, dejando que mi mirada baje con intención hasta sus labios.

Su respuesta llega rápida, casi demasiado.

—No, nada —asegura con firmeza, pero la respiración le falla; está más errática, más densa, y la forma en que intenta ocultarlo no es suficiente.

—No te creo.

—Es tu pro… problema —replica, titubeando justo cuando doy un paso hacia ella.

El movimiento es calculado, pero el efecto va más allá de lo que esperaba: nuestras piernas se rozan y estoy seguro de que siente mi aliento porque le mueve un mechón de cabello. Su cabeza se alza en un reflejo para buscar mis ojos. En el recorrido inevitable, se distrae con mi boca.

—¿Ahora tampoco? —insisto, con la voz ronca.

Estoy al borde.

¡Joder! Me he empalmado.

En silencio, ruego: «Mándame a la mierda, Pippa. Hazlo ahora mismo».

Pero no lo hace.

—Mmmm, déjame pensar —murmura, y para colmo, se lleva los dedos a la barbilla en un gesto provocador, como si estuviera considerando la pregunta—. Nada. No, nada de nada.

Es una mentirosa y lo sabe.

—Mentirosa —aseguro.

Ella tuerce el gesto; su boca se curva con una sonrisa que tiene más de desafío que de inocencia. Es una actitud de ganadora y no sé si debería sentirme frustrado o fascinado. Quizás ambas cosas.

«Una batalla, Harrington. Solo una batalla. No te confíes. Esto no ha terminado», pienso y sé que acabo de complicarme la vida.

—Contéstame —presiona, retrocediendo apenas, pero no tanto como para que deje de notarse la electricidad en el aire. Ahora, la sonrisa es abiertamente pendenciera, un golpe que me deja con ganas de cruzar la distancia impuesta otra vez.

—¿Cuál era la pregunta? —respondo, dejando que la confusión falsa me sirva de escudo.

Doy los pasos necesarios y pongo el escritorio entre los dos. Es mejor así. Necesito algo que impida que la situación vaya más lejos… o que ella vea demasiado. Mi pantalón es un poco ajustado para disimular lo que sucede allí.

—¿Quién era ese tipo? —pregunta, cambiando el tema con la habilidad de una estratega. Mejor dicho, volviendo al que quise eludir.

—Nadie.

—Soy tu asistente.

—Exacto. Así que asegúrate de mantenerte lejos de quien te pido que lo hagas, y todo estará bien. —A ver si lo entiende de una vez.

La tensión en su expresión se transforma en irritación.

—Cabrón —masculla.

—Caprichosa —murmuro yo, suavizando el insulto con un susurro cargado de humor, al borde de una risa que no llega a explotar.

Ella se da la vuelta y me deja solo.

Capítulo 16



Inspiro profundo y pienso la respuesta. No voy a mentirle a mi amiga. Me importa un comino si Langley es su jefe.

—Por dentro, estaba temblando y solo quería besarlo. Por fuera, era un témpano de hielo. Se merece una denuncia por acoso —bufo, contrariada, cortándome una manzana y convidándole.

—¿La harás? —me cuestiona Roxanne.

Niego con la cabeza, porque tengo la boca llena, luego le explico:

—Pero si me gusta, ¡cómo voy a denunciarlo! No puedo hacerle eso. Además, yo lo provoco con las salidas de todo que le suelto a diario; estamos a mano. Es correcto y profesional siempre. Esto fue… esto… fue…

Rox eleva las cejas y me invita a que siga hablando. No tengo ni idea de lo que fue.

—Olvídalo, es lo que voy a hacer yo —reconozco.

La tentación es peligrosa solo si se la alimenta y no voy a hacerlo. Definitivamente, el tonteo de ayer no debió existir. Y ya puestos, la noche de sexo, menos. A ver si aprendo a elegir a quién llevo a la cama, bueno, al coche. Para una vez que me desinhibo, meto la pata.

Dean Langley me vulnera y me confunde. Crecí entre trajes y corbatas, visitando a mi padre en el trabajo casi a diario; no debería impresionarme una buena apariencia; no obstante, la de él es imponente. Es atípica. Sexy como los mil demonios.

—Salgamos esta noche —digo sin pensarlo dos veces. Rox lo medita y sonríe afirmando.

—Sábado de chicas. Hagamos previa.

Mi festejo se trunca cuando suena una notificación en el móvil y veo que el número es desconocido. Eso me llama la atención. Por eso, me apuro y lo leo. Me cubro la boca al acabar de hacerlo.

—¿Qué?

—Nada. Es del trabajo —respondo alejándome.

Me encierro en el dormitorio y paseo de un lado a otro, como suelo hacer si me pongo nerviosa.

¿Qué hago?

¿Cómo sabe mi número?

Me acerco a la ventana y espío hacia abajo, hacia la calle. No veo nada raro. Tampoco sé qué es lo que lo sería.

Me estoy poniendo paranoica.

¿Qué más sabrá de mí?

—Pippa, ¿estás bien? —me pregunta Roxanne entrando al dormitorio.

Niego con la cabeza y se me llenan los ojos de lágrimas.

—Cuéntame —ruega.

—No puedo. Es por trabajo —insisto, y miento.

—No lo parece. El trabajo de una abogada no espanta o aterra, y eso es lo que dice tu cara.

Lo estoy. Y no sé qué hacer al respecto. No puedo hablar con nadie más que con Dean y hasta el lunes no lo veo.

—Ya no quiero salir, Rox —murmuro.

Me estudia, torciendo el gesto y buscando en mis ojos lo que no le digo con palabras. Claudica al darse cuenta de que no voy a darle más explicaciones.

—No pasa nada. Ponemos una película y ya está. ¿Sigues teniendo palomitas de microondas?

Asiento y la veo caminar hacia la cocina.

Me muero de miedo.

Maldito Langley.

Marco su número. No responde a la primera y cuando lo hace, percibo ruidos a su alrededor.

—¿Pippa? —indaga extrañado tras mi saludo, y agrega—: Vuelvo enseguida.

—Lo siento, Dean. No debí llamar. Estas… estás…

Está con una mujer, la he escuchado, y acabo de molestarme por eso, olvidando el verdadero motivo de la llamada. Soy una vergüenza.

—Habla, Pippa. Si me has llamado a esta hora, un sábado, es urgente.

Chasqueo la lengua y decido ignorar la molestia que me atacó cual araña ponzoñosa.

—Lo es. Revisa tus mensajes —le ruego, otra vez nerviosa.

Supongo que lo hace. La línea permanece en silencio por largos segundos hasta que exclama:

—¡Mierda!

—Eso digo yo. —En realidad, lo pienso, porque no insulto casi nunca.

—Dile que estás fuera de la ciudad. Ya pensaremos cómo seguir. Apaga el móvil el resto del fin de semana —dice y mis pasos comienzan a recorrer mi dormitorio, llevándome de un lugar a otro sin motivo—. Pippa, ¿me oyes?

—Pensé que me había alarmado demasiado, pero tu tono al hablar me pone peor —le aseguro, balbuceando.

Fuerza una risa mentirosa antes de emitir palabra alguna y bufa después, contradiciéndose él solo.

—Le gustas y no me agrada que le gustes.

—Repite eso —demando. No comprendo lo que quiere decir; aunque suene tan bonito en su voz ronca y baja, para que no lo escuchen los que lo rodean, imagino.

—Me refiero a que es Silas Hawthorne, Pippa. No me gusta ese tipo, tampoco a ti. ¿O sí?

Niego con la cabeza.

—¿Te gusta, Harrington? —insiste. ¿Pero cuántas veces tengo que decírselo?

—No, no, no me gusta. Me asusta —le aseguro, releyendo el mensaje con la invitación a cenar de Silas. Yo nunca le he dado mi número—. ¡Ay, ay!

Las lágrimas me cubren los ojos. Me desespero. Corro a la cocina y le muestro a Rox. Ella abre los ojos de par en par, asombrada, y niega con la cabeza.

—¿Qué tengo que ver? —me pregunta.

Claro, no tiene ni idea de lo que está pasando. Hago un gesto torpe para que olvide lo que acabo de mostrarle y me alejo. No tengo tiempo de explicarle, tampoco puedo hacerlo.

Estoy tan nerviosa que no sé lo que hago.

La cara de Rox es un poema; no entiende nada.

Vuelvo a encerrarme y recién en ese instante, retomo la concentración en la voz de Dean.

—¡Contéstame de una puta vez! —me grita. —¿Qué pasa?

Parece que lo he ignorado ante el ataque de pánico que me ha dado. No soy buena actuando bajo presión, y acabo de confirmarlo. Tampoco es que tuviese dudas.

—Me está llamando —respondo sin poder quedarme quieta, si hasta doy saltitos en el mismo lugar.

—Saldrá ocupado, Pippa. Tranquilízate. Nena, cálmate.

Nena. Nena. Nena. Nena. Nena.

Mi mente está en bucle. Elige quedarse con esa palabra y olvidar todo lo demás. No es sano, es más, es tonto; aun así, me sirve.

—Voy a apagar el móvil —afirmo.

—Permanece acompañada —exige.

—Demonios, Dean, eso no ayuda.

—Lo digo así te distraes y dejas de pensar —miente, lo sé—. ¿Estarás bien?

—No —se ríe. Me encanta su risa—. Estaré bien.

—Si no, llama a *papi* —bromea.

Sé que busca pincharme y que cambie de tema.

—Cabrón —susurro.

Me gusta su manera de tranquilizarme.

—Eso es —dice, y se despide.

Capítulo 17



He pasado un fin de semana de mierda. Si no hubiese estado en la casa de Mariane, mi hermana, visitando a mi sobrino con motivo de su cumpleaños, me hubiese vuelto loco. Y para más inri, por mi culpa, no pude comunicarme con Pippa. Si yo mismo le dije que apagase el móvil.

La veo entrar a la reunión prevista con los jugadores y se me aflojan las rodillas. No solo está preciosa y alegre, sino que me sonríe, como si nada.

Me pongo de pie e intercepto sus pasos.

—Ven conmigo —exijo, y miro al pequeño grupo de hombres que ya se están acomodando—. Con permiso.

Me observa extrañada, confundida, aunque me sigue sin chistar.

—¿Qué pasa? Hola, Pam. Espera…

De pasada, se roba un caramelo, en complicidad con mi secretaria. ¿Tiene amnesia?

—¿Y? —pregunto. Soy yo el nervioso, por eso, me mira como si me hubiese vuelto loco.

—Y, ¿qué? —cuestiona.

Bufo y le señalo el móvil que aprieta en la mano derecha.

—Oh, olvidé encenderlo —comenta, poniéndolo a la altura de sus ojos.

Me va a volver loco esta chica.

Toca un par de botones y el aparato sigue apagado.

—No tiene batería. Claro. Es lógico. Lo dejaré cargando en la oficina —dice.

—No. Toma. Cárgalo con esto. —Le entrego una batería externa que tengo para casos de emergencia.

¡¿Cómo puede estar tan tranquila?!

Una vez que veamos qué más le ha escrito Silas, armaremos un plan de contención. Lo que tengo más que claro es que no permitiré que salgan solos ni que se vean por ningún otro motivo que no sea profesional. Por su seguridad y la mía. Aparte de que también está en juego mi cordura. Por varias razones. Aunque solo reconoceré que me siento responsable de meter a este malnacido en su vida. Nada más.

El resto son gilipolleces.

O no.

—¿Por qué crees que ese tipo quiere salir conmigo? —me pregunta. Bueno, parece que va recuperando la memoria.

—Porque le pareces guapa y está acostumbrado a tomar todo lo que le gusta, supongo —respondo.

Me examina durante un par de segundos, los nervios desaparecidos de hace unos minutos van tomando el control de su persona, hace ese *bailecito* nervioso y, por fin, se arma de coraje y pregunta:

—Aquella noche… —Necesito confirmar que se refiere a «la noche», por eso, nos señalo

alternando entre uno y otro. Ella asiente—. ¿Por qué yo? Había un montón de mujeres y yo estaba reticente.

No tiene sentido esta conversación, de verdad que no viene al caso, por lo menos para mí. Pero si para ella es necesaria, responderé.

—Me pareciste atractiva —respondo con sinceridad, subiendo los hombros. Pretendo remarcar que no hay más que eso.

—Te parecí atractiva —repite y confirmo en silencio.

—Pudo ser cualquiera —agrego, quiero conocer su reacción ante mi indiferencia y no tengo la más mínima idea de por qué.

Esto se está volviendo incómodo y el peligro que representa me carga de adrenalina. En mi puta vida he querido tener nada con una compañera de trabajo y ahora… ¿Qué tan malo puede ser intentarlo con Pippa Harrington?

—Ya no te parezco atractiva, entiendo —susurra.

Creo que eso no es más que una conclusión que se le escapa en voz alta y me hace sonreír por dentro.

Si ella supiera.

Me da la espalda para seguir caminando sin sentido alguno, como si estuviese analizando algo que se me escapa.

—Ahora, eres mi asistente —aclaro, y me fulmina con los ojos.

Los murmullos fuera del despacho nos interrumpen y sonríe con picardía. No sé por qué, pero me lo tomo como algo personal, como si estuviese provocándome. Solo por eso, me dan ganas de decirle que no tiene que acudir a la reunión.

—Parece que han llegado los chicos —comenta, observando el acceso a mi despacho.

Se me escapa un gruñido en respuesta.

Sí, parece que han llegado *los chicos* y para ella es una noticia fantástica. Se le nota la alegría.

—Compórtate. Que las hormonas no saquen a relucir lo peor de ti —le advierto, y murmura algo que no escucho.

«Ya vamos uno a uno en las batallitas de... cachondeo, nena», pienso y le abro la puerta.

En la sala de conferencias ya están todos los jugadores y parte de la directiva del club.

—Aquí está nuestra chica.

—Anda, que cada día está más guapa.

—Hoy sí tienes aspecto de ruda, Pippa.

Estos son algunos de los halagos que les oigo decir mientras voy saludando a los presentes. Verla rodeada de estos «gigantes» hace que me hierva la sangre. Taylor Maddox le dedica más tiempo y sonrisas que el resto; eso me enfurece el doble, porque se nota que ella lo disfruta.

Ahora mismo, en mi mente, solo surgen ideas de cómo poder matarlo y esconder su cadáver.

—Mi padre está feliz, sí —comenta con los ojos iluminados, como cada vez que habla de su progenitor.

—Le hemos traído un par de regalos —le cuenta el *quarterback*.

Sin más dilación, exijo silencio. Ya es tiempo de comenzar la disertación y dejar la estupidez de lado.

Después de unos cuarenta minutos, toca despedirse.

Se van como llegaron: haciendo mucho ruido.

Una vez que quedamos solos, Pippa se pone de pie, cargando folios, carpetas y su tablet.

—Sabes que está comprometido, ¿no? —le digo. Y bajo los párpados, maldiciendo la incontinencia verbal que me lleva a decir esta tontería.

—No me importa. Solo le doy placer al cuerpo con su atención —responde, indiferente—. ¿Algo más? ¿O vas a seguir insinuando estupideces?

Me muerdo el interior de la mejilla. Me abstendré de responder como me gustaría. Prefiero señalar la puerta para que se vaya y obedece.

Me llevo las manos a la nuca y giro sobre mi eje, molesto, incómodo con todo lo que me pasa con ella, y reconozco la incapacidad que tengo de comportarme de manera adulta o profesional teniéndola enfrente.

Maldita atracción que se ha disparado como un rayo, de la noche a la mañana, sin aviso, sin motivo y sin control. Un día me levanté y ya no me la pude quitar de la cabeza.

Golpeo la mesa y la pared. No logro calmarme.

Cuento hasta diez y voy al aseo para mojarme la cara.

Capítulo 18



Lo veo entrar en los lavabos justo cuando le estoy respondiendo a Taylor que no me ha molestado que solicitara mi número de teléfono a las chicas de recepción.

—Es que como no has salido de la sala, no pudimos entregarte lo que llevamos para tu padre. Se lo he dejado a una tal Roxanne —me explica el jugador.

—Gracias. Estará feliz de recibir ese regalo —digo al teléfono que dejé apoyado en el espejo, porque estoy atendiendo con el altavoz mientras me lavo las manos.

La piel se me eriza al percibir el perfume de Dean. No hace falta que me gire para saber que lo tengo a mi espalda, perforándome la nuca con su mirada.

Se acerca lentamente, sus pasos son apenas audibles, pero cada uno hace que mi respiración se agite más. Echa un vistazo al móvil. A propósito, lo levanto, me lo pego al pecho y lo escondo de su mirada. Provoco un suspiro ronco de impotencia que se le escapa de la garganta. Eleva una ceja, su mandíbula se tensa y percibo un destello fugaz de celos en sus ojos.

Mi cuerpo responde, traicionándome. Me reconforta su actitud, puesto que lo que busco es lo que logro: que su control se vea amenazado, como él amenaza el mío, y sienta la frustración reptando por sus piernas, como la siento yo.

Nos desafiamos en silencio, sin dejar de observarnos. Sus comisuras se curvan apenas en una sonrisa, una que invita e intimida a la vez. Esta tensión es hermosa. Si no fuera él... si no fuera quién es, la disfrutaría el doble. Saborearía las promesas de lo que podría llegar a pasar si cediésemos.

Me rozo los labios con la lengua, y su mirada se desliza hacia mi boca, lenta y deliberadamente. Sé lo que está pensando. Pero no está bien, no es correcto y ambos lo sabemos.

Entre Dean y yo, lo máximo que va a suceder será una absurda discusión sobre trabajo y la frustración que arrastro conmigo cada vez que me alejo con ganas de morder esa sonrisa cizañera que a veces me obsequia para fastidiarme.

—Hablamos pronto, Taylor. Gracias de nuevo —murmuro, sin apartar los ojos de quien una vez intentó convencerme de ser una máquina sexual.

El sonido de una catarata de notificaciones interrumpe el momento, cortando la tensión de cuajo. Parece que mis mensajes están cargándose todos juntos. Bajo la mirada hacia la pantalla del móvil para verificarlos: cinco mensajes no leídos de Silas y tres llamadas perdidas. Mis músculos se tensan de manera involuntaria y se me escapa un jadeo de sorpresa.

Dean, que hasta ahora se mantenía en el juego de miradas, frunce el ceño al ver mi reacción. Me acerco y le muestro los mensajes.

—¿Qué hago? —le pregunto en voz baja, olvidando todo lo que acaba de pasar.

Observa el móvil y veo como cada uno de sus rasgos se endurece mientras lee.

—Dile que estás casada… o comprometida —responde sin pestañear. Su voz suena diferente, peligrosa, amenazante.

—¿Y con esto? —insisto, mostrándole más.

Lee en voz alta:

—«¿Conoces algún conductor que haga pocas preguntas?». Dile que no. Está tanteándote. Supongo que quiere saber si te puede comprar o eres capaz de dar más de lo que hasta ahora mismo le has dado.

Me sorprende la contundencia de sus palabras, como si la deducción fuese obvia. No puedo contener mi pregunta:

—Lo intentó contigo, ¿cierto?

Se pone nervioso. Su cuerpo se tensa más, aunque quiera aparentar indiferencia.

«No, por favor, no». No quiero creer que haya cedido ante el dinero. No parece necesitarlo. Es más, puedo asegurar que no lo necesita. Mi padre también fue socio aquí y yo viví siempre como una reina, sé de lo que estoy hablando.

Niega con la cabeza, permanece en silencio y, sin perder la compostura, se lava las manos.

Sigo sin creerlo.

—Con este tipo, y lo sabes, todo puede ser de vida o muerte. Siendo optimista, lo primero que perderías sería tu trabajo y tu reputación —sentencia, otra vez de frente a mí, con sus ojazos clavados en los míos.

—¿Estás amenazándome de alguna forma o es una advertencia? —lo cuestiono. No me gusta el tono que usa para hablarme.

¿Cómo pasamos de mirarnos con deseo a esto?

—¿Por qué haría eso? Te encanta tergiversarlo todo, Pippa. Toma el consejo como se te dé la gana. ¡Quién cojones me manda dártelos!

Se va maldiciendo entre dientes. Se ha enfadado, aunque si se pusiera en mi lugar, me comprendería.

Siempre intento apartar de mi mente todo lo que he visto y oído hasta ahora sobre nuestro cliente; me es imposible, cada detalle se queda grabado en mi cabeza. Y Dean no colabora. Las llamadas susurradas me despiertan sospechas y las visitas de gente… rara y con aire peligroso… Parece que me lo estuviese haciendo a propósito. No quiero ser prejuiciosa, lo último que pretendo es hacer suposiciones apresuradas, pero ¿cómo hago para evitarlo? ¡Si tan siquiera me ofreciera una explicación!

Decido que Dean está escondiéndome algo. Su estrategia de dejarme al margen me irrita y me pone más alerta. ¿Qué es lo que no quiere que sepa? Sé que no me equivoco. Aun así, voy a darle el beneficio de la duda y para eso, tengo que mantenerme firme. Después de todo, soy su asistente y no puede quitarme de en medio.

—No voy a ceder —le digo al reflejo del espejo.

Llegaré hasta el final, cueste lo que me cueste.

Otra vez me suena el móvil. Enderezo la espalda y cuadro los hombros antes de atender. Ya no puedo dilatarlo más.

—Eres una persona muy escurridiza, señorita Harrington —comenta mi interlocutor con su voz rasposa e inquietante.

—No es cierto. Sabe que no he estado en la ciudad —miento, continuando con la excusa del sábado.

—Sí, sí. Eso me has dicho. Tengo planes para el viernes. ¿Te gusta navegar? —me pregunta.

—Debo ser sincera con usted, señor Hawthorne. Estoy comprometida y no me parece apropiado mantener citas, que pueden parecer personales, con mis clientes.

—También seré sincero, Pippa. Sé que no lo estás —certifica y chasquea la lengua—. Lo que no tengo claro es si te gusta alguien; en ese caso…

¡Madre mía! Voy a tener que inventarme algo como… Dicen que es mejor decir una mentira que tenga algo de verdad para que no se note tanto. Eso.

—Es cierto, he exagerado un poco. Me interesa una persona, sí, y apenas estamos conociéndonos. No deseo estropearlo aceptando salir con otro hombre. Espero que lo comprenda —digo de corrido.

—No importa. Soy paciente. Te llegará un obsequio de mi parte. No tiene nada que ver con la cita que estamos posponiendo para más adelante. ¿Y qué me dices de lo otro?

—¿Lo otro?

Prefiero hacerme la tonta y dejar pasar lo de la cita pospuesta. En lo que a mí respecta, se cancela por siempre.

—Tengo un problemita de logística y requiero un chófer. Sería un trabajo simple.

—No puedo ayudarlo con eso. ¿Y si prueba con Uber?

Lo escucho reír a carcajadas, divertido, y golpea una madera con exageración, presumo que una mesa. Me miro al espejo y veo en mis gestos todo lo contrario a lo que percibo en su voz: veo miedo.

—Eres preciosa, pequeña Pippa, y muy inteligente —comenta todavía riendo.

Menos mal que se da cuenta de ambas cosas: de su edad en comparación con la mía y de que soy inteligente. Esto último también es un hecho, modestia aparte.

Capítulo 19

Dean

¿Qué cojones es eso? Me acerco a grandes zancadas al ver los globos dorados y el ramo de flores gigante que pasa casi aplastando a un chico desgarbado y bajito.

—Busco a Pippa Harrington —dice, delante de ella.

Toma todo, firma la entrega y le sonríe al muchacho, que parece aliviado de entregar semejante regalo.

Entro a su despacho intrigado y rezo para que esto sea de parte del equipo, hasta de Taylor me lo espero y no me importaría tanto.

—Silas —murmura, mirándome con preocupación.

¡Joder con el idiota este! Es perseverante el muy hijo de puta.

—Le dije que me gustaba alguien y me aseguró que esperaría de todos modos.

¿Qué? ¿Que le gusta alguien? Mi respiración se vuelve loca y el coraje que siento me entorpece. ¿Ha estado jugando conmigo todo este tiempo?

—¿Ese *alguien* sabe lo que hicimos en tu coche?

En cuanto las palabras salen de mi boca, me doy cuenta del tamaño de la estupidez.

Mierda.

Ella ni siquiera me da tiempo para disculparme. Pasa a mi lado con pasos largos, firmes, y cierra la puerta tras de sí con un golpe seco que hace que un estremecimiento me recorra la espalda; supongo que para que nadie escuche el sermón que me dará.

—Eres un idiota —asegura, sin ni siquiera mirarme.

Le daría la razón, porque la tiene, pero eso solo me haría quedar peor.

—Doblemente idiota —añade, girándose para clavarme esos ojos que podrían perforarme. Respira profundo, visiblemente alterada, y agrega con un tono entre furioso y nervioso—: Me lo he inventado. Por consejo tuyo. ¿Acaso crees que podría haber hecho…? Déjalo. Al final, no hemos cumplido con lo que prometimos el primer día. ¿Podemos, por favor, olvidar aquello?

Las palabras suenan vacías, con una petición que ninguno de los dos está dispuesto a cumplir. A juzgar por lo que sucede cada vez que nuestras miradas se cruzan, cada vez que el silencio denso entre nosotros nos pone a arder, no es lo que ella quiere. Y yo tampoco.

—No —respondo, en voz baja, tensa—. ¿Sabes que no puedo? Lo intento, pero no se me quita de aquí.

Golpeo mi sien derecha con dos dedos, insistente, como si eso bastara para borrar el recuerdo.

Ella retrocede un paso, pero no el suficiente para alejarse. Mi mano se mueve por impulso, llevando un mechón de su cabello detrás de la oreja. Un contacto breve, pero que desata algo.

La tentación es demasiado poderosa, ya no podemos ignorarla.

—Detente —ruega, y su voz tiembla.

Me estoy poniendo duro. En todos los sentidos.

Dios… no hagas eso, quisiera rogarle.

Su manera de bajar los párpados, de evitar mi mirada como si con eso pudiera apagar el fuego que arde entre nosotros, me está destrozando la resistencia.

Inspiro hondo, buscando controlarme, ansiando con todas mis fuerzas que las ganas no dominen la batalla. Este no es el lugar.

—Quiero hacerlo, Pippa —murmuro, y mi voz suena rota, peligrosa, cargada de promesas que no puedo cumplir—. Oblígame. Detenme.

No lo hace. Tampoco se aleja.

Ese silencio es todo el permiso que necesito. Mi lado más cabrón, inmaduro y visceral lo interpreta como una invitación.

—Quieres que te bese —aseguro, inclinándome apenas hacia ella.

—Estoy bien así —responde, pero su voz no tiene fuerza. Es un susurro, suave, quebradizo, que me llega directo a la entrepierna.

Me desconcierta lo encantadora que es incluso sin intentarlo. Su manera de ser sensual sin proponérselo, su belleza que parece diseñada para desarmarme. Es tan ella. Tan… todo. Todo lo que me encanta de una mujer. Eso es Pippa Harrington.

—¿Seguro? —le pregunto, dejando que mis nudillos acaricien la piel de su brazo desde la muñeca hasta el hombro. Mi mirada se clava en la suya, firme y retadora.

Ella asiente, desafiante, como me gusta.

—¿Muy segura? —insisto, bajando la voz hasta que casi es un susurro.

—Mucho —responde por fin, pero sus palabras pierden impacto cuando retrocede. Sus ojos bajan… y se encuentran con mi bragueta. Si me hubiese detenido antes, no me habría empalmado.

Sus labios se separan apenas y se muerde el inferior. Luego, inspira profundo, lo suficiente para que su pecho se ensanche y siento que pierdo el control del todo.

No soy así. No soy tan salido. Esto es culpa de ella.

—Ya sabes dónde estaré —le digo, dándome la vuelta con toda la dignidad que puedo reunir—. Si necesitas algo, golpea la puerta.

Ella murmura algo entre dientes, demasiado bajo para que lo capte, pero su tono alcanza para que sonría de lado.

Cruzo la habitación y me encierro en el baño. Golpeo mi frente contra la pared varias veces, buscando apagar el incendio que me consume.

Acabo de perder el maldito control.

Voy a tener que disculparme con ella. Resulta que no ha sido Prescott esta vez. Quien anda detrás de las faldas de Pippa es este gilipollas que me observa desde el espejo.

Vuelvo al despacho con un humor de perros. Desconcertado a más no poder conmigo mismo. Intento enfocarme en los papeles que tengo delante y me es imposible. Me siento culpable, cachondo y con una sensación ambigua de no haber acabado lo que comencé.

¿Qué habría hecho ella si la hubiese besado?

Sé que no le soy indiferente, lo percibo y lo siento. También sé, conociéndola un poco, que no se atreverá a dar el paso, dada la relación laboral que tenemos.

¿Y si se lo planteo separando esto de aquello?

—No hay tal «aquello», idiota —me digo en voz alta.

El móvil secreto vibra en el cajón y espabilo en un abrir y cerrar de ojos. Estaba esperando esta llamada. Me había olvidado, joder.

—Por fin, macho —rezongo—. Tenemos la fecha y el lugar.

—Envíalos por mensaje. ¿Y el resto?

—Ya está en la caja de seguridad.

—Lo buscaré. Buen trabajo, Langley. ¿Qué pasa con la abogada? —quiere saber.

—Nada que no pueda manejar. No la quiero metida en esto —ordeno.

—Haré lo posible para desviar su atención. Sabes que tendrás que ir a la entrega, ¿estás preparado?

—¡No, por supuesto que no! ¡Voy a intercambiar dinero por droga! —exclamo enfurecido, aunque con la voz retenida para que Pam no me oiga.

Un ruido fuera me pone en alerta y decido cortar la llamada. Ya está avisado de que eso puede suceder. Pongo a resguardo el aparato e intento trabajar.

Hoy está siendo un día de locos. Ya no puedo con tanta presión, menos mal que esta noche desconecto con la visita de mi hermano. Nos pasaremos horas jugando con la consola después de atiborrarnos de comida basura. Tengo que ganarle a Alan una puta vez, a ver si deja de pavonearse y refregarme en la cara que estoy viejo.

¡Tengo treinta y cuatro años!

Será impertinente.

Me río por primera vez en horas, reconociendo que a mis veinte, yo también creía que la vejez comenzaba a los treinta.

¡Cómo se modifica la realidad según cambia la edad!

Capítulo 20



No puedo creer lo que acabo de escuchar. Pam me encuentra de salida, mejor dicho, cuando me estoy escabullendo de Langley.

—¿Me buscabas? Fui a hacerme un té —comenta.

—No. No te preocupes.

—Pippa, ¿cómo está tu padre?

—Bien. Mejor desde que lo visitaste aquella vez. Ya camina, con bastón, aun así, lo hace. Recuperó la buena pronunciación por completo, aunque no el oído izquierdo —le cuento, intentando parecer tranquila.

—Ay, cariño, cuánto me alegra que esté avanzando. Irá mejorando, ya verás.

—Lo sé. Todos creíamos que acabaría postrado en una cama y no fue así. Hasta el mismo médico está sorprendido. Pam, ¿qué me dices de…?

—Señorita Harrington, ¿necesita algo? —nos interrumpe Langley.

Me estremezco del susto. Cuando por fin me atrevo a indagar sobre él con Pam, aparece detrás, como si hubiese estado esperando.

—Lo de avisar antes y no surgir de la nada, iba en serio —le digo.

—Ven conmigo y trae la tablet —exige con ese tono de macho alfa, el que me hace temblar las rodillas y odiarlo un poco, ese que provoca que mi cuerpo se rebele.

No sé cómo haré para volver a mirarlo a la cara, y no me refiero solo a lo que pasó en mi oficina o en el lavabo. Eso es cosa de niños en comparación con lo que escuché. La esperanza de que sea inocente y hasta víctima de los malos murió hace un momento.

«¡No, por supuesto que no! ¡Voy a intercambiar dinero por droga!».

Quizá, sea la primera vez. Si desmenuzo la frase, eso interpreto, pero no me lo puede negar: está dentro de la organización de ese malandra o de otro que trafica con él.

Se vendió.

Su lealtad tiene precio.

Una vez que tenga las pruebas, hablaré con Andrew. Lo haré cuando vaya a la cena de los martes a casa de mi padre.

Dean cierra la puerta de la sala de conferencias y abre el portátil. Me entrega una carpeta y me examina.

—¿Pasa algo? —niego con la cabeza y enciendo la tablet para evitar quedarme encantada con sus ojos—. Lo de hace un rato…

—No pasa nada, Dean. Estamos trabajando, olvidémoslo.

No quiero pensar en eso. Tengo la cabeza concentrada en mantenerse lejos de todo tipo de

provocación. Mi atracción debe desaparecer y voy a dejar de pensar en las ganas que tengo de besarlo hasta que me duelan los labios.

Tenía. Ya no la tengo.

¡Mentira!

Me siento sucia y mala persona al reconocerme seducida por un corrupto, por un desleal, por alguien sin códigos.

—Si es lo que quieres… —escucho que murmura con frustración. No ha dejado de observarme mientras yo cavilaba como una desquiciada, intentando huir de la fascinación que de pronto siento por un abogado tatuado, lleno de testosterona, mal humor y socios cuestionables.

«Tienes ganas de besarme», por supuesto que las tengo, si se acerca como un león sigiloso, peligroso, imponente, y suelta su aliento tibio sobre mi rostro, inmovilizándome. Su mirada celeste es el arma ideal para hacerme sentir una presa acorralada, capaz de entregarse a sus garras solo por acabar con el suplicio que significa alejarse de él.

Lo oigo carraspear y vuelvo a concentrarme en el momento.

—Ayer me llamó esta mujer —comienza a explicar, distante. Señala el nombre de una doctora en ciencias y el de un laboratorio de medicamentos muy conocido escritos sobre un papel—. Tienes toda la información en la carpeta. Necesito corroborar que no fue ella quien diseñó la fórmula de este medicamento. Todavía no está a la venta porque la científica quiere llevar a juicio al laboratorio.

—Y necesitas saber si te engaña —agrego, concentrada.

—Quiero estar seguro de no meterme en algo turbio.

—Ya… —balbuceo con ironía. Como si no estuviese metido en cosas más que «turbias».

Me observa destellando indignación. Hasta le palpita la vena del cuello.

—¿Quieres decir algo? ¿Qué te pasa, Pippa?

—Nada, sigue.

Refunfuña un poco. Inspira profundo, chasquea la lengua y, por fin, continúa.

—A veces, los laboratorios actúan de manera bastante reprochable y…

—No tienes cara —expreso en voz alta. Deseo desaparecer de inmediato. Los nervios me han jugado una mala pasada. No debería mostrar mis cartas sin investigar un poco más.

—¿Qué quieres decir?

¡Madre mía! Si las miradas matasen, yo sería un cadáver ahora mismo.

—Nada. Mejor, ignórame. Hoy no tengo un buen día —miento.

—¿Sabes qué? Hasta aquí ha llegado mi paciencia. —Se levanta furioso y en dos zancadas lo tengo a mi lado—. No has dejado de enviarme indirectas, una y otra vez.

Me toma del brazo y me guía hacia mi oficina. Entramos y cierra la puerta. Me enfrenta, casi bufando y demasiado serio.

Estamos cerca, muy cerca.

¡Qué bien huele, por Dios! Este aire de hombre peligroso despierta mis sentidos, todos ellos. Inclusive los que deberían mantenerse dormidos.

—Di de una vez por todas lo que tengas que decir. Te escucho.

La única forma que encuentro para callarlo es ocupar mi boca con la suya. Mi cabeza grita advertencias, pero el impulso puede más, y antes de detenerme, mis labios ya están sobre los suyos. Lo tomo por sorpresa. Trastabilla hacia atrás hasta que la puerta lo frena con un golpe sordo. Mi cuerpo queda pegado al suyo y el calor entre ambos parece duplicarse.

Su desconcierto dura apenas un segundo. Lo veo titubear hasta que mi lengua roza la suya y entonces todo cambia. Su respuesta es inmediata, intensa. Cierra las manos con fuerza sobre mi

cintura, acercándome más, hasta que ya no hay espacio entre nosotros. Su boca se mueve contra la mía con la urgencia de algo inevitable. La pasión que había estado jugando con nosotros explota.

El mundo desaparece. Solo quedamos él y yo, encerrados en una burbuja que amenaza con consumirnos.

Gira el cuerpo, atrapándome contra la puerta. Su calor me envuelve, su peso me aplasta y me encanta. Debería sentirme culpable, y una parte de mí lo hace, pero la otra, la que lo quiere más de lo que debería, se niega a detenerse.

Sus manos suben por mis brazos, recorriéndolos con una mezcla de suavidad y firmeza que me provoca un escalofrío. Cuando las sujeta por encima de mi cabeza, me siento completamente vulnerable, y ese simple gesto, posesivo y dominante, lo intensifica todo. Un gemido suave escapa de mis labios antes de que pueda evitarlo.

—Bruto —susurro entre jadeos, odiando y amando cómo me hace sentir.

—Solo si tú me lo permites —murmura contra mi boca antes de morderme el labio inferior.

La intensidad de sus ojos habla por sí sola. Todo lo que somos, todo lo que está mal en esto, se desvanece. Quedan las ganas, esa conexión que ninguno de los dos puede ignorar.

Con una mano sostiene las mías firmemente; con la otra, desabrocha los botones de mi blusa, abriéndola con una calma exasperante. El roce de sus dedos sobre mi piel desnuda provoca que me arquee hacia él, buscando más.

—Detente —intento decirlo, pero mi voz tiembla, sin convicción.

Él sonríe de lado, es la clase de sonrisa que grita que sabe exactamente lo que hace. Baja el cierre de mi falda y la prenda cae al suelo con un suave susurro. El encaje de mi tanga queda expuesto ante su mirada cargada de lujuria.

—Eres una visión, Pippa —gruñe con voz ronca, pegando su cuerpo al mío, dejándome sentir cuánto me desea.

El rubor en mis mejillas no es de vergüenza, sino de puro deseo. Quiero más, necesito más, y lo intento, moviéndome contra él, ansiando su contacto.

—Deja las manos ahí —ordena, su tono es tan firme que me detiene. Pellizca mi oreja con los dientes y un estremecimiento recorre mi columna.

Me tenso, no porque no quiera obedecer, sino porque la expectativa me consume. Su mirada me desafía, me provoca, y los mordiscos que reparte en mi cuello solo me incendian más.

—¿Vas a hacer algo más que provocarme? Follarme, por ejemplo —jadeo con desesperación, buscando su atención.

Él arquea una ceja, esa maldita expresión de suficiencia que me vuelve loca.

—Ten cuidado con lo que dices, nena. Esas palabras no suenan bien saliendo de una boca como la tuya.

Y antes de que pueda protestar, sus labios están sobre los míos de nuevo, brutales, exigiendo todo de mí mientras se baja el cierre del pantalón. Mi mirada cae hacia su erección, ahora expuesta, y me humedezco la boca con la lengua sin poder evitarlo.

—Recuerdo muy bien tu polla —empiezo a decir, pero él se aleja de golpe, dejándome fría y confundida.

¡Pero, si acabo de hacerle un halago!

Lo observo abotonarse los pantalones con movimientos tensos. Mi mente tarda un segundo en procesar lo que está sucediendo.

¿Qué ha pasado?

—¿Qué haces? —reclamo, con la voz cargada de frustración.

—Te dije que esas palabras no te quedan bien —replica señalándose la bragueta, ahora sin rastro de su… deseo.

—¡¿En serio?! —Doy un paso adelante, furiosa, y acerco mi mano a su entrepierna para comprobarlo por mí misma.

Maldita sea, tiene razón.

Él aparta mi contacto con un movimiento decidido y niega con la cabeza, clava sus ojos en los míos por un instante antes de darse la media vuelta y salir.

Me quedo ahí, con el corazón desbocado y un deseo insatisfecho que me quema.

¡Qué demonios!

No puedo seguirlo, ya que estoy medio desnuda.

¡No puede dejarme así!

La furia comienza a recorrer mis piernas y sube como la espuma. Me siento rechazada y dolida.

Capítulo 21



No puedo creer lo que acabo de hacer, lo que me ha pasado, lo que le he dicho… Desearía que los últimos minutos de mi vida se hiciesen humo y desapareciesen como por arte de magia.

Me llevo las manos a la nuca y despotrico en silencio. Soy la viva imagen de la decepción ahora mismo.

Me va a odiar y con razón.

Cierro los ojos y la traigo a la memoria involuntariamente.

¡Qué hermosa es, joder!

Miro la puerta, porque quiero volver a su oficina y tirármela sobre el escritorio o contra el ventanal que da a la calle para que todos vean lo preciosa que es y me envidien.

Quito su imagen de mi cabeza y pienso en la actitud pendenciera que me tiraba pullas, una tras otra, sin motivos aparentes.

—¿Qué te pasa conmigo, nena? —murmuro, enfermo de intriga y desesperado por el hambre que me provoca esa mujer. Hambre de sexo descontrolado, sucio, apasionado…

Entra como una tromba, mientras mi mente sigue revolucionada, además de confundida, y golpea la puerta al cerrarla. Es pura provocación, de la buena y la mala. Todo lo prohibido se me cruza por la cabeza en este instante.

Se me pone dura nada más ver que se acerca con un cabreo descomunal.

«Somos dos, criatura hermosa, somos dos».

—¿Qué negocios tienes con Hawthorne? —cuestiona enfurecida y me descoloca la pregunta.

¿Qué tiene que ver ese cabrón con la frustración sexual que nos consume en este instante?

—¿Cómo dices? —Es lo único que se me ocurre preguntar.

—Me has oído a la perfección. Eres un abogado corrupto, un delincuente con conocimientos legales, y eso te convierte en alguien peligroso. Llevas ventaja.

Si me hubiese dado una bofetada, el golpe dolería menos.

—No tienes ni puta idea de lo que dices. ¡Cierra la boca, Pippa! —la enfrento, acercándome desafiante.

No sé de dónde saca sus conclusiones o qué cree saber. Me enfurece que no me lo haya preguntado antes de culparme. Nunca pensé que le pareciese más fácil de esa manera.

—No me digas lo que tengo que hacer —sentencia con los dientes apretados.

Me empuja el hombro varias veces, hasta que mis rodillas chocan con el sofá que tengo a la espalda.

Otra vez estamos a un palmo de distancia y nuestros alientos se entrecruzan. Las ganas vuelven a tomar el control y la conversación queda relegada ante el ardor que provoca el deseo sobre mi piel.

Me resisto a tenerla así otra vez y no hacer nada. La tomo por la cintura y la aprieto a mí. Me lame los labios y me los muerde después. Se vuelve perversa y me contagia. Mantenemos una

guerra con nuestras lenguas, entre jadeos que mezclan enojo y pasión.

Me empuja más fuerte y caigo de culo sobre el almohadón. Se levanta la falda y se sienta a horcajadas. Otra vez estamos en sintonía, una bastante febril y alocada que se nos da de maravilla.

—Ya veo que te gusta tomar el control, nena —susurro, apretando sus tetas.

—Lo que me gusta es ver hasta dónde estás dispuesto a llegar para quitármelo —me provoca.

Sonrío y levanto un poco la cadera, necesito hacerme con la cartera. Cuando lo logro, tomo un condón y lo dejo a mano. Aprovecho que tengo espacio para bajarme el pantalón y, ya que estamos, la ropa interior.

Me contempla y se relame. No deja de observarme y me pone muy cachondo que le guste hacerlo. Se sienta sobre mí y su humedad traspasa el tanga que la separa de mi polla. Cierro los ojos al sentir el roce, gruñendo del gusto.

Guío su cadera con mis manos. Pretendo sentirla y mostrarle lo que puedo llegar a hacerle sentir. Ambos gemimos con las miradas atrapadas. Sus ojos brillan enardecidos.

¡Es una puta delicia!

—Bésame —ruega, y no pierdo tiempo.

Le meto la lengua hasta la garganta. Tiro de su pelo para acomodarle la cara a gusto. Ella hace lo mismo, encontrando la mejor postura.

Tiene el maravilloso poder de encenderme y apagarme. Acabo de descubrirlo y es horrible saber que alguien puede hacer contigo lo que le plazca. Tan horrible como hermoso.

Nos deshacemos juntos de su bonito tanga y justo cuando voy a enfundarme el preservativo, golpean la puerta.

¡Me cago en todo lo que se menea!

—¿Por qué te encierras? —pregunta Brandon al otro lado.

Me parece que comienzo a odiarlo lo suficiente para mandarlo a la mierda por fin.

—Ve al baño —ruego en voz baja. Pippa camina hacia allí, tropezándose por los nervios. Me acerco a ella y le sonrío. —Tranquila, nena.

Afirma con la cabeza y le beso la punta de la nariz; luego, los labios. Quiero seguir mimándola y hacer desaparecer la sombra de temor y vergüenza que veo en su rostro, pero la insistencia de los golpes no cesa.

—¿Qué hacías? —me pregunta Brandon cuando le abro.

Se da cuenta de que estoy abrochándome el cinturón. Ojea hacia un lado y otro buscando una explicación.

—Nada que te importe —le respondo, y veo que clava la mirada en el sofá.

Me giro. Advierto la ropa interior de Pippa. La cojo y me la meto en el bolsillo.

—¿Quién es?

—¿Qué quieres?

—¿Es alguien del bufete?

—Es una amiga. ¿Qué quieres?

—Preséntamela —insiste, sin darme margen para evitar la conversación. Es un imbécil.

—¡No te la voy a presentar y dime qué quieres! —exclamo y, entonces, desiste.

—Busco a Pippa —me dice.

—No está aquí.

—Tiene una llamada en espera en su despacho. Si la ves…

—No la veré, Prescott. Es obvio que no lo haré —le explico, señalando el baño como si una

mujer que no fuese ella me estuviese esperando.

—Tenemos la reunión con Rockwell en cinco, Langley —me recuerda con ironía.

—Joder. —Me había olvidado, pero no lo digo en voz alta—. Ya voy. Avísale que llego enseguida, por favor.

Cuando Pippa oye la puerta, sale de su escondite. Los nervios se le notan a flor de piel.

—Tengo que irme —dice, y no me da tiempo a nada.

Capítulo 22

Pippa

Me encierro en mi oficina y camino de un lado a otro. No puedo con esto. Es demasiado.

Vuelve a sonar el teléfono de la línea fija y acepto la llamada esta vez.

—Hija, qué preocupado estaba, no me atiendes el móvil —dice mi padre del otro lado de la línea.

Busco el maldito aparato por todos lados y no lo encuentro. Tengo la cabeza atontada. Las hormonas que Dean me alborota logran que me olvide de todo y cometa locuras. Siempre me consideré una mujer racional. Y lo fui, hasta que me crucé con él.

—Lo debo haber dejado por ahí. Ahora lo busco. ¿Estás bien? ¿Pasó algo?

—Está todo bien, hija, solo quería saber si vendrías hoy.

Cierro los ojos e inspiro profundo. No puedo ir a visitar a mi padre en este estado y sin ropa interior.

¡Dios mío, voy sin ropa interior!

—No lo creo. Estoy agotada, papá.

Converso con él un rato más, dándole alguna que otra excusa tonta, que se cree, y me acomodo en mi silla de trabajo. De inmediato, me levanto y me toco la falda. Lo último que me puede pasar hoy es mojarla con fluidos que nunca deberían salir de mi cuerpo en mi espacio de trabajo.

—¡Maldito Dean Langley! Si fuese menos… o más… Si tuviese un poco…

No me puede gustar el abogado para el que trabajo. Porque sí, me gusta, y ya no soy capaz de evitar pensar en ello.

—Tiene tatuajes, Pippa —me obligo a recordar. Lo único que se me viene a la cabeza es que me encantaría recorrerlos con la lengua.

¿Con la lengua?

Se me escapa un suspiro interrumpido por un jadeo.

No estoy bien.

Tengo alta temperatura. Lo confirmo tocándome la frente. No hace falta que meta la mano entre mis piernas para corroborar que allí también me ha subido. ¡Qué vergüenza! ¡Qué locura!

—Qué bonito —murmuro, y me golpeo la frente con la palma varias veces, porque odio reconocer que me encanta esta mezcolanza de sensaciones incómodas.

Tomo mis cosas, camino hasta la sala de conferencias para buscar el móvil y lo que encuentro es un grupo de hombres y mujeres que fijan su mirada en mí.

Yo solo puedo reparar en Dean.

—Lo siento —me disculpo, y cierro la puerta de inmediato.

—Espera, Pip. ¿Tienes un rato para hablar conmigo? —me pregunta mi padrino, escapándose de la reunión que presidía.

Asiento sonriente y me pide que vaya a su despacho a esperarlo. No puedo negarme.

Allí me quedo encerrada unos minutos, intentando recuperar la paz, en silencio, evitando pensar demasiado en lo que acabo de hacer con Dean.

No quiero defraudar a Andrew, tampoco a mi padre. Ya no hablo solo del sexo que casi mantengo con mi superior en mi oficina y en la de él, también de lo que sé sobre el abogado.

—*El socio más joven del bufete* —digo con retintín, casi burlándome de él.

Si Langley es un delincuente o se está convirtiendo en uno, ¿debería decírselo?

—No sabes los días de locos que estamos teniendo —comenta Andrew, entrando a su despacho e interrumpiendo mis delirios.

Sacudo la cabeza para volver al presente.

El hombre es alto y corpulento, su barriga aumenta cada mes y ya no sé cómo reprenderlo al respecto, ni su esposa. Su cara de bueno y esa maravillosa sonrisa de miles de dólares, gracias a tratamientos blanqueadores y algunas carillas, acaban de convencerme de cerrar el pico y no hablar sobre lo que no sé con seguridad.

—Ya casi cumples el mes de trabajo, ¿cierto? —quiere saber, mientras pone un par de hielos en un vaso de whisky.

—Faltan pocos días, pero casi, sí.

—Es algo que hago con todos los empleados: tener una reunión informal para saber cómo lo llevan. Langley es nuestro socio…

—Más joven, sí, lo sé —interrumpo, y se ríe—. Se siente bastante orgulloso de eso.

—No es para menos, Pip. Cuando obtuviste el puesto, no dudé en que lo asistieses a él. Comparten ideales y son cabezotas los dos. Dean es un abogado serio, de los que pretende «limpiar la sociedad de los malos», igual que tú. ¿Esa era la frase que utilizabas cuando me explicabas por qué estudiarías derecho?

Asiento con una sonrisa melancólica, no sabía que recordase eso.

Voy a odiar quitarle la venda de los ojos, de verdad, es algo que no voy a disfrutar de hacer. Quisiera odiar a Langley como odio las mentiras que salen de su boca, cuando sale algo, por supuesto, porque calla más de lo que cuenta.

—Deberías haber sido penalista —menciona, después de beber un trago de su bebida.

—No. No. Mi salud emocional no aguantaría semejante baño de realidad —le aseguro.

Sonríe y me palmea la mejilla con cariño, sentándose después en otro sillón.

—Entonces, cuéntame, ¿te llevas bien con Dean? —quiere saber.

—Sí. Nos entendemos bastante y, a pesar de ser un poco gruñón, vamos ganando confianza. Me deja trabajar con libertad y eso es de agradecer —le cuento, y no me atrevo a decir nada más, porque temo que pueda hablar de lo que no debo. En vez de sumar palabras, inspiro profundo y dibujo una sonrisa.

Todavía tengo el sabor de Dean en la boca y mi cuerpo reacciona al recordar su tacto. Necesito drenar esta confusión de alguna manera. Soy muy capaz de meter la pata y contarle todo a Andrew con tal de desahogarme.

—Bien, bien. Me hace feliz escucharte. Y tenerte aquí, Pip. Estoy muy orgulloso de ti —declara, emocionado… e ignorante al bullicio de pensamientos que pululan por mi mente.

—Gracias, padrino. Sabes que siempre he querido ser una más de tu bufete.

—Ya —murmura y, con esfuerzo, se levanta—. Me voy a casa si no quiero que me cambien la cerradura. ¡Mira la hora que es!

Le ayudo, llevando el vaso al barcito que tiene a un costado y nos damos un abrazo. Los de este hombre son tan fraternales como los de mi padre.

—Salgamos juntos. También me voy a casa —agrego con mis bártulos en las manos.

Capítulo 23



Vuelvo al despacho con Prescott pisándome los talones. No para de preguntar y hablar, y mi humor está como el de los perros rabiosos.

—¿Tomarás el caso de la científica, tío?

—¿Cómo sabes de ella? —lo cuestiono porque no hablé con nadie más que con mi asistente al respecto—. ¿Te ha contado Pippa?

Asiente, sentándose en el sofá mientras me ve ordenar todo para acabar el día, por fin.

Debo hablar con Pippa sobre esto. Los abogados debemos mantener en secreto nuestras conversaciones. Es importante que, hasta que no haya un contrato, no hablemos sobre nuestros posibles clientes. Ella debería saberlo. Igual, es secundario aclarar algo al respecto en este momento; primero, debo pedirle explicaciones sobre un par de temas que me dejaron el cuerpo tenso. De solo recordarlo, enfurezco y me pongo cachondo a la vez. Sí, las dos cosas.

—Puedes conseguirme una cita con alguna amiga de tu chica y salimos los cuatro, ¿no? —indaga el pesado.

—No tengo chica, Brandon.

—¿Y lo de hoy qué ha sido? ¡¿No me digas que era una clienta?! Eso no habla muy bien de ti. Ya no lo hace que folles en tu despacho, hombre.

Y este, ¿de qué va?

Lo miro apretando los dientes y entrecerrando los párpados. Me encantaría saber si esos comentarios son pullas o consejos. No puedo adivinarlo. Solo sé que me molestan y no me gusta dejarlos pasar.

A ver si logro desestabilizarlo y dejarlo desorientado.

—¿Te acuerdas de la noche que salí con mi hermano por su cumpleaños? —asiente, poniéndose cómodo para escuchar la historia—. Era un grupo de veinteañeros y me llevaron a una discoteca. No pude decir que no. ¿Sabes que allí, ahora, las mujeres te invitan a los aseos para follar o a la parte trasera de su coche?

—No te lo creo. ¿Tú, cometiendo delitos menores? —ironiza el muy cabrón, pero se le nota la intriga.

—Así está la cosa. La cuestión es que la muchacha se quedó con ganas y me llamó. Fue una sorpresa. Hasta trajo los condones —invento, y siento el regocijo subiendo por mi espalda al ver que se queda analizando si lo que le cuento es cierto o le estoy mintiendo.

A Prescott le pega ese dicho que reza algo así como que los ladrones piensan que todas las personas son de su condición.

Miro el reloj y me pongo en marcha, que siga pensando todo el tiempo que quiera, yo no le haré compañía.

—Me voy. Tengo una cita —le aviso.

—Yo tengo que esperar hasta el sábado —comenta, elevando varias veces las cejas. Como si

me interesara su vida privada.

Cuando estamos saliendo del despacho, el sonido de un móvil me llama la atención. Vuelvo sobre mis pasos tras comprobar que mi teléfono está en el bolsillo de mi pantalón. La luz tenue de una pantalla ilumina el lateral del sofá. Meto la mano y tomo el aparato para responder.

—Hola.

—¿Quién habla? —cuestionan del otro lado y me parece reconocer la voz.

—Has sido tú quien ha llamado. ¿Quién eres?

—¿Abogado Langley? Soy Roxanne. Ese móvil es de Pippa —me avisa un poco avergonzada.

—Verás. Lo encontré en la mesa de Pam, sonando, justo cuando me iba a casa —miento—. ¿Puedes avisarle que lo tengo yo?

Me contesta que sí y escucho murmullo a su alrededor. Seguro que están juntas.

—Pásame con ella —le pido, y mi voz suena como si estuviese ordenándole hacerlo; por eso, carraspeo y agrego—: ¿Puedes, por favor?

—No estoy con Pippa. La llamaba porque… la llamaba —titubea.

No me lo creo, aun así, no insisto. Tampoco podríamos hablar de lo que tenemos que hablar por teléfono.

—Mañana se lo entregaré con la batería cargada; se le está agotando. Descansa, Roxanne.

Me saluda casi suspirando, como si se hubiese quedado con ganas de decir algo más. Espero un par de segundos y, como no lo hace, cuelgo la llamada.

Vuelvo a mirar la hora. Mi hermano me va a echar la bronca.

Me apuro a llegar al coche. Intento no pensar en nada más que en Alan y lo bien que lo pasamos juntos, cuando me meto en el vehículo. Acelero más de lo debido para llegar rápido al apartamento y lo encuentro sentado en uno de los escalones de acceso al edificio.

—Eres un cabrón —dice como saludo—. Tengo el culo cuadrado de tanto esperar.

—Perdona, estaba en una reunión y… Suena otra llamada en el móvil de Pippa y lo miro con curiosidad.

—¿Quién es «papá»? ¿Has cambiado el teléfono? —indaga Alan al ver que la marca del aparato no es igual a la que tengo yo.

Abro la puerta y respondo, pasando de mi hermano. El hombre podría estar necesitándola.

—Hola.

—Creo que me he equivocado de número —murmura al oírme.

—¿Señor Harrington?

—¿Usted quién es? —me pregunta alarmado.

Me presento de inmediato para no preocuparlo. Ya estamos dentro de mi piso. Alan no me quita la mirada ni aunque le haga señas de que no pasa nada.

—Parece que Pippa olvidó el móvil en la oficina y me lo he traído a casa para cargarlo; así mañana lo puede usar —le explico al hombre, y entonces, Alan baja la guardia.

—Ah, vale. Aprovecho para saludarlo; es un placer hacerlo. Ojalá podamos conocernos un día de estos —dice Harrington en tono agradable—. Cuando me sienta con ganas, visitaré el bufete y nos daremos un apretón de manos. Tengo buenas referencias de su trabajo, señor Langley.

—Gracias, señor. Será un honor conocerlo —reacciono yo, con amabilidad y respeto.

Al escucharme decir esas palabras, la cara de Pippa, recriminándome por ser un corrupto, aparece en mi retina. Ya quisiera saber de dónde ha sacado todo eso que me dijo. Debería estar furioso por su acusación. Y no lo estoy solo porque la hizo con la efervescencia de la frustración

sexual con la que estábamos lidiando. O eso elijo creer.

Mañana va a tener que explicarse porque si no…

—Ver en la pantalla de tu móvil la palabra «papá» me hizo mierda —murmura Alan a mi espalda. No me había dado cuenta de que me había quedado inmóvil y en silencio después de colgar la llamada.

Me giro y lo encuentro pálido, con los brazos caídos y afligido.

—Hey, sabes que no pasa nada si lloras, ¿verdad? —le aseguro, acercándome con cautela.

Solo me atrevo a hacerle una caricia rápida. Alan es escurridizo y poco dado al contacto físico, como si evitarlo lo hiciese más fuerte ante el dolor. No sabe lo que se pierde. Un abrazo de consuelo podría hacer que su humor cambie por completo.

Eleva los hombros para restarle importancia a mis palabras y me observa con los ojos brillantes.

—Ya va siendo hora de hacerlo, Alan. Déjalo ir. Ya no está. Aprende a recordar lo bonito, te juro que ayuda. No sé cómo es que sucede, lo que sí sé es que un día comienzas a sentir su presencia de manera diferente —le cuento con la voz suave y firme, para que le llegue como un consejo.

Asiente varias veces y se refriega la nariz. Se aleja de mí sin decir nada y se encierra en el aseo de invitados y me encantaría que sea para llorar. No me importa si lo hace con o sin testigos, lo que importa es que lo haga por fin.

Mi hermano menor no ha hecho el duelo por mi padre y es necesario que suceda de una vez.

Camino con sigilo hasta la puerta y apoyo la oreja. Oigo que se suena los mocos y algunos lamentos ahogados. Sonrío con tristeza y lo dejo solo.

—Me voy a dar una ducha. Pide la comida que quieras —le aviso.

Me demoro más de la cuenta a propósito. Y al volver a su lado, lo hago pensando en tantear su semblante, porque no sé con qué me encontraré.

—No tengo ganas de jugar —me explica al verme, ganándome de mano al hablar. Noto sus ojos enrojecidos y no es algo que disfrute, pero sí lo apruebo.

—No pasa nada. Ya sé que me tienes miedo —bromeo.

Suelta una risita desganada y me siento a su lado.

—¿Una película? —Asiente—. ¿Quieres hablar?

—No.

—Bien. A ver qué pusieron en Netflix últimamente.

Este paso ha sido necesario. Sé cuánto duele. Ya podrá expresar lo que siente y por él, esperaré, tengo toda la paciencia del mundo.

Capítulo 24

Pippa

Ya no sé cómo distraerme. Me he dado un baño largo y hasta me he hecho un tratamiento hidratante en el rostro.

Del bufete, me fui directa al apartamento de Rox. Allí me enteré de que Dean tiene mi móvil. Me quedé a cenar y conversar; hasta que llegó la hermana, con esa notable y permanente cara de culo. Al primer comentario fuera de lugar que hizo, me fui. Me incomoda escucharlos discutir.

Ya en mi piso, duchada y aburrida, me dispongo a ver algo en la tele. Lo que sea que me distraiga un rato. Ya estoy cansada de darle vueltas a todo lo que ha sucedido hoy.

Tomo la manta para cubrirme las piernas desnudas y comienzo a pasar canal tras canal, mientras me acabo el té que me he preparado para descansar mejor, si puedo.

Suena el timbre y me estremezco. No olvido que Silas anda tras mis pasos. No espero a nadie y no suelo recibir gente a esta hora. Ni mi padre me visita de noche.

Miro el monitor del telefonillo temiendo lo peor y lo veo.

No es lo peor, pero… ¿qué hace aquí?

—¿Quién te ha dado mi dirección? —pregunto apretando un botón.

—La tomé de tu expediente. Ábreme —ordena.

¡Ese tonito! Dan ganas de quitárselo de alguna forma. Mi imaginación prodigiosa, cargada de nuevos recuerdos, se pone creativa y me obliga a silenciar un gemido.

—Por favor —le recrimino.

—Por favor —repite, al notar mi ironía y su falta de tacto al pedir las cosas.

Giro sobre mis talones, después de darle paso al edificio. Otra vez estoy nerviosa. Me miro las piernas, la camiseta larga de la universidad que apenas me cubre el trasero y los calcetines gruesos de andar por casa que me llegan a media pantorrilla.

Corro a mi habitación y me pongo un cárdigan largo, un poco más que la camiseta. Me acerco a la puerta cuando la golpea despacito, supongo, que con sus nudillos y abro.

—Perdona que haya venido sin avisar y a esta hora. Tenía que hablar contigo —me explica.

No me atrevo a preguntar sobre qué. Tenemos tantos cabos sueltos que no sabría por dónde comenzar. Entre la cobardía y el enojo que apenas puedo administrar, además de los nervios por tenerlo en mi apartamento, llenando el espacio con su imponente presencia, me llamo a silencio y espero a que diga lo que sea que ha venido a decir.

Entra como si lo hubiese invitado y me repasa con la mirada. No dice nada y lo prefiero, aunque me cubro un poco cerrando el cárdigan con mis brazos cuando se muerde el labio inferior, después de pasarse la lengua. La mía roza mis dientes, con ganas de librar una batalla

sangrienta con la de él.

Me pregunto si sería capaz de perdonarle el coqueteo con la corrupción si tuviese una buena excusa para darme, además de la promesa de dejarlo todo. No tengo ni idea de qué implica el todo al que me refiero, ni si tiene excusa alguna.

La cabeza me da vueltas otra vez, yendo de un lado a otro de las historias que me invento por no conocer los hechos, que ni siquiera sé si quiero conocer.

Se gira y me da la espalda, parece tan ansioso como yo.

Su aspecto quita el hipo. No parece el mismo Dean Langley, el abogado. Quien se ha presentado en mi apartamento es «don máquina sexual». Viste una simple camiseta negra y un vaquero que le queda como un guante.

No voy a desdecirme, me ponen los trajeados, pero Langley en vaquero tiene otras connotaciones para mí, unas cochinas y bastante calientes.

Creo que mis hormonas salieron a divertirse a mi costa una vez más.

—Habla y vete —le ruego después de carraspear para ahuyentar mis pensamientos pecaminosos y fuera de lugar.

Además, me acabo de dar cuenta de la pinta de malote que tiene con sus tatuajes en exhibición y los bíceps explotando las mangas cortas de su camiseta. Vamos, que parece un mafioso de manual.

¡Qué calor tengo! ¡Maldito cárdigan!

Suspiro resignada y atormentada ante la verdad que se enciende en mi mente como si fuese un cartel de neón, de esos luminosos de las gasolineras que se ven a la orilla de las carreteras. Me estoy entusiasmando con uno de los «malos que debería limpiar de la sociedad» y no voy a poder perdonármelo nunca.

Inspira profundo, ensancha más su pecho, tanto que temo que la camiseta ceda por fin y vuelen pedazos de tela por todos lados.

Me estoy volviendo tonta con su presencia y el perfume que impregna cada espacio que recorre. Intento ignorar su mirada y esa sonrisa irónica que precede a las palabras, que me van a incomodar, lo adivino:

—Tengo tu braguita —dice por fin, con ella enredada en su puño.

Amplía su sonrisa con arrogancia y sé que quiere romper la tensión para comenzar a hablar. No estoy por la labor, yo no quiero ponérselo fácil.

—Te la regalo. Será el souvenir que te recuerde lo que no volverá a suceder.

Tuerzo el gesto demostrando el orgullo que siento ante mi frase. Cuadro los hombros, feliz de ser yo en este momento. No sé cuántas mujeres han rechazado a este portento, no obstante, saber que soy una de las pocas me pone cachonda.

«Creo que lo que te pone en este estado es su repaso», dice un eco tedioso en mi cabeza.

—No estoy tan seguro de lo que dices, aun así, acepto el obsequio —comenta, y huele mi tanga.

¡Huele! ¡Mi! ¡Tanga!

No sé si me resulta asqueroso o sublime ver que lo hace.

Asqueroso.

Sublime.

—¿Me permites masturbarme con ella atada a mi polla?

«Traga saliva y responde», me obligo, simulando ser una mujer superada y hastiada ante su presencia.

—Me da igual. ¿Algo más?

—Sí. También tengo tu móvil.

—Gracias por traérmelo —digo extendiendo la mano para que me lo entregue y se acerca unos pasos—. Ya te ibas, ¿verdad?

—No. Tenemos que hablar.

Se sienta en mi sofá y cruza las piernas como el abogado con el palo metido en el trasero que es de día, aunque sonriendo con esa mueca de arrogancia que parece adquirir después de su horario laboral.

Ambas cosas me encantan y me siento una ridícula por eso.

Capítulo 25



La veo descargar los nervios dando esos pasos cortos hacia un lado y otro a los que ya me estoy acostumbrando. Hago silencio para darle espacio y tiempo, sin quitarle la mirada.

Bufa, me observa, niega con la cabeza, refunfuña y si no estuviese molesto con ella por varios motivos, la abrazaría para tranquilizarla.

—Te escucho —dice por fin, y se acomoda en una butaca floreada que hay frente al sofá en el que estoy sentado.

Inspiro profundo mientras pienso el orden de prioridades. Son demasiadas las conversaciones pendientes entre esta preciosura y yo.

Voy a dejar de hacerme el tonto, esta mujercita con cara de niña buena no me es indiferente, todo lo contrario. Es por lo que estoy aquí a esta hora, después de que mi hermano diera por finalizada su visita.

No acabamos ni las tres cuartas partes de la película elegida por él, cuando se dirigió hacia la salida, despidiéndose sin aviso previo. Necesita estar solo, lo entiendo. Ya pasé por eso. El duelo de un ser querido es algo complicado, además de personal, y Alan debe atravesarlo de una vez para volver a ser el joven divertido y sano que siempre fue, no el que es hoy, el que cada dos por tres se mete en líos y ha bajado todas las calificaciones en la universidad. Da la impresión de que su enojo con la vida que le toca todavía le gana la batalla.

—Necesito explicaciones —digo.

Su mirada colérica me taladra y es ahí cuando me doy cuenta de que no ha sido muy acertada mi elección de palabras.

Lo de Alan me tiene inquieto y la fecha del maldito intercambio que se aproxima, también me preocupa la presión de Silas con respecto a la compra de un puto barco que no sé cómo blanquear sin que llame la atención de Hacienda. Me estoy moviendo fuera de mi zona de confort y no me agrada. Me siento perdido, atrapado entre la espada y la pared. A lo que le debo sumar los problemas típicos del bufete y los numerosos compromisos apuntados en la agenda. Sin mencionar los quebraderos de cabeza que me da la mujercita que tengo enfrente.

—Déjame intentarlo de nuevo —le ruego.

Pippa me da paz, no sé por qué, será por su fisonomía, por la mirada franca o por esa actitud sincera, sin dobles intenciones… Está enfadada, contenta, excitada… no importa, todo está ahí, se ve, lo muestra y me permite percibirlo.

Eleva las cejas, apurándome. Tiene razón. He invadido su intimidad y no de la mejor manera.

—Me has acusado de algo y necesito saber por qué. Supongo que tienes pruebas que respalden tus palabras.

Otra vez se pone a deambular por el lugar y me marea.

—¡Pippa, quédate quieta y habla! —le ruego con más énfasis del que debería.

—No me digas lo que tengo que hacer y, mucho menos, en mi casa. ¿Te queda claro?

Elevo las manos en respuesta. Si es lo que quiere y mientras hable de una vez, no me importa.

Necesito estar al corriente de qué o cuánto sabe y de dónde ha sacado dicha información. No puedo permitir que se entrometa.

Maldigo el momento en el que decidí meterme con esta gente.

Justo cuando ella abre la boca para comenzar a explicarse, me suena el móvil.

—Tengo que atender, es la policía —comento, y me llevo el teléfono a la oreja—. Langley.

—Dean, soy yo.

—¿Alan? ¿Estás bien?

—Sí. Un poco golpeado. Un gilipollas me dio una trompada y tuve que responder —me explica. Se me escapa un bufido por pura frustración.

—Joder, Alan. El gilipollas eres tú, hermano. Voy para allá.

Ya estoy de pie y siendo estudiado por ojitos curiosos. Me acerco a ella y no se aleja.

—Tengo que irme. No sé qué crees saber, Pippa, pero tienes que confiar en mí.

Sin justificación alguna, solo por el deseo de hacerlo, me acerco más y le tomo la cara con ambas manos. Su respiración nerviosa y su mirada inquieta me hablan de sus dudas; aun así, permanece inmóvil.

—¿Entiendes lo que me estás solicitando? Apenas te conozco. Me pides que olvide mis valores, que desoiga mi instinto y confíe en ti.

—Te prometo que no te defraudaré —le aseguro, porque todavía no me ha dicho que no y puedo ser bastante insistente para lograr lo que quiero.

—No se trata de ti, Dean. Se trata de mí. Soy yo quien no quiere defraudarse, ni engañar a mi padrino o a mi padre. No me lo podría perdonar —me explica.

La entiendo más de lo que cree y lamento no tener tiempo para justificarme.

—No puedo darte explicaciones ahora, Pippa.

—Lo sabía —dice, y se aleja con las manos en la nuca. Gira sobre su eje y no se atreve a mirarme otra vez.

Miro el reloj y noto que los minutos corren.

—No sé qué crees saber, nena, pero no es como lo piensas —murmuro y doy un paso hacia ella.

—No te acerques y vete. Necesito pensar.

Asiento. Tiene razón. Le estoy pidiendo demasiado. Esta mujer me gusta cada día más y en todos los sentidos. Ahora mismo, la cargaría en mi cintura para zanjar lo que dejamos a medias, pero hago uso del control, ese que he adquirido y entrenado por años. Me acerco más, con prudencia, y al ver que no huye de mí, enredo los dedos en su pelo.

—¿Sigo teniendo permiso para masturbarme con tu tanga? —le pregunto sonriendo.

Solo busco que me mire y se cerciore de que soy yo, el mismo que la devoraría si tuviese tiempo y a quien ella desea. No puede esconder sus ganas. No a mí.

—No es el momento, Langley —susurra confundida, aun plantada delante de mí.

No me importa si no quiere; yo sí. La abrazo fuerte y apoyo mis labios en su frente durante unos segundos. Se deja y hasta suspira.

Me alejo por fin, le rodeo el rostro con las manos otra vez y la miro a los ojos.

—Descansa. No pienses, que solo vas a inventarte tonterías.

Llego a la delegación policial y, como me conocen, me hacen pasar a una oficina, donde firmo

papeles y espero a Alan.

—Gracias —me dice con la voz entrecortada al llegar a mi lado.

Supongo que la angustia, el susto y esa bronca acumulada que carga no ayudan.

—El fin de semana, me lavarás y lustrarás el coche. No se aceptan peros.

Baja la cabeza y sale del edificio seguido por mí.

—Supongo que tienes claro que esto no sirve de nada, ¿verdad? Arruinas tu expediente personal y te desfiguras la cara. ¿Eso buscas? Porque todo lo demás, sigue donde está —expongo de mala manera.

—Prometiste…

—Sé lo que prometí y no se te ocurra echarme la culpa de tus cagadas —lo interrumpo—. Esta noche, te quedarás conmigo.

Capítulo 26

Pippa

He dormido tan mal, con tantas ideas rondando mi cabeza, que no he necesitado que sonase el despertador para ponerme en marcha por la mañana.

—Tienes mala cara —comenta Rox, al verme entrar.

—Tengo espejo, gracias —bromeo, y converso con ella un ratito antes de irme hacia la oficina.

Cuando paso por delante del despacho de Dean, me robo un caramelo. Mi organismo no necesita más cafeína hoy; pienso evitar acercarme a la cafetera.

—Señorita Harrington.

Odio que me llame así y con esa voz de ultratumba que pone. Si hasta me hace estremecer.

—¿Pam no está? —le pregunto, nerviosa. Ya no me siento segura estando solos. No sé de lo que somos capaces. Yo no tengo demasiado control últimamente.

—Ha ido a por mi café —responde apurado, evitando ser interrumpido. Ya lo conozco.

Atravieso la puerta y lo veo, porque todavía no había entrado a su despacho.

—¿Qué haces?

Sin levantar la cabeza, sigue metiendo carpetas en su maletín, mientras ojea algunos papeles y los firma, apilándolos a un lado. Todo a la vez.

—Me tomo unos días —murmura sin dejar de moverse.

—No puedes —le aseguro. ¡Es que no puede!—. Tenemos dos audiencias y la reunión con la doctora esa.

—Rockwell te acompañará a las audiencias. Y con la doctora Levi, puedes sola. Recuérdame que tenemos que hablar sobre ella —señala.

Este hombre no está pensando con claridad, no es justo que se tome… unos días, justo en este momento. Más le vale que no sean vacaciones.

—No puedo sola. Digo, sí puedo, pero no sería capaz de tomar ninguna decisión —le explico.

—No lo hagas. Me envías un correo electrónico y lo discutimos por teléfono si es necesario. Pippa, tú puedes. —Me mira por fin y sonríe para reafirmar sus palabras.

No sé cuándo se ha puesto tan guapo y sexy.

—A mi vuelta, tenemos que hablar —insiste.

—No entiendo. ¿Estás en problemas? —le pregunto.

Seguro que es eso y como es su costumbre, calla. Me molesta que no confíe en mí.

—Yo no —responde de inmediato.

Se acerca y me toma las manos. Quiero alejarlo y evitar su contacto; no obstante, aquí sigo,

sin emitir sonido ni movimiento alguno, dejándome embriagar por su perfume y su mirada. Desde ayer, el abogado se ha vuelto un poco tocón y yo, más tonta y permisiva. Puedo atribuirlo a que estuvimos a punto de… mantener relaciones sexuales. La prohibición de la palabra follar fue efectiva; tanto, que ni me atrevo a pensarla. Tampoco lo hago en la otra, la que se refiere al órgano sexual masculino por excelencia y tan imponente es en Dean Langley.

—Nena, mi hermano me necesita. Quiero estar con él. Es mi responsabilidad como hermano mayor —me cuenta.

No quiero saber nada de su familia, ni de responsabilidades personales o gestos bonitos que puedan confundirme más de lo que ya estoy. Todavía no tengo claro si este hombre es o no una buena persona. Aunque parece que mi cuerpo ya ha decidido que es lo que necesita, todo este espécimen musculado y atractivo, que sabe cómo dejar a una mujer con las rodillas flojas, es lo que desea y mi mente, nublada, es incapaz de negarse.

Toma su maletín y me observa. Trago saliva. Me imita y advierto su nuez subir y bajar. Carraspeo y vuelve a imitarme.

—No me siento segura de poder hacerlo —comento, volviendo a la realidad.

—Confío en ti. Yo sí lo hago. Sobre esto, también hablaremos —me asegura, acercándose más de lo que le permitiría a nadie.

Me repasa la cara con los ojos, acaricia mi mejilla con el pulgar y me da un pico, o eso intenta, porque soy más rápida alejando mi boca.

—¿Qué haces? —pregunto orgullosa.

—Eso ha sido muy grosero —susurra, y me toma por sorpresa pegando su boca a la mía de todas maneras. Las rodillas se me aflojan y hasta levanto un poco el talón derecho, como en las películas de amor.

¿¡Qué me hace este hombre!?

—¡Dean! —lo reprendo.

—¿Qué? ¿Quieres otro?

El muy caradura se ríe y me deja toda revolucionada cerca de su escritorio. Cuando casi llega a la puerta de su oficina, se vuelve hacia mí. Dejo de respirar en el instante.

—Sobre los besos, también tenemos que hablar. Agéndalo todo —exige.

Lo veo partir, le miro el trasero y la espalda, y así me encuentra Pam.

—¿Se ha ido? —Asiento, siguiendo la estela del perfume masculino y cruzando las piernas. El cosquilleo es incesante—. ¿Qué hago con el café? —quiere saber la mujer que me mira con desconcierto.

—Yo me lo bebo —respondo, y le robo la taza que lleva en las manos.

Sacudo la cabeza y vuelvo a la realidad… y normalidad. Mi mente vuelve a conectar después de un par de sorbos. Acabo de tomar una decisión: si Dean no va a estar en la oficina, me pondré a investigar con libertad y sin interrupciones todo lo que quiero saber sobre los supuestos negocios turbios que pueda tener con Silas Hawthorne.

Mi salud mental y emocional requieren respuestas.

Lo que estoy sintiendo no puede avanzar si no sé quién es Dean Langley.

—Pam, pásame la agenda de Dean de los próximos diez días, por favor.

Me encierro en mi despacho con la información entre las manos. Una vez en mi sillón y frente al ordenador, abro un documento donde ya tengo algunas anotaciones sobre Silas. Las que pretendía mostrarle a Dean para que entendiese que no era de fiar y que representarlo sería un error para él como profesional, y para el bufete también. Mi padrino no tiene clientes delincuentes, nunca los ha tenido. Es por eso que mi aspiración era pertenecer a Rockwell y

Asociados, para sentirme orgullosa de mi labor como abogada.

Lo primero que hago es llamar a la secretaria de la doctora Levi para acordar con ella la reunión pendiente. Así ya no tengo que pensar en eso.

Después de la presentación y acordar la fecha, la chica dice:

—Allí estaremos, por supuesto. Entonces, ¿la reunión será con el abogado Prescott?

Abro los ojos tanto como puedo y tuerzo el gesto.

—No. Será conmigo —respondo, para no dejarle dudas—. Soy parte del equipo del abogado Langley.

Después de despedirnos y aclarar la confusión, me quedo pensando en que no es casualidad que dos de los clientes de Dean me hayan mencionado a Brandon.

También trabajaré en estas «coincidencias». Esto no me gusta.

Lo agendo, para no olvidarme.

Capítulo 27



Después de los días de ausencia, debería estar enfocado y revisando los archivos del caso que dejé a medias antes de marcharme. Pero, en lugar de eso, mi mente insiste en volver a Pippa.

La última vez que nos vimos, la besé. Y no estoy pensando en lo que casi hicimos si no nos hubiesen interrumpido. Estuvimos tan cerca… Igual, no es eso lo que realmente sigue en mi cabeza, es aquella conversación… ¡Maldita sea! La forma en la que me mira cuando insinúa que sospecha de mí no me gusta.

Algo la hizo comenzar a dudar y no sé qué fue. Es urgente que lo averigüe o no podré anticiparme si no lo hago.

Apenas me siento en la silla cuando Pam aparece en la puerta.

—Bienvenido. Te he traído un café —dice, con una sonrisa que se me contagia.

—Gracias, Pam.

—En la agenda figuran los compromisos para hoy. Pippa ha estado trabajando en los casos pendientes; ella te pondrá al tanto de todo y… Hay algo más. Prescott. Ha estado hablando con algunos de tus clientes en tu ausencia, Dean. Ella lo ha descubierto.

La noticia me hace apretar los puños sobre la mesa. ¿De verdad puede caer tan bajo? ¿Eso era lo que pretendía haciéndose el buen compañero? ¡El muy cabrón! Al menos, ahora tengo claro que lo que siente por mí no es admiración.

Esto no se va a quedar así. Ya me ocuparé de ese gilipollas. Todo a su debido tiempo. No es mi prioridad. Demasiadas cosas tengo que solucionar antes.

—Gracias. Dile a la señorita Harrington que venga —solicito, sin mostrar la rabia que me da la noticia.

Unos minutos después, Pippa aparece en la puerta. Se ve tan profesional como siempre, con su cabello recogido de forma impecable, la falda ajustada y la tablet en la mano. No me siento cómodo reconociendo ni para mí mismo que la he extrañado.

—Dean.

—Pippa —respondo, sonriendo de esa manera que la pone incómoda.

Le hago un gesto para que cierre la puerta y ella obedece sin chistar. Cuando se vuelve hacia mí, cruza los brazos y no se sienta. Se mantiene firme, esperando lo que yo vaya a decir.

—He escuchado que has estado bastante ocupada en mi ausencia —comento, indiferente y observando cómo reacciona.

Es que ya no sé cómo actuar, son tantas las explicaciones que nos debemos.

Frunce el ceño ligeramente, pero no pierde la compostura. Su boca me provoca cuando suspira, reteniendo lo que parece frustración.

—Alguien tenía que encargarse —dice con calma, pero con un tono que me suena a reto—. Creo que Prescott ha intentado robarte clientes. Se ha comunicado con varios, he podido

comprobarlo —me suelta, y descubro que su voz carga frustración.

Prefiero no decir nada y me río entre dientes, masticando el cabreo que también me hace sentir a mí esta situación. Con la cantidad de temas que tengo que resolver… No permitiré que el idiota me desvíe las metas. Ya será su turno.

—Prescott siempre ha querido lo que no puede tener —señalo, provocándola con la mirada y desviando un poco el tema hacia uno más conveniente para mí—. No es el único.

La veo parpadear, apenas un segundo, lo suficiente para saber que recuerda lo que ella misma me dijo en su piso, cuando le mostré la ropa interior que, por cierto, aún conservo.

—Podéis haceros compañía, entonces.

Clava sus ojos en los míos, con esa chispa de desafío que tanto me gusta. Ahora sé que estamos hablando de lo mismo.

—Yo soy bastante insistente —le aclaro.

Le doy espacio para que se retuerza un poco en su incomodidad. Me levanto con calma, acercándome solo lo suficiente como para invadir su espacio personal sin hacerlo demasiado obvio.

—Lo de Prescott, lo resolveré yo. No te preocupes por él.

No se mueve, aunque puedo ver la tensión en sus hombros.

La pongo nerviosa. Bien.

—No estoy preocupada por Prescott, Dean —replica, su voz es más baja, para que solo yo pueda oírla—. Estoy preocupada por ti. Necesito saber para quién estoy trabajando. Y no he podido dejar de pensar en la manera en la que te comportaste antes de que te largaras. Fue… Niega con la cabeza y se interrumpe, pero algo la impulsa a seguir hablando con más vehemencia y hasta hace ademanes con las manos—. Vuelves, te encuentras con que alguien está intentando hundirte y actúas como si no te importara. Mantente lejos —me ruega al ver que doy un paso hacia ella.

Su sinceridad es entrañable, pero no puedo evitar una sonrisa irónica. Me aproximo un paso más, ignorando la solicitud de que no lo haga, para que comience a sentir el calor que surge entre nosotros cuando estamos así de cerca.

No la toco.

—¿Preocupada por mí, Pippa? —le pregunto con tono burlón—. No sabía que te importaba tanto.

Puedo ver cómo traga saliva otra vez y ese pequeño gesto me hace querer fastidiarla otro rato.

Eleva el mentón demostrándome que no se dejará doblegar por mí esta vez. Algo se le queda por decir. Lo adivino por su postura.

Bueno, parece que ha llegado el momento de hablar sobre sus sospechas, puedo presentirlo.

—Hay cosas mucho más importantes que Prescott, ¿verdad? ¡Un maldito intercambio de dinero! ¿Con quién? Háblame de Lucius Marcellus. Te está buscando porque «tiene algo para ti». ¡¿Tú has visto a ese tipo?! ¿En serio vas a decirme que no tengo razones para estar preocupada? ¿Y qué me dices del móvil escondido en tu cajón? No me mires como si hubiese hurgado en tus cosas, no lo hice. Pam me lo entregó cuando vibró, pensó que podía ser importante. No me atreví a leer los mensajes, porque tengo miedo de confirmar lo que no quiero —suelta de corrido, en voz baja, solo para mí.

Reconozco que sus palabras se han vuelto serias. Sabe más de lo que suponía y más aún de lo que debería. No me lo esperaba y me parece injusto inmiscuirla en mis cosas, no es seguro. Me observa, esperando unas respuestas que no puedo darle. Aún no.

—Dean… —pronuncia. Mi nombre suena a advertencia cuando entiende que estoy ignorando su perorata, pero no me amedrenta cuando doy un paso más hacia ella.

Basta de dar vueltas en vano. Sintiéndolo mucho, tengo que tocarla, es lo único que me importa ahora mismo, porque es lo único que puedo solucionar.

—Nena —susurro, ya con mi boca a unos centímetros de la suya—. No soy lo que crees. ¿No confías en tu instinto? ¿Qué te dice?

Me mira y percibo su respiración más pesada.

—Necesito respuestas. Tú… Mi instinto no… funciona bien últimamente —murmura nerviosa, su voz ha perdido fuerza ante mi cercanía.

Le sonrío, ya casi rozando su pecho con el mío. Joder. Lo único que deseo es abrazarla y comérmela a besos.

—¿Me responsabilizas de eso? De que tu instinto no funcione, digo.

Disfruto de su tensión, de la forma en la que lucha por mantener el control.

Levanta una mano al reconocer mi intención de besarla y me frena.

Si le digo la verdad, la expongo a un peligro que ni yo mismo comprendo. Si le miento, corro el riesgo de perderla, y no solo en el ámbito profesional. Sí, en ese jodido punto estoy ahora mismo. Me ha hecho falta estos días y no he podido olvidar lo bien que se siente besarla. No voy a arriesgarme contándole lo que hago con Silas Hawthorne. Confío en que mis palabras alcanzarán.

—No soy un delincuente, Pippa —le aclaro con la voz baja, grave, intentando que confíe en mí solo por la forma en que lo digo—. Hay cosas que no puedo explicarte ahora. Tienes que creer en mí.

Me mira en silencio durante lo que parecen horas. Suspira y sacude la cabeza, claramente contrariada.

—Eso no es suficiente —dice, suspirando.

—Sé que no es suficiente, nena. Lo sé —reconozco antes de besarla por fin.

Capítulo 28

Pippa

No, otra vez, no. Le agarro la cara con ambas manos y, aunque me encanta que se tome la atribución de besarme tan bonito, no quiero permitírselo. No, mientras mi cabeza siga hecha un lío.

—Dame espacio, Dean —le ruego.

Todavía no puedo creer cómo han cambiado las cosas en una semana, mientras él no estaba. Menos mal que no pasó a mayores nuestro arranque apasionado, nuestros, con «s» final, porque fueron dos. Uno detrás de otro.

Hoy está particularmente atractivo. Es que lo miro con otros ojos, con los que recuerdan al guaperas de la discoteca y ellos deciden omitir que puede llegar a ser un abogado corrupto, como mínimo.

—Eso haré —dice en respuesta a mi petición. Su voz ya suena más como el Dean Langley, socio del bufete y mi jefe.

Se aparta un poco, justo cuando Brandon, quien ha estado desaparecido estos días también, atraviesa la puerta sin golpear antes.

—¿Ya te has enterado? ¡Mira las noticias! —Parece nervioso y nos contagia.

Dean no se demora en encender el ordenador y poner el programa que nos dice.

Doy un paso hacia atrás y me tapo la boca, después de ahogar un gemido asustado. No puedo creer lo que veo. Langley tampoco, es evidente por su palidez y la manera en la que cae sobre la silla.

—Joder. Joder —repite, y se toma la cabeza—. Joder.

Dirige su mirada a la mía y niega en silencio. No sé qué pretende decirme. Mi corazón galopa a una velocidad que asusta.

—Dicen que se ha filtrado de dentro. El FBI lo busca desde hace tiempo —comenta Brandon, ajeno a nuestra comunicación silenciosa.

Tengo miedo por Dean, tengo miedo por mí y por mi padrino. Tengo más que miedo. Estoy aterrada.

—Está casi acorralado —sigue explicando Brandon.

—Prescott, Pippa, por favor, necesito hablar con Langley —sentencia Andrew, apareciendo de golpe.

Hoy se han puesto todos de acuerdo en hacerlo de esta manera y ya no sé si podré con tanto sobresalto.

Abandono la oficina sin querer hacerlo. Deberíamos estar armando algún plan para paliar las consecuencias que esto pueda acarrear. Silas Hawthorne está siendo buscado por el FBI y es

nuestro cliente. Ya sabía yo que no era una buena idea. No puedo creerlo.

—¿Estás bien? —quiere saber Brandon a mi lado.

Niego con la cabeza y me acompaña hasta mi despacho.

—Tranquila. Langley sabe lo que hace. No es la primera vez que un cliente… —pretende explicarme, igual lo interrumpo.

—No quieras tranquilizarme con mentiras, Brandon. No soy tonta.

Sin reaccionar a lo que le digo, mira por sobre mi hombro, con los ojos abiertos cuan grandes son.

—Pon buena cara y mantente fuerte —murmura y señala hacia la salita que precede al escritorio de Pam. Hawthorne acaba de llegar—. Dean está con Rockwell —me recuerda.

Lo que me faltaba: ser quien da la cara. Justo yo, que no sé lidiar con la presión.

Me pongo de pie, dibujo una sonrisa cordial y me acerco a Silas. El hombre parece muy, muy enfadado.

—Quiero hablar con Langley —ordena.

Intento no tomárselo en cuenta ni poner en evidencia el terror que me hace sentir su mirada en este preciso instante.

—Lo siento, está reunido. Si quiere esperarlo… Me toma del codo y me empuja hacia mi despacho.

—¡Hey! —exclama Brandon, pero Silas le cierra la puerta en la cara y uno de los guardaespaldas le impide entrar.

Se me acerca con su sonrisa arrogante y me observa como si fuese su juguete favorito.

—Señorita Harrington —su voz es como un ronroneo, uno de esos que provocan que se te erice la piel, pero no de una forma agradable.

—Suélteme.

Tironeo del brazo y me alejo todo lo que puedo. ¿Qué se ha creído? Me tiembla hasta el pelo. Esta cara de Silas no la conocía. Su silencio y pose gritan que con él no se juega.

—Solo quería asegurarme de que estemos en la misma página. —Su tono es peligrosamente suave—. Sé que Langley te tiene al tanto de todo. Tu hermosa boquita y la de «mi abogado» deben permanecer con candado. ¿Está claro?

Hace una pausa, inclinándose hacia mí, y acentuando la sonrisa de manera diabólica, agrega:

—Pippa, no me obligues a preocuparme por ti.

—¡¿Qué pasa aquí?! —exclama Dean, entrando sin llamar. Se pone delante de mí y me mira con la ceja elevada.

—El señor Hawthorne necesitaba hablar contigo —digo—. Mientras te esperaba, yo le he estado explicando que nuestros contratos nos obligan a mantener la privacidad de nuestros clientes bajo resguardo.

Ambos se retan con la mirada por eternos segundos.

—Eso quería confirmar. Seguimos siendo piezas de un mismo juego, mi querido Langley —ironiza Silas, caminando hacia fuera con una parsimonia que no combina con la escena que acabamos de vivir.

—Aquí no jugamos ni somos piezas, Hawthorne —le asegura Dean.

Nos mira a uno y otro por varios segundos después de escucharlo, luego suelta un suave «cuidaos» y se va.

Todavía no logro soltar el aire que tengo retenido.

—Vaya, eso ha sido... no sé ni cómo describirlo —comenta Brandon y me mira, genuinamente preocupado, desde la entrada de mi despacho—. ¿Estás bien?

Solo puedo mover la cabeza hacia abajo.

Capítulo 29

Dean

No quiero dejarla sola, aunque no puedo evitarlo. Tengo algo más importante que hacer.

¡Esto es una mierda! No debí meterme con esta gente. Maldigo mis promesas a Alan y Marianne. Si ellos supiesen lo que me he animado a hacer por cumplirlas, me obligarían a desistir. Solo espero que todo salga bien, porque mis hermanos se lo merecen.

—Pippa, tengo que hacer algo urgente —comento.

Prefiero no hacer contacto físico para no llamar la atención de Prescott, pero le guiño un ojo y sonrío un poco con intención de calmarla. Supongo que interpreta mi preocupación.

—Estoy bien —murmura. No la creo, por supuesto.

Le tiemblan las manos. Ni siquiera ha podido contarme con claridad lo que Silas le ha dicho.

—Brandon —por mucho que me joda contar con él en este momento, no me queda otra opción. Después de todo, fue quien me avisó de que este mal nacido la había acorralado de muy malos modos—. Acompáñala a recepción, por favor. Que se quede con Roxanne.

—Claro. Vamos, Pippa —dice. —

Hazlo, nena, quédate un rato allí, hasta que yo te vaya a buscar —le ruego en voz baja, para que solo me oiga ella.

Me encierro en el despacho y tomo el móvil oculto. Marco el número y espero.

—Lo filtramos nosotros, tranquilo —reconoce mi contacto secreto con el FBI, para quien reúno información comprometida de Silas Hawthorne, nada más atender la llamada.

—¿¡Y por qué mierda no me has advertido!? ¿Tienes idea de lo que acaba de pasar? Hasta Rockwell lo sabía y no me has puesto en aviso. ¡¿Acaso solo soy tu títere?!

—Cálmate, Langley.

—¡No me toques los cojones! Y dame un puto nombre para que pueda mandarte bien a la mierda.

—No necesitas mi nombre para hacerlo. Me tomo su respuesta como permiso para faltarle el respeto.

—¡Vete a la mierda! —grito, sin que me importe quién me oiga.

Hay mucha gente que quiere a Silas fuera de circulación antes de que adquiera demasiado poder y una oportunidad es hacerlo por delitos financieros. El FBI está actuando en conjunto con HSI (Homeland Security Investigations) y yo soy el topo dentro del bufete, quien recaba información para hundir de una vez por todas a este hijo de puta. Lo que no esperaba era tener que ensuciarme las manos con las mierdas ajenas, estar en peligro o exponer a otras personas para lograrlo.

Inspiro profundo un par de veces, intentando controlar mi ira y hacer desaparecer el susto de mi organismo al enterarme de que Pippa estaba en manos de semejante animal.

—¿Ya? ¿Mejor? —me pregunta después de regalarme el silencio que necesitaba.

—No quiero seguir. No puedo con esto. Renuncio —le informo. No necesito pensarlo más.

—Escúchame. Sé que no puedes con todo y es por eso por lo que hemos filtrado la información de que vamos tras él. Lo estamos provocando para ver si mete la pata y nos da algo más. Lo que hemos recibido de tu parte alcanza y sobra. HSI seguirá tras sus pasos, mientras nosotros lo acorralamos con lo que tenemos. Y recurriremos al plan B: te alegrará saber que ya no haremos el intercambio. Tememos que salga mal.

—Vaya, gracias —digo con ironía, porque interpreto que no me cree capaz de hacerlo bien.

—Langley, no tienes madera de traficante. Sigue con la abogacía.

Tiene la osadía de burlarse de mí y es por ese motivo que no pienso agradecerle que me haya librado de semejante marrón.

—Descansa. Relájate y mantente en silencio. Que Hawthorne siga confiando en ti. No tienes nada que ver con esto. ¿Me oyes? Llámalo. Solidarízate con él.

—No haré eso —le aseguro.

—Lo harás si no quieres que desconfíe. Ofrécele ayuda. Esto acabará pronto, Langley. Prométele lo que sea.

Me dejo caer en la silla con el cuerpo pesado y el corazón galopando sin freno. No puedo seguir así. Tanto mis hermanos como yo queremos a este tipo preso, pero si mi salud o la de las personas que me importan están en juego, no me merece la pena.

—La doctora Levi te espera en la sala de reuniones —me informa Pam por el intercomunicador.

¡La madre que me parió, me había olvidado de la reunión!

Entro en la sala y allí está mi aplicada asistente, conversando con mi nueva cliente.

¡Qué cabeza dura es esta mujer, joder! Si todavía está pálida y sus hombros, rígidos.

Mantenemos una conversación rápida y concreta con la doctora Levi. No nos demoramos en detalles, porque ellas ya se vieron en mi ausencia y arreglaron los pormenores del caso.

Yo sabía que podía confiar en Pippa. Es una profesional de la hostia.

—Hablaremos pronto —aseguro, y la mujer se va—. Cierra la puerta —le pido a mi asistente.

—Por favor —reclama, como de costumbre.

—Te he dado una orden —digo, solo para molestarla.

Al escucharme, clava su mirada en la mía y suspira. Si los ojos tuviesen cuchillos, ya me habría despedido de este mundo.

—Yo no recibo órdenes, Langley.

Me muevo rápido y, en nada, estoy a su lado. La abrazo fuerte contra mi pecho sin darle la posibilidad de que se resista. Su asombro le impide alejarme y mucho menos, moverse.

—Siento mucho haberte expuesto a Silas, nena. No sabes cuánto —le explico. Me permito la vulnerabilidad que siento en este momento porque ella se la merece.

—No es tu culpa —murmura.

La siento un poco más relajada y me quiero adueñar del logro.

—Sí, lo es. Cuando pueda explicártelo todo, lo entenderás.

Nos miramos por largo instante, asegurándonos de ser sinceros en este instante.

—¿Prometes hacerlo? —quiere saber.

—Te lo juro, Pippa.

Asiente, sin alejar sus ojos de los míos y sonríe apenas.

—Esperaré —asegura.

Esta mujercita saca de mí todo lo bueno que pueda tener, y lo perverso. Para lo segundo, no es el momento, por mucho que me pese. Le acaricio la mejilla y sonrío después de ver que ella lo hace también.

—Deberías dejar de invadir mi espacio personal —murmura.

Ni de coña. Ya no puedo respetar eso y algo me dice que se queja para aparentar o disimular.

—Me gusta cómo se siente esta invasión. ¿A ti no? —Llevo una mano a su cuello y la acerco un poco.

—Estamos rompiendo algunas reglas, Dean, y no tengo respuestas para el montón de preguntas que me hago por minuto —me explica con el gesto contrariado, como si la incomodase decírmelo. Pero sin apartar su mirada, ahora, de mi boca.

—Rompamos esas reglas. Ya es momento. No seamos aburridos. ¿Quieres seguir haciéndote la distraída con esto que nos pasa?

—No me disgustaría. Ser el ratón de un gato como tú es bastante excitante —murmura, y se tapa la cara, soltando una risa nerviosa—. No me hagas caso. Tu cercanía me atonta.

Prefiero no mencionar lo que me provoca la de ella. Le beso la mejilla, porque si lo hago en sus labios no me voy a poder contener. Mis manos pican. Su culo las atrae y no quiero tensar más la cuerda. Acaba de pasarlo mal y no seré yo quien le sume disgustos.

—Déjame llevarte a tu casa. Tienes que descansar —comento.

Capítulo 30

Pippa

Entro en mi apartamento seguida por Dean. No quiero estar sola y es por eso que he aceptado que me trajese.

Todavía no puedo quitarme de la cabeza lo que he vivido hoy. «Nada» de lo que he vivido hoy. Eso incluye mi discusión con él; la noticia que involucra a Silas; el susto que este me ha hecho pasar, el muy idiota; la preocupación sincera de Brandon y la declaración de Dean.

¿Qué reglas quiere romper conmigo? No me atrevo a preguntarle. Tiene problemas más importantes, pero yo necesito que me explique lo que no soy capaz de entender en pocas palabras. O lo entiendo y no me atrevo a reconocerlo.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunto por cortesía.

Niega con la cabeza sin dejar de observarlo todo a su alrededor.

—¿Cuándo ha cambiado esto? —lo cuestiono, porque ya no soporto el silencio—. Tú y yo.

Pone cara de concentración y toma asiento en mi sofá, con actitud arrogante. Esa que tanto me suele molestar, la misma que me produce sensaciones incómodas en cierta parte de mi anatomía.

—Me parece que fue un día que me llamaste idiota, que me pediste que olvidase lo de la noche de la discoteca y yo reconocí que me era imposible. Si mal no recuerdo, después de eso, me rogaste que te besara.

—No me parece que haya sido así. Tengo buena memoria y puedo asegurarte…

—Piénsalo otra vez —me interrumpe sonriendo con sarcasmo—. Luego, comenzaste a culparme de cosas… Entre una y otra frase, nos besamos. Sí, así fue. Creo que es un buen resumen de cómo fue cambiando «esto».

Me toca sonreír y mantenerme lejos para no pegarme a él como una lapa.

—Ah, sí, el día que dije un par de palabras prohibidas —comento. Yo también sé jugar a eso de poner incómodo al otro.

—Impronunciables por esa boca, nena. Nunca más, por favor —ruega.

Su cara es de absoluto rechazo. Es un exagerado. Comienzo a temblar cuando lo veo levantarse y caminar hacia mí con pasos lentos. Es redundante aclarar que la respiración se me acelera y el corazón me late furioso en el pecho.

—También recuerdo a Brandon interrumpiendo lo que nunca debió pasar —agrego solo por molestarlo.

—Maldito Prescott —murmura.

—Tenemos que hablar de él.

—Sí, tenemos que hacerlo, pero no ahora —certifica.

Ya lo tengo frente a mí. Su anatomía, grande y musculosa, se pega a la mía con una intensidad que me deja sin aliento. Siento su calor, su fuerza. Mi cuerpo, traidor y entregado, se rebela contra la poca dignidad que me queda, ofreciéndose en bandeja de plata para su uso y disfrute.

Arrogante. Por supuesto que nota que lo deseo. Y, como si no fuera suficiente, su sonrisa ladeada me deja bien claro cuánto está disfrutando de tenerme así, vulnerable y al borde.

—Tienes razón, esa conversación puede esperar. Brandon no desaparecerá —expongo, atrevida, sabiendo exactamente lo que estoy haciendo—. Lo que no debería demorarse es el tema del robo de mi tanga.

Mis palabras son la chispa que enciende algo en él. Su brazo se aferra a mi cintura con firmeza, y en un segundo estoy pegada a su pecho. El impacto me saca un jadeo que él saborea como una victoria.

—Ese caso ya está cerrado, nena —ronronea.

Necesito esto. Sé que quizá me arrepienta mañana, pero ahora no me importa. Ahora solo quiero sentirlo, disfrutarlo, perderme en el roce de sus labios que están peligrosamente cerca de los míos.

—Quédate esta noche, por favor —le susurro, rozando su boca con la mía.

—No lo hago por favor —responde, su voz baja y grave, vibra contra mi piel—. Lo hago porque quiero. Y porque voy a demostrarte que sí soy una máquina sexual.

—Eso espero —lo incito con una sonrisa coqueta, antes de morderle el labio inferior.

En un movimiento, me levanta por las caderas como si no pesara nada y me carga hacia el dormitorio. Me río nerviosa, pero no puedo evitar disfrutar del poder que emana de él.

Maldito macho alfa, aunque en realidad me encanta que lo sea.

Me deja caer sobre el colchón sin ceremonias, este cede bajo mi peso mientras lo observo despojarse de su chaqueta, el cinturón y los zapatos con una rapidez eficiente. Mis manos ya están deshaciéndose de mi propia ropa. La blusa y la falda caen al suelo antes de que él comience a quitarse la camisa.

Se detiene un momento y se relame al verme en ropa interior. Su mirada, ahora oscura y hambrienta, me recorre de pies a cabeza.

—¿Te diviertes? —le pregunto, arqueando una ceja. Mientras él juguetea con los botones de su camisa como si fuera un *stripper*.

—Muchísimo —responde con una sonrisa descarada.

Me río nerviosa, pero mis ojos no pueden apartarse de él. Cuando el primer botón se desabrocha, entreveo algo que me hace contener el aliento: tatuajes. Muchos tatuajes.

No estaba preparada para esto.

—Espera, espera —lo detengo, levantando una mano.

Él arquea una ceja, sorprendido, y deja caer la corbata al suelo.

—¿Qué pasa? —pregunta, su tono es una mezcla de curiosidad y diversión.

—No es nada, solo… despacito —susurro, sintiendo que mi respiración se acelera. Porque esos tatuajes no son cualquier cosa. Cuando digo que no me gustan, no me refiero a un torso musculoso y tintado por completo, me refiero a una espada clavada en una calavera en un bíceps o un ancla en el pectoral derecho. Estos ya son palabras mayores.

Él suspira al verme tan turbada, pero no detiene su avance. Es que estoy como una moto, solo me falta rugir.

—Te lo advertí, nena. Soy demasiado —ronronea, altivo.

Se inclina sobre mí, su cuerpo cubre el mío y comienza a mordisquear mi cuello,

arrancándome gemidos involuntarios.

—Quiero ver más —le pido, con la voz entrecortada por el placer.

—Después. Primero, vas a ser mía.

Capítulo 31



Semidesnuda, excitada y segura de sí misma. Así está la mujer de curvas de infarto y carita de muñeca que, ahora mismo, me devora con la mirada. Cree que puede distraerme con sus ojos encendidos o esa forma descarada en la que se muerde el labio. Error. Prefiero que me distraiga con sus gemidos.

—¿Vas a seguir mirándome o piensas hacer algo al respecto? —dice con un tono desafiante que me dibuja una sonrisa torcida.

—Tranquila, nena. Estoy a punto de arruinarte el tanga.

Ella se ríe, y en un movimiento rápido, se lo quita y lo lanza al suelo.

—Problema resuelto. Ahora muévete, que no tengo toda la noche.

—Vaya, qué mandona. Me gusta —expreso, mordiéndome el labio y saboreando de antemano todo lo que le voy a hacer.

En pocos segundos me coloco el condón, pero no soy yo quien toma la iniciativa. Antes de que pueda reaccionar, me empuja hacia la cama, se sube a horcajadas sobre mí y me hunde la boca en el cuello, me lame y mordisquea mientras busca mi polla y la ubica en su entrada.

—¿Lista? —pregunto, cuando le tomo la cadera para hundirme en ella de una sola estocada, por supuesto que ya sé la respuesta.

—Más que eso.

Ese tono suyo, tan descarado, me enciende como nada en la vida. La penetro y el aire entre nosotros desaparece. Pega su pecho al mío mientras comienza a moverse. Joder, no me da ni un respiro.

—Dios, esto es jodidamente bueno —gruño, marcando su ritmo con mis manos en su culo.

Ella se ríe entre gemidos y ese sonido me hace perder la cabeza. El incesante golpeteo de mi cadera desata su sensualidad, la que conocí aquella noche en el estacionamiento oscuro.

—Qué fácil te rindes a una chica —me provoca, mordisqueándome el labio inferior.

No respondo con palabras. La tomo por la cintura, giro con ella y la aprisiono contra el colchón. Me muevo con más fuerza, más rápido, arrancándole gemidos que no intenta ocultar.

—Eso… justo ahí —jadea, aferrándose a mis brazos, dejando marcas con sus uñas.

Me incorporo un poco y le pongo las piernas sobre mis hombros. Me aferro a sus muslos para que no se aleje con cada impulso de mi pelvis. Acelero mis movimientos, gruñendo como un depravado, observándola gozar. Su cuerpo se tensa, sus gemidos se quiebran y sé que acabo de robarle el primer orgasmo. No me detengo. Con una mano, busco su clítoris, mientras sigo embistiéndola con la intensidad que ahora sé que le gusta.

—Joder, eres una puta maravilla —murmuro, perdiéndome en la sensación que me produce estar dentro de su cuerpo.

Ella se retuerce, sus uñas arañan mis brazos, sus pezones son dos duros aguijones que me vuelven loco, subiendo y bajando ante mis ojos. Cuando vuelve a tensarse, esta vez ahogando un

grito, me dejo ir por completo. Mi cuerpo arde y gruño como un animal mientras vacío todo lo que tengo.

El silencio nos envuelve por un momento, roto solo por nuestras respiraciones desbocadas. La mantengo atrapada contra la cama. Mis manos se dedican a recorrer su piel húmeda y caliente. Las emociones que despiertan en mi pecho son asfixiantes. Me gustan; el tema es que no puedo controlarlas y eso me vuelve algo torpe.

—Vas a tener que agradecerme o felicitarme —bromeo, incapaz de resistirme a provocarla.

En respuesta, me muerde el hombro, suave pero con suficiente fuerza para hacerme protestar.

—Eres increíble en la cama, nena. Una fierecilla —comento, besándole el cuello y lamiendo su sudor.

—Y tú, hablas mucho —me dice, empujándome.

Entiendo la indirecta y me levanto, aunque no puedo evitar disfrutar del sonido que hace cuando abandono su cuerpo. Me doy la vuelta justo a tiempo para verla sentada, con sus ojos recorriéndome.

—Eso es… demasiado —balbucea. Sus dedos trazan las líneas de los tatuajes de mi pecho, mis brazos y cuello.

—También en las piernas —le digo, dándole un vistazo rápido a mis muslos—. Y la espalda.

—Estás loco. ¿Todo esto?

—¿Qué opinas? —pregunto, y me sorprende darme cuenta de que realmente quiero su aprobación.

Sus ojos se encuentran con los míos y sonríe, esa sonrisa que me desarma por completo y me roba suspiros tontos.

—No está mal. Te queda bien.

Por un momento, me quedo mirándola, perdido en esos ojos que ahora parecen fuego. Tuerzo el gesto al ver…

—¿Por qué te muerdes el labio? —quiero saber, y en respuesta, se los lame con una carga de seducción que tiene el efecto que pretende—. Si es lo que pienso…

Ella niega, pero el brillo de sus pupilas dice otra cosa. Se levanta, suspira y se dirige al baño. La vista de su cuerpo desnudo, alejándose de mí, solo sirve para encenderme más.

Cuando deja la puerta abierta y escucho el sonido de la ducha, sé que acaba de hacerme una invitación.

—¡No respetas nada! —grita al sentirme detrás de ella. Mis manos van directas a sus caderas y mi boca, a su cuello.

—Claro que no, nena. Ahora deja de quejarte y dime cuánto te gusta esto.

La pego contra la pared de la ducha y, antes de que pueda protestar, logro que reconozca que se humedece al verme desnudo. El primero de mis movimientos le arranca un jadeo de placer y sonrío solo para molestarla.

Mi mente sucia ya planea la forma de dejarla rendida… Y si no lo logro con una vez, lo haré otra más.

Mi despertador suena temprano, como de costumbre. Pippa duerme acurrucada a mi lado. Le doy un beso en la frente y se remueve, sin despertarse. Mejor, así descansa un rato más. Me tomaré este rato extra para ir a mi casa a cambiarme de ropa. Hoy pasaré de la rutina de ejercicios.

Le escribo un mensaje avisándola de que me voy y los motivos. Tengo que vestirme sin mirarla. Perderme la oportunidad de despertarla con mi boca entre sus piernas es algo que no me

voy a perdonar jamás.

Nada más cerrar la puerta de su piso, mi mente vuelve a enfocarse en las mierdas que tengo que solucionar. La realidad me pega de lleno mientras conduzco en silencio, haciendo una lista por orden de importancia. No sé por dónde empezar. Todo es importante y urgente.

No puedo creer que haya pensado con la polla y me haya metido en la cama de Pippa, dejando de lado todo lo verdaderamente relevante en mi vida. Una vida que puede acabar tal y como la conozco.

Joder.

No sé quién es este hombre que conduce mi coche. Si estoy sonriendo como un idiota al recordar lo que hicimos anoche y no siento remordimiento alguno por saltarme las rutinas o por perder el control de algunas cosas.

Llego a mi edificio y me llama la atención una camioneta negra con los cristales tintados y un par de coches oscuros justo detrás. Aquí no se puede aparcar. Me estoy acojonando. Esto no es normal.

Cuando estoy por entrar al garaje subterráneo, me intercepta Lucius Marcellus. Se mete en mi coche y ordena:

—Baja. Silas quiere hablar contigo.

Entro a mi despacho después de saludar a Pam.

—Dame un momento —digo, y ella entiende que necesito estar solo.

Tomo el móvil y espero a que me atienda mi contacto del FBI.

—Tengo novedades —comienzo sin demoras. Prefiero evitar interrupciones o que llegue Pippa y me oiga—. Silas quiere que busque quién lo defienda. Sabe que no es mi competencia, pero confía en mí. Dice que me ha investigado y que soy de fiar.

—Bien. Eso está muy bien —comenta, pensativo.

—No voy a ayudar a ese hijo de puta. No me pidas algo como eso —ruego sin dudarlo ni un instante.

—No tendrás que hacerlo. Dile que estás contactando gente. Que precisas un par de semanas.

—Cúbreme el culo, te lo pido por favor. No quiero que me encuentren en una zanja, mordisqueado por las ratas.

Nada más decir las palabras, me estremezco. ¡Quién me manda a hacer esta locura!

—Eso no pasará. Tranquilo. La abogada también está siendo protegida —me dice, antes de acabar la comunicación.

Vuelvo a esconder el aparato, me acerco a Pam y la encuentro en compañía de mi chica. Ya lo es, no tengo dudas al respecto. Está tan radiante y preciosa como siempre. Rebusca en mi bombonera y vuelvo sobre mis pasos, recordando lo que tengo en mi maletín.

—Señorita Harrington —digo a su espalda y se sobresalta. Le rozo el culo con la mano y se aleja nerviosa.

—Toma, Pam. Olvidé entregártelos ayer.

Pippa me mira y tuerce el gesto. Señala a mi secretaria y luego a mí, después, el objeto de cristal que está siendo llenado con caramelos, casi todos de limón.

—¿No eras tú quien los compraba? —pregunta con la vista clavada en Pam. Esta niega con la cabeza.

—Sígame —ordeno sin darle explicaciones y cuando la tengo encerrada en mi oficina, la acorralo contra la puerta.

No le permito hablar, le como la boca y la dejo sin aire. Lo que hacen mis manos está prohibido para menores de edad.

Capítulo 32

Pippa

Me tiemblan las rodillas. No me acostumbro a este Dean, al que se toma atribuciones con mi cuerpo y mi boca. Y no es que me queje, para nada. Solo es… inapropiado para una oficina. Ahora mismo, me gustaría desnudarlo y probar las posturas que anoche no tuvimos tiempo de experimentar.

Este hombre será mi vicio; ayer lo descubrí mientras me hacía la dormida, abrazada a su cuerpo, contando las veces que su mano subía y bajaba por mi espalda desnuda. Me mordí la lengua tantas veces, porque no pienso darle el placer de oírme admitir que sí, que podría perfectamente ser una máquina sexual.

—Me abandonaste —le recrimino con la voz entrecortada.

Me tiene atrapada contra la puerta, con sus manos sujetando mi trasero, y esa sonrisa oscura que me promete mucho más de lo que puedo manejar. Sus ojos, llenos de intensidad, me recorren como si ya me tuviese desnuda. Respira profundamente y su aliento cálido roza mi piel. Baja la cabeza hasta mi cuello y, cuando siento su nariz deslizarse por mi piel, inhalando mi perfume, un estremecimiento me recorre por completo.

Yo también quiero hacer eso. Quiero hundir mi rostro en su cuello, respirar su aroma y perderme en él. Mis manos, como si tuvieran vida propia, se deslizan hasta su pelo, enredando los dedos con fuerza en sus mechones, acercándolo más, queriendo más.

—No sabes lo que me ha costado hacerlo —murmura con su voz ronca y los ojos clavados en los míos. Me pierdo en su mirada, me resulta muy fácil hacerlo—. Estás preciosa.

—Y tú, muy guapo con esta corbata.

—Te ataré con ella esta noche —ronronea.

Mi respiración se corta y carraspeo nerviosa, porque las imágenes que suelta en mi mente son inadecuadas para este lugar, para este momento. Pero, maldita sea, no puedo evitarlo. Ahora le voy a pedir al universo que sea un hombre de palabra.

Nos miramos unos segundos más, son suficientes para decirnos todo lo que aún no nos atrevemos a poner en palabras. Es imposible no dejarme envolver por el remolino de emociones que me provoca.

—Suficiente. Concentrémonos, Dean. Tenemos mucho en qué pensar. Comencemos por Hawthorne.

Chasquea la lengua, me besa los labios y me da un golpecito en el trasero.

—Eso está solucionado —murmura, antes de alejarse—. Necesito que cierres el trato del club. Solo faltan las firmas de los abogados de la empresa de la bebida esa.

—Dean… —lo nombro, frustrada. No quiero que juegue a ser indiferente ante este

gravísimo problema.

—Nena. Te prometo que lo tengo controlado —me asegura.

Toma asiento en su mesa y se coloca las gafas. Suspiro y lo observo por un rato largo.

—¡Qué bien te quedan! —exclamo, y cuando levanta su vista para dirigirla a mí, exijo—: Ignóralo, no he dicho nada. Se me escapan las palabras.

Suelta una carcajada y sigue con lo suyo.

—¿Qué hago con Prescott? —le pregunto.

—Busca algo más con lo que pueda demostrar que intenta meterse en mis asuntos. Voy a tener que hablar con Andrew —inspira profundo y carraspea—. Esta noche te ataré con las gafas puestas, recuérdamelo.

Asiento con la cabeza ante sus solicitudes, incluyendo la última y me guiña el ojo.

—¿Siempre has sido tú el de los caramelos?

Me mira, abandonando los papeles que estaba leyendo y, sonriendo, se pone de pie y se acerca a mí otra vez.

Se me disparan las fantasías y me obligo a reprimirlas. Él es el responsable de volverme tan creativa; solo con mirarme ya me pongo a hacer planes mentales.

—Me inspiraba ternura verte eligiendo el sabor cada mañana, con tu dedito curioso, buscando el adecuado.

Me agarra la cara con ambas manos y le abrazo la cintura. También tengo autorización para tocarlo. Después de todo, ayer lo acaricié por todas partes.

Cierro los ojos cuando adivino que va a besarme y, al sentir sus labios en los míos, me pego a su pecho. Me encanta cómo besa.

—Tengo que volver a la vida real —susurro entre suspiros tontos, disfrutando de los pequeños mordiscos que me da en los labios.

—Esto también es real, nena. Muy real.

—Langley… —dice Brandon, entrando sin llamar—. ¡Perdón! No vi nada… Ya me voy.

Pego un salto hacia atrás y Dean despotrica en voz baja.

—¡Prescott! —grita. Brandon vuelve a entrar. Dean descansa sus bonitos ojos en mí y susurra—: ¿Nos dejas un momento?

Me acaricia la mejilla antes de que abandone el despacho. Brandon me sonríe como si estuviese prometiendo hacerme la vida imposible a partir de hoy. Me escapo como una rata cobarde. Espero que esto no tenga consecuencias para nadie.

Ya en mi oficina, enciendo el ordenador y pongo el nombre de Brandon en el sistema del bufete. Tengo que encontrar algo que lo exponga.

—¿En qué andas, Prescott? —murmuro, entrando a varios archivos que lo nombran.

Así me paso un rato largo, hasta que recuerdo que tengo más asuntos que resolver. Por ejemplo, lo del club, que casi se me olvida. Así vamos finiquitando tareas y archivando documentos.

Cuando llega la hora de almorzar, decido ir a comprar algo para compartir con Dean. No tardaré mucho, el lugar al que quiero ir está doblando la esquina. Le aviso por mensaje y salgo a la calle.

No sé si es porque estoy encantada con las atenciones de cierto abogado, porque anoche tuve unos cuantos orgasmos o porque soy feliz sin más, que siento el sol acariciándome la piel y me estremezco. Si hasta se me pone el vello de punta.

—Claro que sí, Dean, esto es real —digo en voz alta, caminando por la calle, encantada de ser yo.

Capítulo 33



No puedo con este gilipollas, por mucho más que me esfuerce, no puedo con él. Intenté hacerlo por las buenas, pero el muy idiota siguió con sus pullas, como si buscara llevarme al límite. Al final, tuve que ordenarle, de mala manera, que mantuviese la boca cerrada si no quería buscarse problemas conmigo. Jamás, en mi puta vida, había amenazado a alguien, pero parece que rodearme de quienes saben hacerlo me ha dado la experiencia que nunca pedí. Espero que cumpla su promesa. Lo último que necesito es ser la comidilla del bufete, junto a Pippa, claro.

Y hablando de Pippa, leo su mensaje y, aunque intento no hacerlo, sonrío. ¡Mierda! Tendría que estar de los nervios, no sonriendo como un idiota enamorado. Pero es lo que me provoca, la pelirroja me descoloca por completo, haciendo que me sienta... jodidamente vulnerable. Eso.

El móvil del cajón vibra y lo agarro de inmediato.

—El señor Calloway al teléfono —me informa Pam por el intercomunicador, interrumpiéndome.

Pongo el aparato en mi bolsillo.

¡Joder, justo ahora!

Tomo la llamada del *coach* y, mientras trato de concentrarme en sus agradecimientos, siento otra vibración en mi pantalón. Una corriente fría me recorre la espalda, clavándose como una espina. La ansiedad se apodera de mí, no soy yo si pierdo el control.

Necesito respirar, centrarme, pero mi cabeza está a mil.

Por fin, me libero, cojo el móvil del bolsillo y leo el mensaje: «Será hoy. Están en camino».

No entiendo una mierda. Este tipo, el agente, actúa como si yo fuera otro encubierto más. Me envía mensajes en clave que no alcanzo a descifrar y así se lo hago saber de vuelta.

Leo su respuesta de inmediato, porque esa maldita y molesta sensación no me deja en paz: «Va hacia el bufete, pero no le dejaremos llegar».

¿Qué mierda significa eso?

Me asomo a la ventana, buscando a Pippa entre la gente que camina por ahí.

La llamo. Nada. No contesta.

Varios coches oscuros aparcan cerca del edificio, de manera estratégica. Lo imagino porque reconozco el patrón de las películas de acción que me gustan.

¡Esto no es casualidad!

¡¿Qué coño está pasando?! Algunos hombres se ocultan detrás de las columnas y otros entran como sombras al edificio. Todo mi cuerpo se tensa.

—Atiende, Pippa, joder... ¡atiende de una puta vez! —mascullo con desesperación.

Y ahí está. La veo doblar la esquina, con paso despreocupado. En el mismo instante, diviso la camioneta negra de Silas. La misma con la que me visitó en mi edificio.

Salgo disparado de mi despacho, dejando a todos con caras de preocupación y ni me molesto en aclararles nada. No tengo tiempo para ascensores, abro de un golpe la puerta de las escaleras y

bajo los escalones de tres en tres, con el corazón desbocado.

Solo pienso en ella.

Cuando por fin llego abajo, casi sin poder respirar, veo a Pippa a pocos pasos de la entrada. Salgo corriendo, desquiciado y, justo en ese momento, Silas baja de su camioneta. Los hombres que lo rodean comienzan a moverse como tiburones alrededor de su cría, protegiéndolo. Y entonces, todo se desmorona.

Alguien me empuja, sacándome del camino, resguardándome, pero también alejándome de Pippa. ¡Joder!

—¡Suéltame, cabrón! —mi alarido se ahoga en el caos—. ¡Pippa, agáchate! —grito, pero ella no entiende, parece abrumada.

Está paralizada, con los ojos abiertos de par en par, buscando respuestas. Mira en todas direcciones. No reacciona.

Suena un disparo. Luego otro.

Mi corazón se detiene.

—¡Tírate al suelo, por Dios!

Finalmente, se deja caer, cubriéndose la cabeza con las manos. Temo que eso no sea suficiente. Brandon aparece de la nada, lanzándose sobre ella como un rayo. No sé de dónde demonios saca un arma, y ya no hay barreras que me contengan. Empujo al tipo que me bloquea y me lanzo directo hacia Prescott.

Una bala lo alcanza antes que yo llegue hasta él y los disparos comienzan a sonar como si se tratase de fuegos artificiales.

—¡Nooo! —grito, trastabillando, mientras el mundo se vuelve borroso.

Un alboroto ensordecedor me rodea, inmovilizando mi cuerpo. La gente corre a mi alrededor, empujándome, no entiendo nada de lo que pasa, tampoco me importa. Solo quiero llegar hasta ella. Alguien me sujeta, cubriéndome. Yo no lo escucho, no lo veo.

—Póngase a resguardo —me ordenan.

Que se joda. Quiero llegar a Pippa.

Y entonces, cuando giro para buscarla, lo que veo me aterra. El cuerpo de Prescott, ensangrentado, yace tendido sobre el de ella. Pippa está debajo, sin moverse. Ninguno de los dos lo hace.

Capítulo 34

Pippa

El ensordecedor pitido no me deja pensar. Es lo único que escucho, retumbando en mi cabeza, aturdiéndome, haciendo que todo a mi alrededor se sienta irreal. Abro los ojos y veo a Brandon a unos centímetros de mi cara, aplastándome con su peso.

¿Qué demonios está pasando?

Los ruidos a mi alrededor parecen distantes, como si estuviera bajo el agua. Mis neuronas, por fin, empiezan a conectar, trayéndome de vuelta a la realidad. Mi cuerpo se mueve con torpeza, lo siento ajeno. Empujo a Prescott con todas mis fuerzas, sin pensarlo dos veces, y me deslizo hacia atrás, raspando mi trasero contra la acera.

Al ver que sigue inmóvil, un nudo me sube por la garganta. Nunca había visto un muerto. Tenerlo sobre mí... Dios, el estómago me da vueltas. Me llevo una mano a la boca, luchando por no vomitar.

—¿Señorita, está bien? ¿Está herida? —Una voz grave me saca del trance. Un hombre vestido de negro, con un arma larga y un montón de equipo colgando de él, me mira preocupado—. ¡Señorita!

Intento hablar, pero es como si mi voz hubiera desaparecido. Solo puedo mirarlo, sin saber qué hacer. Mis manos tiemblan, mis piernas parecen de gelatina.

—¡Necesitamos una ambulancia aquí! —grita el hombre, y antes de darme cuenta, los paramédicos aparecen, rápidos, eficaces. Primero, se apresuran en buscar signos vitales en Brandon.

—¡Tiene pulso! ¡Camilla! —grita uno, a la vez que el otro se ocupa de mí, manoseándome para comprobar si estoy herida.

—¿Esta sangre es suya? —me pregunta, pero no puedo contestarle. Miro mi ropa, empapada de rojo, y estoy casi segura de que es sangre ajena. El asco me revuelve el estómago de nuevo. Me siento sucia, mareada.

—Venga conmigo, señorita, vamos —ordena el paramédico, ayudándome a ponerme en pie, mientras mi cabeza sigue dando vueltas. Apenas noto lo que pasa a mi alrededor.

En medio del caos de sirenas y gritos, alguien pronuncia mi nombre. Lo reconozco solo por la voz. Levanto la vista y ahí está Dean, forcejeando con dos policías. Su mirada me encuentra y, en ese instante, todo desaparece. Los policías lo sueltan y corre hacia mí.

Me agarra con fuerza, apretándome contra su pecho, y me rompo. Las piernas me fallan y me dejo caer, vencida por el pánico, el agotamiento… todo.

Ya no me importa nada más, solo que estoy a salvo. Él me protege.

Abro los ojos despacio, porque estoy rodeada por un silencio preocupante. Si mal no recuerdo, hasta hace nada era todo lo contrario.

—Hola, dormilona —murmura alguien a mi lado y enfoco mis ojos hacia él.

—¿Dean?

—¿Esperabas a alguien más? —bromea.

Niego con la cabeza y sonrío.

—Hola —murmuro, y me dejo acariciar la mano. Me la lleva a su rostro y la besa, apretada entre sus dedos. Parece asustado.

—No estás herida. Te has desmayado y te trajeron para que estuvieses en observación. Andrew llamó a tu padre, aunque le prohibió venir.

Asiento en silencio, porque estoy un poco aturdida.

Se acerca y me besa en los labios. Se queda a esa corta distancia y me observa.

—Creo que estoy enamorado de ti —murmura, suspirando, resignado, como si le pesaran las palabras y no tuviese más opciones que reconocerlo.

—¿Eso es un problema? —cuestiono confundida.

—Para nada, solo quería decírtelo.

—Bueno, me alegro de que así sea, compartimos dudas entonces —comento sonriendo.

Tarda unos segundos en comprenderlo y, al hacerlo, me abraza con fuerza.

No tengo ni idea del tiempo que ha pasado, solo sé que me he dormido en sus brazos y así me despierto. Dean está acostado a mi lado, abrazándome.

—¿Puedes dejar de dormirte y así te cuento todo lo que ha sucedido? —rezonga con diversión. Me contagia y le pellizco el costado.

—Cuéntame, ya estoy despierta —miento, porque no lo estoy del todo, pero su voz me encanta y más me gusta escucharla tan cerca de mi oído.

—Prescott está vivo. Herido de bala y en observación por un golpe en la cabeza, pero estable. El hijo de puta es agente del FBI.

Me incorporo con una velocidad que ni yo misma creía adquirir. Desestimo el mareo que me da.

—¿FBI?

—Y Andrew lo sabía —agrega. Supongo que mi cara es un poema y no me salen las palabras—. Hay más, nena, deja de asombrarte, porque tienes que aguantar todas las noticias. Toma un poco de agua.

Lo hago sin dejar de darle vueltas a lo que me ha dicho hasta ahora y la advertencia me la tomo muy seriamente.

—Sigue —le ruego.

—Yo también estaba cooperando con el FBI, aunque no sabía lo de Prescott y Rockwell.

Me suelto de su agarre de inmediato.

—¿Cómo te llamas? ¿Quién eres? ¿Por qué el FBI? —Esto no puede estar sucediéndome.

—Déjame terminar. Soy Dean, abogado, el socio más joven del bufete —agrega, riendo y acariciándome la mejilla para calmarme.

Ya no sé ni dónde estoy parada, acostada, a decir verdad. Como me siento vulnerable en esta posición, me incorporo en la cama y apoyo la espalda en el cabecero. Por supuesto, le alejo la mano de mi cara.

—Hace poco más de un año y medio, Silas atropelló a mi padre con su coche. El de él, su padre, entre sobornos y amenazas, lo salvó de la cárcel. Papá murió solo y abandonado en una

acera oscura. Ahogado en su propia sangre. Podría haberse salvado, pero nadie lo ayudó. Los médicos dijeron que agonizó durante una hora. Yo estaba de viaje, mi hermano dormía y mi hermana estaba pariendo. Nos enteramos al día siguiente.

Mis ojos ya no logran retener las lágrimas. Me duele el pecho por la angustia que veo en Dean. Le tomo la mano a modo de consuelo, aunque no lo sea. Para estas cosas, no existe consuelo.

—Lo siento tanto —murmuro.

—Lo sé. ¡Estaba tan furioso, nena! Creo en las leyes, en los abogados y la justicia en general, Pippa, pero me sentí defraudado. Prometí vengarme con mis propias armas. No sabía cómo y, en el intento de encontrar algo que hundiese a esos hijos de puta, un detective se puso en contacto conmigo y me ofreció aquello que me quitaba el sueño: una revancha, una legal, sin romper mis principios. Teníamos que agarrarlo con las manos en la masa. Le tendimos una trampa y cayó justo el día que ambos lo conocimos en la reunión. Esperé un año y medio, y te juro que valió la pena. Verlo esposado y siendo llevado por la fuerza a la ambulancia… valió la pena.

Se le escapa un suspiro de alivio y satisfacción. En sus ojos brilla la calma y me encanta encontrar eso en sus pupilas.

—Por eso has dicho que era tu culpa —recapacito y afirma con la cabeza.

—Nunca me hubiese perdonado perderte en ese tiroteo, Pippa.

Lo consuelo y le hago saber que estoy bien, con un beso corto y sentido. Las emociones son muy ambiguas, pero todas ellas me obligan a reconocer que Dean se ha metido muy dentro de mi corazón.

—¿Dónde está? —quiero saber.

—En el hospital, porque tiene una herida de bala en la pierna. Cuando se recupere, irá a prisión. En el juicio no lo va a salvar nadie, ni su padre, ni Dios, si es que cree en él —responde con la voz rota—. Lo que tenemos en el bufete ayuda para complicarle la vida y sumarle cargos, que se traducen en años de condena. Aunque arregle con el juez, no verá el sol por mucho tiempo.

Una cosquillita me atraviesa el pecho. Acabo de reconocer que Dean Langley tiene el ego del tamaño adecuado y se gana mi respeto a partir de este instante, además de mi amor, entre otras cosas que se ha ganado, pero no es el momento de pensar en ello.

—Cuando te den el alta, debo ir a casa de mi hermana a contarles todo, Alan está allí también. Supongo que el duelo será menos doloroso a partir de hoy. Mi hermano tiene que cerrar el círculo. A él le ha afectado más que al resto. Les prometí acabar con Silas y lo cumplí, necesito contarles todo.

—Ve. Yo estoy bien. —Niega con la cabeza y yo le sonrío, afirmando con la mía. Me besa los labios por eternos segundos, mientras le acaricio la espalda—. Ve, no los hagas esperar. Voy a llamar a la esposa de mi padrino, ella me acompañará encantada. Me adora.

—¿Quién no lo haría?

—Es que soy demasiado —bromeo, y se ríe.

Antes de irse, me besa como sabe, con esa lengua rugosa y tibia que me descontrola las hormonas y me deja pidiendo más.

Capítulo 35



Vuelvo de la casa de Marianne, donde me he quedado a dormir, y me dirijo al hospital para ver a Prescott. Pippa ya está en su casa, él todavía sigue ingresado. Está en una clínica privada especial para agentes y policías encubiertos. No sé nada de esas mierdas, algo así me contó Andrew.

—Hay pacientes malos y luego estás tú. ¡Que te cure tu abuela!

—No tengo abuela. —Escucho que dice Brandon en respuesta al ataque verbal de la enfermera.

Entro después de verla salir refunfuñando y dando un portazo.

—Recuérdame denunciar al personal de este maldito hospital —dice al verme.

No sé si reír o no. Me temo que Brandon Prescott, el gilipollas que llevaba pegado a mi culo en el bufete, no existe. El tupé repeinado ha desaparecido y lo que veo es un cabello alocado que le da un aire macarra que no tenía.

—¿Eres abogado? —le pregunto y sonríe.

—Sí, pero no nací para serlo. Me aburre.

—¿Lo de tocarme los cojones era real? —le pregunto, serio.

—Tuve que inventarme un personaje y preferí que no te encariñaras conmigo. Estaba corroborando que no te desbandases, además de cuidarte. Cuidar a tu chica no estaba en los planes, me lo debes.

—Te salió de puta madre. Me sacabas de mis casillas —reconozco y vuelve a reírse, quejándose del dolor.

Supongo que tengo que agradecerle que me cuidase las espaldas, que salvara a Pippa, que respondiese ante Andrew… ¡quién sabe cuánto más hizo por mí!

—Gracias por todo, Prescott.

—Es mi trabajo, Langley —reconoce con humildad.

—¿Te llamas Brandon Prescott?

Niega y eleva los hombros a modo de disculpas por el engaño. Interpreto que no me dirá su nombre real, por eso, no insisto. Ni siquiera debería estar aquí. Este sitio está protegido por las fuerzas de seguridad y nadie tiene acceso sin permiso.

—Hablabas con mis clientes, ¿por qué? —indago, recordando lo que me contó Pippa. No parece tener demasiada importancia ahora, de todas maneras, me intriga.

—Quería saber qué tan confiable eras. Lo confirmaba con ellos. No lo tomes a mal, era parte de mi trabajo —responde manifestando dolor.

Creo que ya es suficiente, no tengo nada más que hacer aquí. Dejaré de molestarlo. Coloco los regalos que le traje sobre una mesita.

—Estos chocolates y el champagne son un presente de parte de mis hermanos.

—El paciente no puede comer chocolates ni beber alcohol —dice a mi espalda la misma enfermera que vi salir antes. Toma las dos cosas y se las lleva—: Me lo debes, por cabrón.

—Este será tu último trabajo. ¡¿Me oyes?! —le grita Brandon, o como se llame, y me río con disimulo. A saber qué le ha hecho esta chica.

—La visita acabó —anuncia la mujer desde la puerta, en tono imperativo.

—Mejor, me voy. Me acojona un poco esta mujer —le digo y le tiendo la mano—. Gracias.

—A ti por la ayuda. Gente como tú hace que Nueva York sea una ciudad de la hostia, Langley.

—Supongo que no te volveré a ver —digo, extendiéndole la mano.

—No —asegura, dándome un apretón firme—. Saluda a Pippa de mi parte. Hacéis una bonita pareja.

Toco el timbre en el apartamento de mi chica, consumido por la ansiedad. Me abre la puerta un señor mayor, elegante y serio. Lleva bastón y se mueve con lentitud.

—Papá, te dije que no… —calla cuando me ve y la sonrisa le ilumina la cara.

Me encanta que verme la haga tan feliz. Su carita de niña buena me da ganas de abrazarla y no soltarla nunca. Pero entonces advierto el pantaloncito que lleva puesto, que apenas le cubre el culo, y lo de abrazarla se me olvida. Empotrarla contra la pared es lo primero que se me viene a la cabeza.

—Qué bueno que hayas vuelto, Dean —dice Andrew, apareciendo detrás de Pippa, quien todavía no me ha saludado.

Doy un paso y estoy dentro. El señor Harrington se presenta y me aprieta la mano con seguridad, la que le falta a sus pasos. Más allá, en uno de los sillones del salón, está la esposa de mi jefe. Ya nos conocemos, por eso me acerco a saludarla.

—Como tienes visitas, nos vamos. Te llevo a casa, Edward —comenta Rockwell.

El hombre asiente y se despide de su hija. Cuando pasa a mi lado, sonríe y dice:

—¿Le veo mañana para la cena? A las ocho en mi casa, ¿qué le parece?

Asiento, estrechándole otra vez la mano y, en pocos segundos más, después de despedir a todos, nos quedamos solos, enfrentados y observándonos. Ella y yo.

Mi novia.

Llegó el momento de informarla de que lo es.

—Te he extrañado —murmura.

—No más que yo a ti —expongo, sincero y atontado por su belleza—. ¿Cómo estás?

—Ahora mismo, perfectamente.

—¿Me responsabilizas de eso? —bromeo, recordando que una vez le hice esa pregunta para provocarla, y en ella veo la misma reacción de aquella vez.

Mi polla también quiere saludarla, ahora mismo.

Joder, cómo me pone.

—¿Puedo empotrarte contra la pared antes de ponernos al día? —le pregunto, y suelta una carcajada, trepando a mi cuerpo y clavándome los talones en el culo.

—Elijo la pared de la cocina.

Me muerde el cuello y le pellizco el trasero en represalia.

—Te he traído caramelos —comento.

Me lo agradece con besos de lengua y enredando sus dedos en mi pelo.

—Supongo que tienes claro que somos novios, ¿verdad?

—¿Mi opinión cuenta? —pregunta entre gemidos bajitos, porque le estoy mordiendo el cuello y metiendo mano por donde me da la gana mientras me dirijo a la pared en cuestión.

Murmuro una negativa a su pregunta, que no discute. Tironeo de la ropa para liberar mi polla

de una vez. Deslizo la de ella hacia un costado y la empotro como prometí.

Escucharla gozar es un placer y me encanta saber que, de ahora en adelante, no me voy a privar de él.

—Mañana no vas a poder ni caminar, nena.

—Arrogante.

Epílogo

Dos meses después

La veo buscando un caramelo. Sonrío al advertir su carita de concentración mientras localiza el de limón. Pam no está y pienso aprovechar el momento.

—A mi despacho, señorita Harrington —digo en un tono firme y autoritario. Ella se estremece, sorprendida.

Camina hacia mí, refunfuñando, pero con una sonrisa traviesa, y cierra la puerta. Antes de que pueda decir algo, la tomo por la cintura y la aprieto contra el escritorio. Amaso su culo mientras pego mi boca a la de ella. Nuestras lenguas se encuentran y abrazan, a esta altura, como viejas amigas que disfrutan del contacto.

Gime bajito, entregada al deseo que nos provocamos, dejándose llevar por él. No hay resistencia, solo la urgencia compartida de sentirnos. Cuando decido apartarme, aún tiene los ojos cerrados y los labios entreabiertos.

—Quiero más —murmura con ese tono dulce que me encanta.

—Después, viciosa.

—La vida son cuatro días, Dean, no la desperdiciemos dejando para otro momento lo que deseamos ahora.

—Y lo que deseo, ¿eres tú? —la desafío, disfrutando de esa chispa que nos mantiene alerta, siempre a punto de perder el control.

—En este instante, sí —responde, mordiéndose el labio y sonriendo.

Nos reímos, abrazados. El momento es fugaz, un pequeño refugio en medio de la tormenta que se avecina. Nos mimamos, sabiendo que el tiempo no está de nuestro lado hoy; aun así, es suficiente por ahora.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, estudiándome con sus ojitos brillantes, atentos.

—Liviano. ¿Vamos yendo?

La cojo de la mano. Asiente y caminamos juntos hacia el garaje, listos para enfrentar lo que viene, como lo venimos haciendo desde hace un par de meses: juntos.

Frente a la tumba de mi padre ya están mis hermanos y mi cuñado. Hoy, por fin, le daremos el cierre que merece. Es hora de dejarlo descansar en paz.

Alan me abraza con fuerza, más fuerte que nunca. El pequeño ha comenzado terapia y, a juzgar por sus últimos exámenes, parece estar reenfocando su vida. En lugar de vivir atrapado en el dolor por la pérdida de nuestro padre, está aprendiendo a mirar hacia adelante. Siempre que puede, me agradece lo que hice, aunque no siento que deba. Marianne, por su parte, aún me regaña. A veces no puede creer que me arriesgase tanto y, siendo sincero, yo tampoco. Nunca imaginé que todo terminaría de esa manera tan peligrosa. Ha sido una locura... una pesadilla y un milagro al mismo tiempo.

Pippa me aprieta la mano antes de alejarse, dándonos el espacio que necesitamos. Se junta con mi cuñado y ambos nos observan a distancia.

—Descansa en paz, papi —dice Marianne con la voz temblorosa mientras me abraza. Alan apoya la barbilla en su hombro y solloza suavemente.

—Ese hijo de puta pagará por todo —murmura, con la voz cargada de rabia.

Lo cierto es que Silas Hawthorne no pagará por la muerte de mi padre, pero sí lo hará por todos los crímenes que ha cometido. Eso es lo que nos queda, y es suficiente.

Me arrodillo y paso la mano por la lápida, limpiándola con cuidado antes de dejar una rosa. Mis hermanos hacen lo mismo, dejando sus flores. Los pasos de Pippa y mi cuñado se acercan por detrás, pero nos dan un momento más.

—Le estaba contando a Pippa lo tramposo que era su padre jugando al póker —comenta el esposo de Marianne. Es ella la primera en soltar una risa con la que ilumina el momento.

La acompañamos con sendas carcajadas, recordando ese detalle.

—Menos mal que nadie heredó eso —digo, con una mirada divertida hacia Alan.

—¡Yo no soy tramposo! —se defiende, aludido, aunque su tono indica que sabe a qué nos referimos.

—Voy a necesitar que me lo demuestres. Soy muy buena jugando —interviene Pippa con picardía.

—¿Acabas de desafiarme, pelirroja? —replica Alan, fingiendo indignación.

—Tómalo como quieras —responde ella, encogiéndose de hombros, aunque su sonrisa no desaparece.

—Vamos a casa, preparo unas margaritas y disfrutamos de una comida en familia —sugiere el marido de mi hermana.

Nos despedimos de papá como siempre debimos hacerlo: con risas, amor y buenos recuerdos. La sombra de la injusticia que nos rodeó tanto tiempo se disipa y lo que queda es su legado de anécdotas, bromas y cariño.

—Estoy disfrutando por adelantado, quiero que lo sepas. Saboreo el triunfo, lo huelo. ¿Tú no? —me pregunta Pippa, sonriendo mientras sigue picando a Alan, que no soporta perder en nada.

—Apostemos algo, así se pone más interesante —dice él.

Y con esas risas y bromas que siempre debieron unirnos, me doy cuenta de que el ciclo se ha cerrado. La nostalgia ha dejado de acompañarnos y lo que disfrutaremos en cada reunión familiar será el recuerdo vivo de nuestro padre, una presencia que sentiremos, ahora más que nunca, en los buenos momentos compartidos.

Fin

Déjame tu opinión o comentario:

¿Te gustó? Escanea o toca y cuéntamelo.

Gracias a…

Escribir historias que emocionan y conectan nunca se consigue sola. Este libro no existiría sin el apoyo, la paciencia y el amor de tantas personas increíbles que forman parte de mi vida.

A mi familia, gracias por ser mi refugio y mi fortaleza, por las largas conversaciones, los cafés compartidos y el aliento incondicional que siempre me habéis dado.

A mis amigas, mis cómplices de sueños, gracias por vuestro entusiasmo y por empujarme a seguir adelante, incluso en los momentos más difíciles. Creísteis en mí incluso cuando yo misma dudaba.

A «LAS CRITICONAS», mi maravilloso grupo de lectoras cero. El nombre os viene como anillo al dedo, y lo sabéis. No puedo olvidar la invaluable colaboración de Melody Bloom, Analista de Investigación de Mercados, quien hizo mucho más que analizar el mercado conmigo. Tampoco puedo dejar de mencionar a Calice Libros, no solo les doy las gracias, sino también mis felicitaciones por la increíble portada que han diseñado. Gracias a todos por vuestro talento, dedicación y por hacer realidad este sueño.

Y, por supuesto, a vosotros, los lectores, que habéis confiado en mis palabras y os habéis dejado llevar por esta historia. Gracias por emocionaros, reír y enamoraros junto a mis personajes. Este viaje no tendría sentido sin vuestra complicidad.

Este libro está cargado de sentimientos, y espero que al leerlo encuentres algo que te haga suspirar, sonreír y creer en la magia del amor.

Con todo mi cariño y un toque de misterio,
Mía Cross

Mia Cross

Soy Mía Cross, apasionada de la lectura, la música, el cine y, cómo no, el café. Como escritora, mi misión es clara: atraparte desde la primera página y no soltarte hasta que llegues al último suspiro, justo cuando leas la palabra «FIN».

Me encanta crear historias que combinan romance apasionado con un toque de suspense, esas que te hacen soñar, emocionarte y, de vez en cuando, morderte las uñas. Mi amor por contar historias nació leyendo bajo las sábanas y desde entonces he trabajado mi estilo para ofrecer tramas que aceleren tu corazón y mantengan tu mente llena de preguntas.

Para mí, escribir no es un trabajo solitario, sino una forma de conectar contigo. Cada novela es una invitación a perderte en mundos donde el amor y el peligro se entrelazan para crear momentos inolvidables.

¿Te animas a acompañarme? Te prometo un viaje que no querrás que termine.



Mantengamos en contacto

Mis redes sociales:
Conecta conmigo: novedades, eventos y sorpresas.

Déjame tu opinión o comentario:
¿Te gustó? Escanea o toca y cuéntamelo.

Si quieres más: No te pierdas nada de mi contenido exclusivo, adelantos y mucho más. Participa activamente, escanea y suscríbete. Escribamos juntas lo que viene.